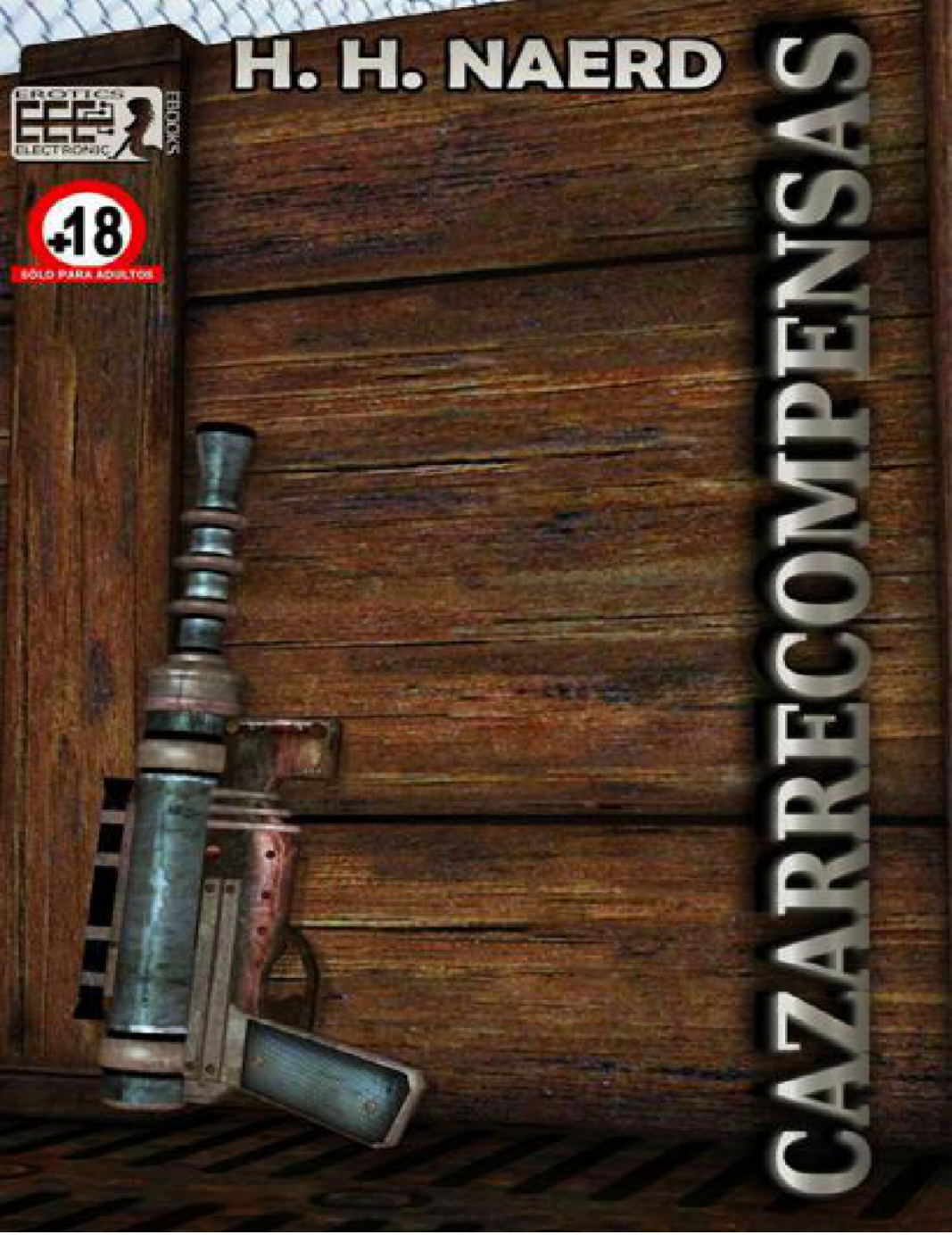

H. H. NAERD

CAZARRECOMPENSAS

Contenido

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capitulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

CAZARRECOMPENSAS

H. H. Naerd

Copyright: H. H. Naerd

Edición para Kindle y dispositivos compatibles.

Septiembre 2013

Reservados todos los derechos / All rigths reserved

Libro registrado con el número: 1504113820498

Diseño de cubierta: Reflejo Creative

1ª edición

EEE - Erotics Electronic Ebooks

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o divulgada, bajo ningún concepto o circunstancia y con ningún método o sistema sin el permiso previo y por escrito de los titulares de la obra y/o gestores de los derechos.

¡ATENCIÓN! Este libro está destinado de forma ÚNICA Y EXCLUSIVA para uso adulto, no deje que niños o menores lo lean ni accedan a su contenido. Le rogamos sea responsable.

Este libro es íntegramente una obra de ficción. Su destino y fin es simplemente entretener. Tenga eso siempre presente.

Capítulo 1

Nadie podría llegar a imaginarse lo que ocurrió. Cuando los mineros de una de las minas más profundas de las Cuencas, situada en Asturias, rompieron la dura roca que separaba un submundo aislado durante miles de años del mundo exterior, desataron el caos. En él se refugiaba una peligrosa y desconocida especie, que salió en tropel por los profundos recovecos de la mina hasta la superficie. Hasta la luz del día. Dispuestos a dominar el mundo, arrebatándoles ese dominio a la especie que hasta entonces lo habitaba: el ser humano.

Esta desconocida, rara y nueva especie eran los farópteros. Pero ¿quiénes eran ellos, realmente? Eran parecidos a los humanos, al menos en cuanto estatura, pero tenían una sociedad con cierto parentesco con los himenópteros, como las abejas y avispas. Vivían en colonias protegidas por temibles machos, conocidos como farópteros guerreros. Estaban armados con un peligroso apéndice en su larga cola, con el que podían atacar a sus enemigos, inyectándoles un letal veneno. El veneno de cada faróptero era diferente, puesto que cada uno tenía un veneno con ligeras pero importantes variaciones entre sí. Esto hacía que fuera muy difícil encontrar un antídoto, ya que el compuesto que era eficaz contra una colmena, no tenía por qué serlo contra otra.

Pero si los farópteros, con sus casi dos metros de envergadura y sus colas con afilado apéndice retráctil, eran temibles, las farápteras lo eran mucho más.

Físicamente eran más pequeñas que ellos, pero disponían de una larga cola, terminada a su vez en otras dos colas (realmente era una cola que se dividía en dos en su parte final, con un apéndice retráctil en cada una de sus puntas), con los que podían inyectar veneno. Eran las únicas que podían inyectar el antídoto, y lo podían hacer mediante unos afiladísimos colmillos que, cual agujas hipodérmicas, tenían situados en su boca, en la parte superior de la misma. Estos colmillos no los tenían los machos.

El antídoto de una faráptera servía para cualquier veneno faróptero, pero el problema para los humanos es que se degradaba muy fácilmente, y no había forma de almacenarlo artificialmente.

Los ojos de los farópteros eran complejos, brillantes, y tanto las hembras como los guerreros disponían de un par de alas

semitransparentes en la parte alta de su espalda, con las que podían volar ágil y rápidamente (las alas de las hembras eran más pequeñitas).

Su ciclo reproductivo era muy curioso. Las hembras no tenían casi pechos durante unos quince días del mes, sólo tenían unos pequeños "bultitos" en sus ubres, como los de una niña preadolescente. Pero tras pasar la menstruación (que les duraba de tres a cuatro días, más corta que en las humanas), comenzaban a hinchárseles, alcanzando su punto álgido con la ovulación, que era cuando se mostraban más receptivas. En ese periodo se les aparecía el celo.

Los farópteros soldado eran machos estériles, dedicados única y exclusivamente a proteger la colmena, mientras que las hembras se encargaban de llevar comida.

Entonces, ¿cómo se reproducían las hembras? Esto era algo muy curioso. Las hembras vivían protegidas en colmenas por los soldados, y no tenían ningún apetito sexual, ni les venía el celo, ni menstruaban. Pero una vez al año algunos de los machos soldados se volvían fértiles, experimentando un apetito sexual voraz. Seleccionaban de las hembras la que prefiriesen, y la violaban en un espectáculo mezcla de violencia y dominación. A veces el macho moría debido a las picaduras de la hembra que estaba intentando violar, que se resistían cuanto podían. Los machos no dañaban a la hembra elegida, ni la atacaban, sólo trataban de copular con ella, eyaculando en su vagina. Si lograban eyacular en el interior de la mujer, se desataba una reacción que hacía que esa hembra se quedase enlazada y unida a ese macho en concreto. Entonces la hembra inauguraba su ciclo reproductivo que le duraría el resto de su vida: le surgía la menstruación, luego sus óvulos maduraban, y le aparecía el celo y con él ya podía quedarse embarazada. Esa hembra inmediatamente reconocería el olor de su macho, y se uniría a él, de forma que sería su pareja de por vida. El macho a la vez reconocería el olor íntimo de su chica, y no copularía desde entonces con ninguna otra. Los machos las llevaban consigo y vivían juntos, formando así con sus hijos una familia. Cuando los hijos tenían una cierta edad, lo que se podría considerar como la adolescencia humana, se marchaban del hogar uniéndose a alguna colonia. Allí se convertirían en adultos y se repetiría el ciclo.

Las mujeres en la colonia eran quienes salían por alimento y adecentaban el lugar, dedicándose los hombres a tareas únicamente defensivas.

Estas colonias estaban formadas tanto por ejemplares jóvenes de chicas aún no preparadas para procrear, como de hembras adultas pero que aún no tenían "su" macho. Es decir, vírgenes. En cuanto una de esas hembras adultas era follada por un macho, se iban juntos y abandonaban la colmena. El macho dejaba de ser un "soldado" y se convertía en un "reproductor". Esto hacía que, por ejemplo, perdieran la capacidad de inocular veneno, ya que su organismo se centraba en producir semen, aunque en el caso de las hembras no ocurría eso, y sus dos aguijones seguían siendo tan mortíferos y venenosos como siempre.

Como se puede observar, cada faráptera se apareaba con un único macho, a quien le inyectaban el antídoto de su veneno (y, por tanto, del veneno de los farópteros), y lo conservaban para toda la vida.

Pero todo cambió cuando los farópteros emergieron del subsuelo. Encontraron un mundo más rico que el suyo, con más comida y más espacios abiertos. Enseguida se convirtieron en una peligrosa y letal plaga. Anidaban en los tejados de los edificios, y en sitios altos donde a los humanos, que no podían volar, les era muy difícil llegar.

Al principio se formaron patrullas de policía, que, armadas con rifles de largo alcance, abatían a cualquier faróptero que se encontrasen. Pero ellos pronto aprendieron cómo responder: siempre iban acompañados, y si el policía atacaba a uno, otro le atacaba a él. O a ellos, si había más policías.

Fue entonces cuando comenzaron a surgir los cazarrecompensas. Eran personas dedicadas al exterminio de farópteros, a veces contratadas bien por el gobierno (había planes de exterminación) o por vecinos que se sentían amenazados por la cercanía de alguna familia o colmena.

Yo era uno de esos cazarrecompensas. Lo hice como una salida a mi situación de desempleado, y dada la facilidad para serlo (sólo había que solicitar una licencia). Muchos cazarrecompensas que tenían licencias de armas iban armados con pistolas o escopetas, otros trabajaban estrechamente con la policía, y otros prestaban sus servicios de alquiler a urbanizaciones de adinerados o en barrios residenciales.

Poco a poco aprendí el oficio, un oficio que era bastante peligroso, dado que los farópteros soldado eran muy fuertes y podían inocularte su veneno fácilmente. Muchos cazarrecompensas morían al año haciendo su trabajo. Yo había tratado con muchos farópteros, y matado a muchos de ellos. Iba armado con un arma muy eficaz en mis manos: un sai, y una pistola de descargas eléctricas.

Al principio se les permitieron armas de fuego a todos los cazadores de recompensas, pero eso hizo que hubiera muchos accidentes y daños colaterales. Los farópteros eran muy rápidos y ágiles, y era muy habitual que sus cazadores erraran el tiro y acabasen dando a cualquier cosa. De modo que se acabó imponiendo el uso de pistolas eléctricas, puesto que los farópteros eran muy sensibles a los campos eléctricos y era una de las pocas cosas que realmente les podía retener.

Cazabas un faróptero, lo matabas, lo llevabas al ayuntamiento más cercano, y te daban una recompensa. Por lo tanto no era raro que hubieran bastantes aficionados que salían a cazarlos, o gente que, como yo, vivíamos de ello, a los que nos llamaban "cazarrecompensas". El precio que pagaban por una hembra faráptera era significativamente mayor que por un macho, ya que podían procrear, por eso las hembras eran las más buscadas. No obstante yo capturaba lo primero que encontrase: machos, hembras o niños. A veces los capturaba yendo a buscarles a sus colmenas y esperando la oportunidad para atacar alguno con mi arma eléctrica, aunque normalmente los capturaba mediante trampas que yo mismo diseñaba gracias a la experiencia adquirida durante años.

Los farópteros ya estaban extendidos por el mundo entero. Desde Berlín a Washington, desde Sidney a Oslo. No había lugar que estuviese libre de ellos. Y cada vez había más.

Entre ellos y los humanos se había formado una guerra sin cuartel. Ellos nos abatían cuando se sentían acorralados o amenazados, envenenándonos o arrojándonos desde los aires, al vuelo, ya que sus soldados eran muy fuertes. Y nosotros les masacrábamos cuanto podíamos. No podíamos usar venenos, porque lo mismo que les dañaba a ellos, nos dañaría a nosotros. Es decir: también nos envenenaríamos a nosotros mismos. La única solución era cazar antes de ser cazado. Pero su población aumentaba cada vez más, formándome más y más colmenas, ya que su ritmo de crecimiento era extraordinariamente rápido, y sus hembras muy fértiles. Podían estar pariendo durante cuarenta años o más.

Luego también estaban los que llamábamos "farslavers", hombres que tenían predilección por los farópteros, les defendían, e incluso había algunos que tenían como pareja a alguna hembra faráptera. Esos eran los más sucios y asquerosos ante la sociedad. Nos parecían odiosos, y siempre que supiéramos de alguno las autoridades nos recomendaban que lo denunciásemos para que lo encarcelasen. Y es que las hembras farápteras -sobre todo las vírgenes que aún no habían tenido enormes camadas de bebés- eran tremendamente bellas y sensuales, con unos cuerpos muy torneados, femeninos, y guapísimas. Pero seguían siendo peligrosas.

Los farslavers defendían la teoría de que los humanos podían cohabitar en paz y armonía con los farópteros, algo a lo que se oponían de plano la ONU y los gobiernos mundiales, que los veían como enemigos y competidores, como una amenaza seria y real hacia

la raza humana.

Yo siempre trabajaba solo, era lo que prefería, pero en una ocasión me llamaron de la policía para que les apoyase en una de sus "limpiezas". Habían visto mi página en Internet, en donde ofrecía mis servicios de cazarrecompensa. Habían descubierto todo un nido, una colmena de farópteros, donde se refugiaban las féminas y los soldado machos estériles.

La colmena estaba situada en la parte más alta del tejado de una vieja fábrica abandonada, convenientemente camuflada entre dos chimeneas.

Nos fuimos hacia allí sin perder tiempo. Yo llevé la furgoneta con la que habitualmente solía trabajar, y me armé con una pistola de descargas. Subimos con precaución los escalones, intentando no hacer ruido, pero sin detenernos, ya que, aunque no nos oyeran, podrían detectar nuestro olor. Los farópteros tenían un olfato muy desarrollado.

Rodeamos la colmena con absoluto sigilo, y mientras agentes se quedaban alrededor de la misma, con el arma en ristre y el dedo en el gatillo, nosotros entramos de improviso, con impetuosidad. Disparando a diestro y siniestro. Caían cuerpos de farápteras por doquier, entre gritos, sangre, polvo... Y entonces ocurrió lo inesperado: en medio del caos el techo cedió, y cayeron todos en una de las oficinas del últimos piso. Algunos de los policías entre ellos, masacrándoles a golpes y con su veneno. Corrí sobre mis pasos, bajando las escaleras de dos en dos, y de una patada abrí la puerta. Entonces la vi. Era guapísima. Agazapada en un lateral, junto a la pared, del lado de la puerta, estaba una jovencísima faráptera. Era delgadita, pero preciosa, con unos tentadores bultitos como pechos cuyo perfil se dibujaba perfectamente bajo su ropa. Se le notaban incluso unos golosos pezones. Me miraba con las manos sobre la cara, temblando de miedo. Tenía unos ojos preciosos, rojos metalizados, y unas bellas alitas rosadas semitransparentes. Me fui hacia ella, cogiendo una cortina de un ventanal cercano. Se la puse por encima:

- ¡Tranquila! ¡Tranquila!

Pero entonces se puso a atacarme. Su doble cola era muy rápida para mí, no tendría ninguna oportunidad. Pero si se quedaba allí la masacrarían los policías. Busqué una vía de escape, y abrí una puerta cercana a golpes. La indiqué que me siguiera, abriendo una ventana.

Pasó junto a mí velozmente. Me aparté a un lado, y escapó saltando por la ventana, volando. Cogí mis prismáticos y la seguí en su vuelo. La vi aterrizar lejos, en un elevado edificio. Lo anoté en mi teléfono móvil, y regresé para ayudar a los policías que estaban en plena batalla.

Capítulo 3

Por mi trabajo conocía a bastantes farslaves. No en persona, pero sí por foros de Internet y páginas web de seguidores. En cierta manera, les repudiaba, pero desde mi encuentro con aquella guapísima faráptera no había podido quitármela de la cabeza. Yo no tenía novia, y desde hacía ya muchos años que ninguna mujer miraba para mí. Nadie me quería siendo pobre y tan apático. Por lo que cada vez más me estaba planteando la opción de tener a mi lado una faráptera. Pero no era sencillo. De hecho, era ilegal. Sólo se permitía tenerlas para estudio y con fines médicos, en centros gubernamentales muy vigilados. Los farslaves vivían con ellas (o con ellos) a escondidas y su relación era totalmente clandestina.

Yo tenía que tener cuidado: en muchos de esos sitios web se infiltraban policías para detectar a farslaves y detenerlos. Pero más o menos sabía de quien podía fiarme. De hecho, ya me había hecho amigo de uno, que llegué a conocer personalmente, y aunque él no compartía en absoluto mi trabajo, era de los pocos en esos foros que sabía que era cazarrecompensas y con el que me llevaba realmente bien.

Le escribí un correo y aquélla misma tarde quedamos para un chat privado. Le conté lo que me había pasado, y le pregunté cómo podía conseguirla para mí. Me dijo:

- No es nada fácil. Ellas se resisten muchísimo, son muy peligrosas. Ya sabes que mueren muchos farópteros intentando violarlas.

- Lo sé. Pero tú lo has conseguido, ¿no? Tienes una.

- Sí, pero casi pierdo la vida en ello. Y su colmena era pequeña. Además, conté con mucha ayuda.

- ¿De quién?

- Había un grupo de farslaves que iban desmantelando colonias para hacerse con hembras, pero la policía hace tiempo que los disolvió.

- ¿No conoces a ninguno que aún lo haga?

- No, aunque podría mirar... Ya no me interesa eso. Ahora sólo quiero cuidar de mi chica. -Me aclaró, refiriéndose a su faráptera-. Además, no suelen atacar la colonia que tu les digas, sino las que ellos vean

más frágiles. Atacar colonias grandes sólo es algo que puede hacer el ejército. Ni la policía se arriesga a meterse ahí.

- Ya...

- ¿Sabes cómo es la colonia de tu chica?

- No. Sé la zona, pero aún la estoy investigando. -Y añadí-. Hugo, ¿cómo las violas? Es que no me veo yo ahí con todo el tinglado... Ya sabes, en medio de toda la tensión, follándomela...

- No, tienes que inmovilizarla. Pero antes tienes que preparar un vial, lo llenas de tu semen y lo metes en el congelador. Luego lo llevas contigo, si preparas varios mejor, por si acaso. Llevas una pistola de spray, yo preparé una con la punta redondeada para que le entrara bien. La cargas con el vial, se la metes todo hasta el fondo, lo más que puedas en su vagina, y disparas dos o tres viales. Cuanto más semen le entre mejor.

- ¿Ya? ¿Y ya es tuya?

- Al principio notas que se calma, luego empieza a olerte y cuando relaciona tu olor con el semen que acabas de meterle, ya está. Ya la tienes en el bote.

- ¿Y no le haces daño al meterle eso en la vagina, siendo virgen?

- Los machos se la meten y la tienen enorme... A ellas les duele, verás que gritan y se resisten al máximo, lo notan muchísimo. Además, es la primera vez que se abren, para ellas es traumático. Por eso es mejor que prepares una pistola con un cañón muy suave y lo más fino posible, pero sin que corras el riesgo de que se rompa, claro.

- ¿Y gritan?

- Gritan como unas condenadas. La mía expelía el veneno y todo hacia mí, y eso que le tenía atadas las dos colas a la mesa, pero tenía los aguijones totalmente afuera, y de tan irritada y molesta que estaba, le caían gotas de veneno desde ellos.

- ¿Y cuándo te inmunizan?

- Bueno, depende. Después de violarlas se muestran más dóciles, y te piden mimitos y demás. A medida que su vulva asimila el semen se

van poniendo más melosas. Al día siguiente o en un par de días ya les viene la regla, y a los dos días después ya empiezan a estar en celo. Normalmente te inmunizan cuando están en celo. Sólo una vez, luego ya estás inmunizado para siempre.

- ¿Y cuando no están en celo no te las puedes tirar?

- Bueno, esa es otra. Ellas no sienten ningún deseo sexual si no están en celo, pero para satisfacerte te suelen dejar que se la metas sin problema. Por ejemplo, a la mía la follo cuando me apetece, esté en celo o no. Lo que ocurre que sin celo la vagina apenas les lubrica, entonces les duele más. Así que tienes que untarlas de lubricante artificial. También está el tema de las tetas, que se les vuelven chiquititas y a algunos no les gusta. Hay farslavers que sólo copulan con ellas cuando las ven con las ubres cargadas. Depende de gustos. Lo que sí tienes que estar seguro es de que vas a estar con ella para siempre, de que no la vas a dejar por otra humana o por quien sea. Ellas forman pareja de por vida y nunca se separan, aunque el otro muera, no suelen volver a coger pareja. Por eso, si te unes a una y luego quieres dejarla por otra humana, la atacará. Ya ha habido casos de farslavers que consiguieron una faráptera, y con el paso del tiempo se cansaron de ella y cogieron una novia humana, y luego acabó matando a la chica humana. Ellas no permiten que ames a otra, porque en su sociedad eso no existe.

Capítulo 4

Aquélla misma tarde me desplacé hasta el edificio donde había visto desaparecer a mi faráptera. Durante muchas semanas estuve observando el movimiento de aquéllos seres por la zona, y localicé dos colmenas. Una era pequeña, pero la otra, junto a una fábrica abandonada, en el tejado, era significativamente mayor. Allí descubrí a mi chica. Estaba guapísima, con su cabello rojo destacaba entre todas las demás. La espié con prismáticos hasta confirmar que seguía sin pareja. Por fortuna, ninguno de los machos guerreros estaba en etapa de procreación. Tomé la decisión de ir a por ella. Quería que fuera mía.

Me puse en contacto con Hugo, y accedió a ayudarme a cambio que no atacase a la colmena. Por supuesto, acepté. Me dijo que llamaría a algunos farslavers conocidos para que nos ayudaran en la tarea. Teníamos que apartar a mi faráptera de los farópteros soldado, y eso no sería fácil.

Con las indicaciones de Hugo, compré en la farmacia varios viales. La pistola aplicadora la conseguí por Internet, y le rebajé y alisé su punta cuanto pude. Se la enseñé a Hugo por la cámara del ordenador, y se mostró bastante satisfecho en cómo me había quedado.

Aquélla mañana, temprano, cuando amanecí con mi trabuco bien derecho, me lo cogí y me lo apreté, incitándolo a eyacular. Susurraba, mientras me la cascaba: "¡Suéltalo! ¡Suéltalo bien gordo y en mucha cantidad para mi chica, préñala bien!". Eyaculé unos buenos chorros blancos, con los que llené cuatro viales. Luego los metí en un estuche, y éste en una mochila, donde ya tenía puesto el aplicador.

Durante la mañana esperamos en un edificio cercano, en el tejado mirando hacia un supermercado. A mediodía llegaron volando varias farápteras y cogieron al vuelo las bolsas de algunas señoras que habían ido a comprar. Se armó un escándalo tremendo, y algunos policías las siguieron, pero las perdieron pronto. Entre ellas no estaba mi chica, pero a distancia, por los edificios, las seguimos hasta una azotea sin que nos vieran ni los policías, ni ellas. Allí las esperaban otras farápteras para repartirse las bolsas y llevarlas a la colmena. Y entre ellas sí estaba la mía.

Ya habíamos entrenado lo que haríamos, de modo que nos pusimos a ello: salimos de improviso, cerrándoles el paso. Uno de nosotros tenía

una red, el más experimentado, y la lanzó sobre mi faráptera mientras ésta intentaba iniciar el vuelo. La llevamos arrastrando hacia uno de los pisos altos abandonados, y la tumbamos sobre una mesa, atándola de pies y manos pero, sobre todo, de la peligrosa doble cola, que no paraba de mover. Cuando estaba asegurada los demás salieron al exterior para repeler cualquier ataque. La razón era que con los gritos de mi chica y la alerta de las otras, había muchas posibilidades de que se acercaran farópteros soldado para intentar ayudarla, y tenían que repelerlos mis compañeros mientras la hacía mía.

Hugo me dijo: "¡Toda tuya!". Y salió corriendo. Al fin estaba yo con mi guapísima chica, que se esforzaba por liberarse y se retorcía y gritaba desesperadamente.

Lo primero que hice fue liberarle un pie, y ella intentó golpearme, pero se lo cogí con fuerza. Yo intentaba calmarla, pero era en vano. Se lo até a un extremo de la mesa (tenía ambas piernas atadas al mismo lado), y el otro al otro, de forma que se quedase ante mí con las piernas abiertas. Solamente esa visión de su seductor cuerpo curvilíneo me puso a cien. Pero no tenía tiempo que perder. Ella vestía un pantalón elástico ajustado que le quedaba precioso. Se lo desabroché y entonces intuyó lo que quería hacerle. Se puso a chillar más aún. Se lo bajé hasta las rodillas, y le rompí con una navaja las braguitas. Ante mí apareció el maravilloso espectáculo de su vulva. La tenía bien regordita, se le notaban muy bien los dos labios externos. Era un bollito espectacular. Se lo abrí con mis dedos mientras ella se retorcía, intentando en vano impedírmelo. Comprobé que fuera virgen y cuando lo constaté, cogí mi aplicador e introduje en él los viales. Lo acerqué a su vulvita:

- Cálmate cariñito, no quiero hacerte daño. -Le dije. Pero entonces ocurrió lo peor: una de las cuerdas con la que estaba sujeta la doble cola, a un lado de la chica, cedió, y la ágil cola se liberó deslizándose como una serpiente de entre las otras cuerdas. Le cogí con mi mano la cola al vuelo para que no me picase, pero tenía mucha fuerza y era resbaladiza, así que un extremo del aguijón, que estaba totalmente al exterior, punzante y terrorífico, se dobló hacia mi antebrazo y me picó. Sentí un dolor inmenso, lacerante, y grité. Era un dolor que jamás había sentido. Pero cogiendo fuerzas, sudando, y dado que tenía el aplicador en mi otra mano frente a su vagina, mientras le retenía con una mano las dos colas sobre la mesa, con la otra empujé y le inserté el aplicador en su agujerito vaginal. La chica gritó al notarlo, mientras yo pulsaba el gatillo del aplicador para liberar todo el contenido de los viales en su interior.

Al terminar estaba sudoroso y temblaba. Le aflojé la cuerda de una de las manos, tras lo cual caí al suelo, mareado, y me arrastré hacia una esquina. Vi cómo la faráptera se revolvía en la mesa, mordiendo las ataduras y liberándose. Miré mi antebrazo: la zona de la picadura estaba en carne viva, y el brazo hinchadísimo. Me estaba costando respirar, y comenzaba a ver borroso. Quería gritar pidiendo ayuda, pero no era capaz.

Vi cómo la faráptera se extraía el aplicador, que aún tenía metido en la vagina, y caía al suelo. Allí empezó a moverse, como si tuviera convulsiones, pero ya no gritaba. Entonces miró hacia mí. Yo apenas podía moverme ya, me encontraba sudoroso, el veneno estaba a punto de matarme. Ella entonces se acercó, gateando. Me olió, y entonces cogió mi brazo, donde me había picado. Me dejé hacer, no me importaba nada ya. Yo pensaba que iba a picarme más para asegurarse que acababa conmigo, pero en lugar de eso, abrió sus labios y me mordió. Sentí sus afilados colmillos clavarse como agujas hipodérmicas en mis venas. En un instante comencé a respirar mejor, ¡me estaba inoculando el antídoto! Los sudores comenzaron a desaparecer, y la hinchazón a reducirse. Ella me miraba atentamente, con sus bellos ojos compuestos. Cuando me sentí bien, en un arrebato de ira, me fui hacia ella y le propiné un soberano tortazo en la cara, que la hizo irse al suelo y rodar hacia una esquina. Allí se quedó en posición fetal, y empezó a llorar. Le grité:

- ¡Me has intentado envenenar!

Yo sabía que no era culpa de ella, que sólo respondía a su naturaleza, pero aún así estaba muy cabreado. Me fui hacia ella, la cogí por la cintura, y la llevé de nuevo hacia la mesa. Ella lloraba, pero no gritaba ni se resistía. Volví a bajarle los pantalones:

- ¡Ahora lo vas a ver, zorra! ¡No me vuelvas a atacar en tu vida!, ¿me oyes?

Ella gemía y movía su doble cola, pero ya con los temibles aguijones recogidos. Entonces me cogí el pene, lo acerqué a su conejito para que se me pusiera bien duro, y se lo metí. La pobrecita emitió un gritito de dolor al notar que se la estaba metiendo. Tenía la vulva escocida, y su vagina muy irritada. Se la calé bien hondo y sólo tuve que apretarme bien contra ella para que me vinieran las ganas de eyacular. Hacía tantísimo tiempo que no se la metía a una mujer y que no notaba un conejito, que sentía unas ganas inmensas y un placer enorme. Le eché

bien adentro mis grumos, y luego se la saqué. Le subí el pantalón y ella cerró las piernas, sin dejar de llorar. Se llevó ambas manos a su vulva, apretándosela por encima de la prenda. Debía dolerle horrores a la pobrecita. La cogí en mis brazos y pareció calmarse un poco. La besé suavemente en la mejilla:

- Tranquila, corazón, cálmate cariño. Ya ha pasado.

Los farópteros entendían nuestro idioma, y de hecho lo hablaban, aunque su inteligencia fuera diferente a la humana. Había conceptos que entendían, y otros en los que no parecían diferir en cuanto a capacidad de interpretación mental con la de un niño humano.

Ella me miró, y entonces pasó sus brazos alrededor de mi cuello, abrazándome. Se inclinó su cabeza en mi hombro, modosita. Bajé con mi chica entre mis brazos las polvorientas escaleras para salir de allí. Hugo me esperaba con la furgoneta, los demás aún seguían en el tejado, espantando farópteros guerreros. Pero ya no podían hacer nada: la faráptera ya era mía.

Capítulo 5

Cuando llegamos a mi casa la tumbé en la cama, y se mantuvo en posición fetal. La dejé allí y bajé a la farmacia de mi barrio. Afortunadamente, sólo estaba en el mostrador una farmacéutica anciana. Le dije:

- Estaba buscando una crema para zonas íntimas irritadas...

- ¿Para usted? -Me preguntó.

- No, es para mi novia. Para... Ya sabe. Déme la mejor que tenga.

Se fue a la trastienda y regresó con un tubo de crema:

- Esta es muy buena. Tiene extractos de lavanda, que es astrigente y calmante.

- ¿Pero es apta para zonas muy sensibles?

- Sí, ningún problema. Que la use sin miedo.

Compré la crema y regresé a mi pequeño apartamento. Una vez allí, me fui hacia la habitación. La mujer seguía en la cama en la misma posición. Me senté a su lado:

- Nena, ¿cómo te llamas?

Me miró. Se alzó hacia mí, y yo la recibí en mis brazos. Quería besarme. Nos besamos largamente en la boca. Era impresionante el cambio que había experimentado: de ser una peligrosa fiera, había pasado a convertirse en una dócil gatita.

- ¿Cómo te llamas? -Repetí, musitando.

- Pryla.

- ¿Pryla?

- Pryla. -Repitió.

- Hola Pryla, nenita.

- Hola.

Nos volvimos a besar, y le pregunté, señalándole la vulva:

- ¿Te escuece?

No respondió. Cogí la crema que acababa de comprar, y le pedí:

- Quítate el pantalón, cielo.

Me miró, temerosa, a punto de llorar:

- No, por favor...

- No te voy a hacer nada, tranquila. Confía en mí, te gustará.

Seguía mirándome temerosa, pero me obedeció. La ayudé a quitarse la prenda. Era guapísima, y maravillosa, aquélla chica.

Hice que se acostara de espaldas sobre la cama, y le pedí que se relajara. Le abrí las piernas. Su vulvita estaba enrojecida y muy hinchadita. Cogí un poco de pomada mientras la hablaba para tranquilizarla, y comencé a extendérsela por su coñito. Al principio sintió un escalofrío, pero luego mis masajes en su zona íntima la calmaron, y se quedó dormidita. La cubrí con una manta y la dejé descansar. La pobrecita acababa de pasarlo muy mal.

Capítulo 6

Cuando Pryla despertó, yo ya estaba con la cena preparada, poniendo la mesa. Me fui hacia ella, y nos abrazamos, besándonos. Le susurré, sin dejar de abrazarla:

- ¿Por qué me inyectaste el veneno, Pryla?

- No... No sé. Me defendí.

Era inútil razonar con algunos conceptos farópteros, lo sabía muy bien, pero me gustaba intentarlo.

- Cariño...

- ¿Qué?

La besuqueé:

- Sólo quería que fueras mía. ¿Lo entiendes?

- Sí.

Sonreí:

- ¡Qué vas a entender! ¡No tienes ni idea!

- Sí entiendo. -Insistió.

- ¿Qué entiendes?

- Yo tuya. Y tú, mío.

- ¿Y por eso me atacaste?

- No eras aún mío... -Musitó.

Suspiré:

- Nenita, ¿te acuerdas cuando nos vimos por primera vez? ¿Cuando los policías, que te ayudé a escapar?

Miró hacia los lados, como intentando recordar:

- Sí. Me querías cubrir con una tela...

- Te quería proteger.

- Proteger de ti...

Sonreí:

- ¡No! ¡Yo no quería atacarte, cielo!

- Tú no eras mi pareja. Tú querías atacarme.

En su forma de ver las cosas, yo era su enemigo, o mejor dicho, lo había sido. Hasta ahora.

- No. Tú me gustaste. Cuando te vi me gustaste mucho, eres guapísima. Por eso fui a por ti.

- ¿Fuiste a por mí?

- Hoy fui a por ti. Pero me atacaste.

- No eras mi novio. -Me eché a reír. Volvíamos al principio.

- ¿Y ahora sí lo soy, tesoro? -Le pregunté.

- Ahora sí.

- ¿Y por qué lo soy?

- Porque te quiero.

Le acaricié el llamativo cabello rojo:

- Yo también te quiero. Pero ¿por qué soy tu novio ahora?

- Porque eres mío.

- Pero tú no querías, y me atacaste. Casi me matas.

Me miró. Comenzaron a caerle unas lagrimillas por las mejillas:

- ¡Yo no quería!

La abracé. No quería ponerla triste:

- ¡Lo sé, lo sé nenita! ¡Tranquila Pryla, no pasa nada!

Tras cenar, la volví a dejar dormida sobre la cama, y me puse a hablar por Internet con Hugo. Él ya sabía lo que me había ocurrido con mi chica, y que me había picado:

- ¿Estás bien? -Me preguntó, interesándose por mi estado.

- Sí. De hecho me siento mejor que nunca. Aunque tengo en el brazo tres pinchazos que flipas.

- Tranquilo, con el tiempo casi no se verán. El que te sientas tan jovial es lógico, cuando te inmunizan te inyectan también componentes químicos que revitalizan tu metabolismo. Es temporal.

- Es genial la faráptera, una maravilla. Y es muy simpática, se preocupa por todo lo que hago. Se llama Pryla.

La faráptera de Hugo se llamaba Gryka, y era también muy hermosa. Él escribió en el chat privado en el que estábamos conversando:

- Sí, son geniales. La mía es fenomenal, nunca le molesta nada que haga. Y siempre me ayuda en todo cuanto puede. Pero sabes lo que eres ahora, ¿verdad?

- ¿Un farslavers como tú?

- Un farslavers, cazarrecompensas y fugitivo. Menuda mezcla.

- No hay problema. Lo llevaré bien. Estoy acostumbrado, sé pasar desapercibido.

- Que no la descubran, o te la quitarán.

- Ya lo sé, no te preocupes.

- ¡Cuídala mucho!

- Eso por descontado. Muchas gracias por tu ayuda, Hugo.

- De nada. Disfruta de tu chica.

Me cambié de ropa, me puse el pijama y me fui a la cama. Era la primera vez que me dormiría con una faráptera, no sabía muy bien cómo tratarla. Yo le había dado una de mis camisetas, que le quedaba algo grande, para dormir aquélla noche. Al día siguiente le iría a comprar alguna ropita. Me senté en la cama, y ella se dio la vuelta y me miró. Sonreí:

- ¡Hola, preciosa!

Ella sonrió y se fue hacia mí. Me abrazó, y nos besamos. Entonces nos acostamos, tenía las alitas pegadas a la espalda, eran finitas y, sobre mí, puso su cola. La abracé, colocándome detrás de ella. Le levanté un poco la camiseta, y mientras le besuqueaba la oreja intenté meterle mano. Pero al tocar su vulva, noté cómo se sobresaltaba, debido a que la tenía muy sensible aún. Retiré mi mano y le susurré:

- Lo siento nena, tranquila.

- Me duele... -Protestó.

- Ya. No te la toco, no te preocupes.

La abracé con más fuerza a mí, y le acerqué con suavidad mis manos a sus pechitos. Eran minúsculos, apenas unos bultitos, pero no protestó al notar que se los acariciaba, así que le cogí la camiseta para que se la quitara, y se quedó desnuda.

- ¿Me dejas cogerte los pechitos?

- Sí cariño. -Musitó.

Notar aquéllas mamitas por encima de la prenda era una cosa, pero notárselas directamente en la piel, era muchísimo mejor. Los pezoncitos emergieron de inmediato, y se le pusieron muy duros. Yo se los apretaba, y acariciaba apasionadamente los bultitos de sus ubres. Luego me acerqué y se los lamí, chupeteándoselos. A continuación busqué sus labios, y nos besamos un buen rato, lamiéndonos uno al otro la lengua. Mi cipote estaba ya enorme y durísimo, listo para copular, y tenía unas ganas inmensas de metérselo. Pero claro, obviamente no podía hacérselo a la pobrecita. La apreté contra mí y me cogí el pene. Lo llevé hasta su culito, firme y respingón, y comencé a frotármelo contra sus nalgas. Pryla no protestaba, se dejaba hacer mansamente. Le volví a coger con mi

mano libre una de las tetitas, su izquierda, y mientras me pajeaba le susurré:

- Pryla, tesoro...

- ¿Qué? -Musitó.

La lamí en la mejilla:

- Chúpamela, nena.

Se giró un poquito, mirándome:

- No sé cómo se hace...

Le cogí una mano, y se la llevé a mi pene:

- Cógemelo.

Entonces ella me lo cogió con ambas.

- ¿Es la primera vez que coges un pene de macho?

- Sí. -Me respondió.

- Acércate, vamos. Métetelo en la boca.

Con cierto temor y respeto, se metió el glande un poquito.

- Más, más. Trágatelo todo lo que puedas.

Me miró con ojos asustados, pero se lo fue tragando. Yo empujaba, mientras la cogía por la cabeza, y le decía:

- ¡Aprieta, aprieta nena!

Ella casi no podía ni hablar, se ahogaba de tener tanta polla en su boca.

- ¡Aprieta! ¡Más fuerte, cariño! -Grité. Pero entonces ella abrió la boca, y me la sacó. Balbució:

- ¡Voy a pincharte!

- No, nena, tranquila...

- ¡Si! ¡No quiero pincharte!

Ciertamente, las farápteras tenían dos afiladísimos colmillos, que usaban para atacar o/y para inocular veneno. Yo le dije:

- ¡Trágatelo! ¡Necesito echártelo!

Entonces me abrazó, me besó, y, poniéndose de espaldas, se abrió de piernas. Estaba guapísima, era una hembra tentadora, con aquellas minúsculas mamitas al aire, y su enorme coño, enrojecido y super abultado, entre sus piernas. La preciosa faráptera me estaba ofreciendo su almejita. Aunque dañada e irritada, mi chica prefería que la penetrase antes que correr el riesgo de pincharme:

- Ahí no te pincho. -Me decía.

Pero mi pene estaba enorme para aquella vulvita sin excitar y nada mojadita.

- No puedo hacerte eso, nena. No estás preparada para recibir a un hombre hoy.

- Hazlo... -Sollozó, casi llorando. Entonces la cogí por las caderas y la volví a poner ante mí. La abracé:

- Cógemela, con las dos manos.

Me cogió el pene. Continué:

- Aprieta, aprieta fuerte, nenita.

Mientras ella apretaba, yo hacía movimientos de mete-saca.

- ¡Qué gordita está! -Me sonrió.

- Te gusta así, ¿a que sí? -Ella me respondió moviendo afirmativamente su cabeza-. Cuando te avise, la acercas a tu vulva y me la pones junto a ella, quiero echártelo en tu rajita. ¿Me dejas?

- Sí. Vale.

La besé:

- ¡Aprieta! ¡Aprieta ahora con fuerza, que me va a salir, Pryla!

- Se me ha mojado el dedo... Te ha salido un chorrito. -Musitó, y de inmediato acercó su pubis hasta mi glande, para que le echara mi corrida a su rajita de hembra.

- Ponla, ponla muy cerca que lo tengo saliéndome... -Y casi a continuación, grité-. ¡Te quiero mi amor! ¡Para ti, Pryla, para ti, nenita! ¡Aquí lo tienes!

Ella emitió un gritito al sentir mi caliente líquido en la suavecita piel de su vulva, y luego le pedí que lamiera mi pene, cosa que hizo con delicadeza, mientras le acariciaba su precioso cabello rojo. Cuando terminó, nos volvimos a abrazar. Nos besamos durante un buen rato, y yo le acariciaba su culito firme y respingón, y parte de su cola. Era guapísima. Sus ojos rojizos me encandilaban:

- Te quiero.

- Y yo a ti mi amor. Te necesito.

- Tranquila, ya me tienes. -Le dije, acariciándole la mejilla-. Otro día te enseñaré a hacer mamadas, ¿quieres?

- Sí. -Me respondió con una sensual vocecita, muy fémina, a la vez que movía la cabeza afirmativamente-. Es que no quería pincharte, tenía miedo de mordértela sin querer...

- Una mujer no es una mujer hasta que no sabe hacerle buenas mamadas a su hombre.

- Yo aprenderé, ya lo verás.

La besé suavemente en los labios. Eran riquísimos:

- Gracias por ofrecerme tu coñito, nena.

Me abrazó con fuerza:

- Sólo quería que te sintieras a gusto conmigo.

- ¿Te duele la rajita?

- No. Me molesta cuando la toco, nada más.

- Mañana estarás mejor, corazoncito, ya lo verás.

A la mañana siguiente cuando desperté ella ya estaba abrazada a mí, con los ojos abiertos. Me encantaba aquélla chica, no quería estar sin mí ni un instante. Le acaricié el pelo, y la besé:

- ¿Qué tal está mi nenita?

Sonrió:

- Bien, ¿y tú?

Le acaricié las caderitas, y le acerqué mi pene, que estaba duro, como es normal en los hombres por las mañanas, para que me lo notase:

- Mira cómo se me ha puesto por ti.

Ella sonrió, y me lo acarició. Nos volvimos a besar, y le pregunté:

- ¿Nos duchamos juntos?

- Como tu quieras. -Me respondió.

Así tendría la oportunidad de verle el conejito, de modo que nos fuimos a la ducha, y la ayudé a enjabonarse. Comprobé con satisfacción que su chochito estaba ya mucho mejor, y se lo acaricié por encima, aunque no insistí mucho porque prefería que ella se lo lavase. Nadie mejor que su dueña para saber la fuerza que tenía que aplicarle sin hacerle daño. Eso sí, devoré y mamé sin parar los bultitos de sus ubres.

Luego la dejé preparando comida, mientras me iba a comprarle algunas ropas.

Capítulo 7

No tardaron en aparecer otro tipo de cazarrecompensas más eficientes y letales. Se hacían llamar "los exterminadores". No aportaban nada nuevo en realidad, sino que hacían uso de unas cuantas técnicas y métodos ya existentes, pero con la diferencia que ellos las usaban a la vez, logrando unos resultados más contundentes. Su arma preferida era el arco y la ballesta. A diferencia de la pistola eléctrica que usábamos los cazadores convencionales como yo, que en raras ocasiones mataban a los farópteros, los arcos y las ballestas tenían muchas veces flechas envenenadas y en la mayoría de las ocasiones los herían gravemente, causándoles una muerte lenta y dolorosa. También, y a diferencia de nosotros, los cazarrecompensas, que éramos una especie de "lobos solitarios", ronins con nuestro propio código de honor, ellos solían actuar en grupo, y usaban perros de presa para encontrar y atacar a los farópteros. Otra de sus tácticas era violar a farápteras, cosa que hacían muy a menudo, no para cogerlas como pareja, sino para abandonarlas a su suerte. Así, las pobres hembras farápteras se encontraban sin su pareja, solas, ya que no volvían a unirse a ningún macho, y buscando desesperadas al hombre que las había violado. Se convertían en blanco fácil y no tardaban en morir, muchas veces linchadas por la población o la gente que se las encontraba en su deambular.

Poco a poco los exterminadores fueron quitándonos el trabajo: ya nadie contrataba a cazarrecompensas, sino que preferían a exterminadores. Eso hizo, junto a mi unión a la guapísima y dulce Pryla, que me fuera distanciando de las posiciones oficiales que tanto había defendido en tiempos, y me fuera identificando cada vez más con los farópteros. No es extraño que me encontrase de improviso defendiéndoles de ataques de exterminadores. Me había convertido en lo peor de lo peor para la sociedad: en un renegado, un paria. Pero,a la vez, cada vez me daba más cuenta de lo ciego que había estado, y de la forma en que nos manipulaban los gobiernos para hacernos creer y defender sus intereses, y así seguirse haciendo de oro defendiendo su sistema capitalista. Me daba cuenta que no luchaba por mi raza, ni por nuestra supervivencia como especie, sino por las divisas y corruptelas de los mandamases humanos que en las sombras manejaban los hilos de la cruel e insensible sociedad que ellos llamaban "civilizada". Eran ellos, y ese modelo de sociedad, el que veían amenazado, no a nosotros.

Mi experiencia como cazarrecompensas era muy valiosa para los

farópteros, pero el problema era que su forma de vida y social no facilitaba mi colaboración. En cierta forma era eso lo que les había posibilitado la supervivencia, al actuar cada colmena y familia como unidad independiente y no relacionada entre sí, sin casi nexos ni unión entre ellas.

Pero por fortuna las cosas iban a dar otro giro de nuevo. Hugo me comunicó que varios ex-cazarrecompensas como yo, así como farslavers con parejas farópteros, se estaban uniendo y organizando para defender sus intereses, a los farópteros, y también combatir a los exterminadores. Era un desplante en toda regla a lo que hasta ahora suponía ser un farslaver. Era plantarle cara al régimen mundial establecido. Y era lo que yo estaba esperando. No sería fácil, pero sin duda era mejor que quedarse en la sombra, escondidos como ratas y viviendo entre el temor de ser descubiertos o de quedarnos sin nuestras parejas. Y de ningún modo estaba yo dispuesto a renunciar a mi Pryla.

La primera reunión se celebraría al día siguiente en un lugar que nos dirían pocos minutos antes, para que nadie pudiera filtrarlo. A cada uno de nosotros nos mandaban esperar en un sitio de la ciudad hasta la llegada de nuestro contacto. Mi contacto sería Hugo. Podíamos llevar a nuestros farápteros (quienes tuvieran pareja), pero en ese primer encuentro ni por asomo iba a llevar conmigo a Pryla. No quería que corriera ningún riesgo.

Llegué a mi apartamento y se lo conté. No se si su capacidad mental y forma de ver las cosas sería capaz de asimilarlo, pero lo que sí entendió es que debía quedarse sola y esperarme. Le dejé bien claro que si no lo hacía me enfadaría mucho, y para ella lo peor que podría pasarle sería que hiciera algo que me molestase, por lo que sabía que me obedecería.

Aquélla noche nos volvimos a acostar juntos, ella aún tenía la almejita algo irritada, pero la calmaba muchísimo que se la lamiese, cosa que gustosamente hice, porque su vulvita sabía a gloria. Como Pryla no estaba en celo, no le venía ningún orgasmo, pero le resultaba sumamente placentero y le daba mucho gustito notar mi lengua húmeda en su maltratada rajita de mujer.

Cuando me cansé de chupar coño volví a su lado y noté que me ponía sus tetitas para que se las tocase. Me encantaba dormir con sus bultitos en mis manos y la guapísima faráptera pronto se dio cuenta de ello.

- ¿Cuándo te viene el celo, cariño? -Le pregunté.

- No lo sé... No muy tarde.

Lo cierto es que no me importaba que estuviera en celo o no, porque hasta que su vagina se recuperase no quería penetrarla, pero me gustaba hablar de ello con mi chica.

Le cogí la doble cola y se la besé. A ella le gustaba, e hizo que cerrase los ojos y aflorase una sonrisa a sus labios. Luego la abracé fuertemente a mí, notando sus alitas recogiditas a la espalda de ella, y le apreté las minúsculas tetitas para dormirme. El día siguiente sería una jornada dura.

Capítulo 8

Esperé a Hugo hasta que lo ví acercarse en coche. Me llevó hasta un viejo local abandonado, en los barrios fondos de la ciudad. En el coche, por seguridad, sólo iba él. Su faráptera le esperaba en el local. Nada más entrar por un hueco de la puerta, muy vigilado, vi cómo Gryka, su novia, corría hacia él y se abrazaba muy mimosa. Gryka era muy guapa, sus alitas semitransparentes eran blanquecinas, su pelo, largo, muy rubio -casi blanco también-, y sus ojos eran grises. Vestía una faldita elástica, casi hasta las rodillas, y una blusa blanca de cuello largo. Observé que, además, tenía el vientre abultadito, señal de que Hugo se había descargado en ella durante la noche. Si se les abultaba el vientre a las farápteras es que habían recibido esperma en su útero aquélla noche (o hacía unas pocas horas). Cuanto más abultado tuvieran el vientre, más corridas habían acumulado. Ésto sólo les duraba un día, y a la noche ya estaban de nuevo con su vientre normal, ya que su cuerpo había metabolizado el semen. Era una característica peculiar, e incluso parecía que algunas estuvieran embarazadas, seguramente porque estaban en celo y llevaban sus hombres corriéndose en ellas varias veces (y varias noches seguidas). Lo cierto es que estaban muy sensuales. Vi claramente, por los enormes pechos de la novia de Hugo, que ésta estaba en celo, y, de hecho, no dejaba de abrazarse a Hugo, sin irse de su lado ni a sol ni a sombra. Le miraba, le sonreía, le hablaba y le besuqueaba sin cesar. Al verlo, sentí ganas de estar con Pryla, y de que le llegara el celo pronto. Quería verla también con el vientre abultadito de mi esperma, seguro que estaría guapísima.

Nos sentamos en un gran auditorio, en lo que en tiempos había sido una sala de cine, y varios hombres comenzaron a exponernos su posición. Hugo se sentó a mi lado, y al suyo, por supuesto, su novia. Le susurré a mi amigo:

- Te la has follado bien, ¿eh?

Él sonrió, se llevó la mano hacia el vientre abultadito de su chica, y se lo apretó suavemente:

- Aquí lleva unas cuantas corridas mías. -Y, mirándola, añadió-. ¿Verdad, cielo? ¿Cuántos chorritos te dejé dentro?

Gryka sonrió, y se cogió el vientre con ambas manos, como si realmente estuviera preñada:

- Muchos. -Y se besaron un buen rato.

Observé a mi alrededor. Había muchas parejas de farslavers con farápteras, algunas de las cuales estaban tan "preñadas" que incluso les era difícil sentarse.

Hugo miró hacia mí y me explicó:

- Si no quieres que tu chica esté así si se la metes mucho...

Le corté:

- A mi me encanta que esté rellenita de mi esperma.

- Pero si por un casual no quieres, cuando se lo hayas echado esperas un poco y le aprietas el vientre hasta que su vagina expulse el semen, y entonces ya no se le hinchará el vientre.

- ¿Eso no les duele?

- No. También lo pueden expulsar ellas, pero no suelen querer, y por eso les aprietas el vientre, para incitarlas a que lo hagan. Ellas quieren que se les hinche el vientre porque su vulva se les pone muy gordita. Notarás que cuando está en celo la vulva de tu faráptera aumenta mucho de tamaño, pues cuando empieza a aumentar su vientre, su vulva también lo hace, y su clítoris se les vuelve más esponjoso, de forma que sólo con que se lo roces ya les das placer. A veces mi chica se corre varias veces sólo con que le meta mano. Es fantástica.

- Que pasada...

- Pues sí. -Sonrió Hugo.

Vi cómo algunas mujeres humanas estaban acompañadas de farópteros, que los tenían como novios. Se los señalé a Hugo:

- ¿Y ellos?

- Ellos notan cuando ovulan su pareja humana, se lo huelen, y también se corren en ellas que da gusto. Pero lo que buscan esas mujeres es la fidelidad de un faróptero, principalmente.

En ese instante llegó una pareja y se acercó a nosotros. La chica era

humana, pero el macho era faróptero. Ella saludó a Hugo con dos besos, y mi amigo me dijo:

- Es mi hermana. Se llama Janet.

Me sorprendió que Hugo tuviera una hermana también unida a un faróptero. Tras saludarnos, Janet señaló el vientre de Gryka y, sonriendo, se lo acarició suavemente:

- Veo que está en celo...

- Sí. -Le respondió Hugo-. Le ha venido esta semana. ¿Y el tuyo? ¿Que tal se porta?

La mujer miró a su faróptero, y se besuquearon, cómplices:

- Es genial. Sólo tiene ojos para mí. Me encanta mi chico.

Entonces un hombre, que estaba acompañado por una faráptera de pelo verdoso (con un vientrecito también abultadito), subió al estrado. Pidió silencio elevando su mano izquierda, y dijo:

- Caballeros... Señoras... Muchas gracias por estar aquí esta noche. Como sabéis, hemos venido para unir nuestras fuerzas y enfrentarnos a un gran riesgo: los exterminadores. Creemos que hay otras formas de hacer las cosas, que debemos darles a los farópteros una oportunidad para que nuestras dos especies convivan juntas, y que...

De improviso se escuchó un estruendo. Todas las personas miraron instintivamente hacia atrás, hacia la enorme puerta de entrada, que estaba ahora hecha añicos. En un abrir y cerrar de ojos el local se llenó de gases lacrimógenos, de humo que lo llenaba todo. ¡Era la policía! Corrimos despavoridos, pero no sabíamos muy bien hacia dónde. Todo se nubló a mi alrededor, y caí al suelo.

Capítulo 9

Cuando abrí los ojos lo único que vi fue una inmensa luz blanca. La luz de la celda donde nos habían metido. Al poco entraron dos agentes, y cogiéndome por debajo de los hombros me llevaron con brusquedad con ellos. Pasé cerca de una sala con la puerta entreabierta, y de la que salían gritos despavoridos de mujer. Pude ver cómo un policía violaba a una faráptera. Era demencial. Ahora me sentía aliviado por no haber llevado conmigo a Pryla, ¡no habría resistido verla allí!

Me llevaron a un despacho, y ante mí ví, sentado tras un enorme escritorio, a un hombre enorme, de espalda anchísima y barba muy corta y recortada. Lamía un palillo con avidez. Me hicieron sentarme, y los dos agentes se fueron, dejándome esposado ante el hombre aquél, el cual, mirándome con desdén, dijo:

- ¡Un cazador! ¡Un cazador de recompensas metido en ese antro de malas bestias! ¡Quién lo hubiera pensado!

- Creo que no era el único...

- Pero sí el único que no teníamos fichado.

Se paseó por la estancia hasta una pequeña ventana alargada, y desde allí, girándose hacia mí y cogiéndose los tirantes del pantalón, dijo:

- ¿Dónde está tu pareja?

- ¿Mi pareja? -Dije, intentando simular sorpresa.

- ¡Sí, tu faráptera!

- ¿Por qué insinúa que fui con una faráptera?

Apoyó sus nudillos en la mesa con un seco y brusco golpe:

- ¡No me tomes por idiota! Todos vosotros os habéis dejado engatusar por esas zorras de cuerpos curvilíneos... Por esas alitas... ¡No soy tonto!

- Yo solo quise cambiar las cosas. No creo que matarlos sea lo más adecuado.

- ¡Me importa un pimiento lo que creas y tu filosofía, cuéntaselo a otro! Solo quiero saber cual es tu faráptera. Las tenemos a todas, y si no nos lo dices, te aseguro que sufrirá. ¡Oh, sí! ¡Sufrirá mucho!

Como no consiguió nada más de mí, me hizo regresar a la celda. Nada más entrar, Hugo se abalanzó sobre mí:

- ¿Qué les has dicho?

- ¡Nada! ¿Quién os ha vendido? ¿Lo sabes?

- ¡No lo sé!

- ¿¡No decías que era una reunión segura!?

- ¡No lo sé! -Chilló mi amigo, nervioso. Y me preguntó, suplicante-. ¿Qué les hacen a las farápteras? ¿Dónde las tienen? ¿Las has visto?

No dije nada. Mejor que no lo supiera.

Tras horas de encierro, nos dejaron salir a los humanos, escalonadamente. Yo no me fui directamente a mi apartamento, sino que di varias vueltas por si me seguían. Cuando la noche caía, me acerqué a mi edificio y subí las escaleras. Abrí la puerta de prisa, y la cerré de inmediato tras de mí. Vi a Pryla correr hacia donde me encontraba, y suspiré aliviado. Vestía una minifalda cortísima, que al moverse casi se le veían las braguitas, y una bonita blusa negra. Llevaba también medias negras. Nos abrazamos, y la besé con fuerza:

- ¿Estás bien, nena?

Afirmó con un gesto de su cabeza:

- Sí. ¿Dónde estabas? He hecho cena...

Corrí hacia las ventanas y bajé las persianas, tras apagar las luces:

- ¡Tenemos que irnos!

- ¿Qué ha pasado?

- ¡Un desastre! ¡La policía nos ha capturado a todos como a perros, parecía una emboscada!

Mi faráptera se llevó las manos a la cara, asustada. Me fui hacia ella y la abracé:

- Tranquila nenita, ahora estoy aquí. A los humanos nos han soltado.

Le acaricié el trasero, y le dije:

- ¿No tienes frío con esa minifalda tan corta?

- No. ¿Te gusta?

- Me encanta. Te queda genial. Estás buenísima nena.

La volví a besar durante un buen rato, lamiendo su lengua y sus afiladísimos colmillos. Luego, a la luz de una lámpara cenamos. Y a continuación le dije:

- No podemos quedarnos aquí. Esta dirección la conoce Hugo, y Gryka, pueden sonsacársela la policía con argucias.

- ¿A dónde vamos?

- Coge tus cosas, nena.

Yo estaba acostumbrado a cambiar de sitio, así que no me suponía un esfuerzo reunir mis escasas pertenencias. Pero ahora con Pryla la responsabilidad era mayor.

Cuando tuvimos todo en bolsas, le dije a mi chica:

- Voy a salir con las bolsas hacia la furgoneta. Quiero que vayas por la ventana de las escaleras, saltes al patio de luces y vueles hasta el tejado. Pases al otro edificio y esperes hasta que yo llegue al callejón. ¿Podrás hacerlo?

- Sí, claro.

La cogí por la cintura y la acerqué a mí:

- ¡Por favor, que no te pase nada, nena! Si ves un peligro, ¡huye! ¿Me entiendes?

- Sí, mi amor.

Nos besamos fuertemente, y salimos. La acompañé hasta el último piso, y la vi lanzarse al vacío. En cuanto voló hacia lo alto, corrí escaleras abajo. Llegué al aparcamiento, y puse las bolsas en la furgoneta. Arranqué y me dirigí al callejón. El sitio estaba muy oscuro, y al entrar se iluminaron con los faros de mi vehículo dos tipos que estaban en él. Ambos se fueron hacia mí:

- ¡Eh! ¡Danos algo!

- ¡No llevo nada! -Dije.

- Como que no, seguro que sí, a ver...

- No me toques... -Increpé. Su amigo sacó una navaja, y se vino hacia mí:

- ¡A ver qué llevas!

Yo estaba fuera de la furgoneta, con el motor apagado, por lo que no tenía ninguna oportunidad. Pero entonces, se escuchó un ruido. Alguien que saltaba desde lo alto, y un siseo. Ellos se giraron. Pryla acababa de aparecer, y los miraba con furia. Su doble cola tenía ambos aguijones afuera. El aspecto de la faráptera era terrorífico. Una cosa era enfrentarse a los farópteros con armas de fuego o desde lejos con una ballesta, pero cuerpo a cuerpo pocos se atrevían a hacerlo. Y, por supuesto, los dos delincuentes aún menos. Corrieron despavoridos. Pryla corrió hacia mí y nos abrazamos:

- ¡Te dije que no te pusieras en peligro! -Protesté.

- ¡Pero tú sí estabas en peligro! -Dijo, recogiendo sus aguijones.

- ¡Eso da lo mismo, amor mío! ¡Lo importante eres tu!

- Y para mí lo importante eres tú...

Suspiré, y la besé, saboreando sus riquísimos labios. Luego subimos a la furgoneta, y nos fuimos.

Las calles estaban desiertas, apenas había tráfico, y la ciudad dormitaba. Cuando estábamos a la salida, en un barrio periférico, vi en el borde del banco de un parque una figura. Detuve la furgoneta, y la aparqué. Le pedí a Pryla que no se moviera, y me acerqué al

hombre. ¡Era Hugo!

- ¿Qué haces aquí?

Ni me miró. Agitaba su teléfono móvil entre las manos:

- ¡Las han matado! -Comenzó a llorar-. ¡Las violaron y luego las mataron, los muy canallas!

Me senté a su lado, intentando consolarle. No quería que cometiera una locura. Él me había ayudado a mí, yo quería ayudarle a él.

Parecía que las cosas no podían ir a peor, pero entonces noté unos movimientos. Estaba acostumbrado a oír aquélla forma de moverse: yo mismo la había usado.

- ¿Te han seguido? -Pregunté.

- ¡No sé! ¿Importa?

Eché a correr:

- ¡Pryla!

En un instante, cuatro exterminadores, armados con ballestas y perros, rodearon la furgoneta. Uno de ellos, al verme me apuntó con ella:

- ¡No te acerques!

- ¡No me apuntes con eso! -Dije a mi vez.

- ¡No tienes armas! -Me respondió.

Extraje mi sai de mi espalda:

- Nunca voy desarmado.

Pero en ése momento, una sombra, algo, salió de la nada y se llevó consigo al exterminador. Los otros tres miraron a lo alto, los perros ladraban. Pryla abrió la puerta y le grité:

- ¡Vuela, vuela!

Mi chica se echó a volar, pero uno de los hombres, de forma rápida, la

apuntó con su bayesta. Le lancé el sai, que impactó en su antebrazo, haciendo que errase el tiro. Mi chica ya había desaparecido en el cielo nocturno. Los hombres me miraron, y uno de ellos me dijo:

- Tres contra uno, ¿qué vas a hacer?

Hugo llegó, y se colocó a mi lado:

- Di mejor contra dos. Y estoy muy cabreado, os patearé ese culo hasta que os salgan los huevos por la boca. -Grito. Debió causarles tanta impresión, que se hicieron a un lado. Subimos a mi furgoneta y nos fuimos.

- ¿Quién era esa sombra? -Pregunté.

- Ni idea. -Dijo Hugo-. Pon la radio.

Puse la radio, y conduje sin dejar de mirar al cielo, intentando encontrar a mi chica:

- Como la haya perdido...

- Tranquilo . - Me calmaba Hugo-. No se irá sin ti.

Dieron las noticias, y el locutor dijo:

- Tremenda masacre en la comisaría de policía. Ha habido varios policías gravemente heridos por picaduras de farópteros, y algunos de ellos han escapado. Se ruega a la población que no salga de sus casas.

En ese momento, los faros de la furgoneta iluminaron a dos figuras ante nosotros. ¡Eran Pryla y Gryka! Hugo echó a correr hacia su chica, y se abrazaron. Yo hice lo propio con la mía. Reemprendimos la marcha, y Gryka nos contó que algunos de los farópteros macho habían atacado a los policías, y les causaron la muerte. Entonces ellas aprovecharon para escapar, y algunas lo consiguieron. Según le contó a Hugo, a ella no la habían violado porque aún no le tocaba el turno, todavía la tenían en la celda. Pero Hugo decidió comprobarlo personalmente en la parte de atrás de la furgoneta, y con una linterna le examinó el chochito. Escuché a Gryka que le explicaba, melosa:

- Si hay algo dentro es tuyo, cielo.

Hugo le respondió:

- No, mío ya no te queda, porque ya no tienes el vientre hinchado. -Lo cual era cierto, su novia ya tenía la barriguita prácticamente plana-. Si hay algo es que te la han metido.

Gryka sollozaba:

- ¡No me la han metido, de verdad, mi amor!

Yo, mientras tanto, miré a Pryla, que estaba a mi lado, y le acaricié la mejilla:

- ¡Te quiero! -Le susurré. Ella me sonrió, me cogió la mano y me la besó.

A continuación, como Hugo y su novia seguían detrás, le dije a mi amigo:

- ¡Deja de sobarle el conejito, hombre, que no se la han tirado!

- Por si acaso. -Me respondió.

Miré por el espejo retrovisor interior, y vi cómo Hugo se bajaba los pantalones y le metía su inmenso manubrio en la vulva de ella. Vi claramente los hermosos labios íntimos de Gryka abrirse para acogerle en su vagina, y miré a Pryla, la cual, ajena a todo, miraba al frente. Extendí mi mano y le alcancé su tetita izquierda, acariciándosela. Me miró y sonrió. Luego le alcé un poquito la minifalda para verle el conejito. Me volvía loco su minifalda, le quedaba impresionantemente sexy. Le susurré:

- Gracias por ponerte esa minifalda.

Pryla sonrió, se fue hacia mí y me besó en la mejilla.

Cuando Hugo terminó de correrse en su novia, se abrazaron, y se quedaron hechos un ovillo en el asiento de atrás. Yo continué conduciendo.

Tras un rato, mi amigo me dijo:

- ¿A dónde vamos? ¿Tienes un plan?

- Lo más lejos posible.

- Ese no es un plan.

- Por ahora es suficiente.

Hugo suspiró:

- Hay un hombre... Es un millonario bastante excéntrico, tiene una mansión, se dice que aloja a parejas farápteras. Podríamos ir allí a refugiarnos.

- ¡No voy a dejar la seguridad de mi chica en manos de extraños, Hugo! Recuerda lo que acaba de pasar en la reunión.

- ¿Entonces qué quieres hacer?

- Lo que sea, pero que dependa de mí su cuidado, no de nadie.

Vi cómo Hugo le metía mano a Gryka, y le susurraba algo. Yo continué:

- Hay un pueblo abandonado, en las montañas, de difícil acceso. Tiene una carretera muy expuesta que se ve la llegada de vehículos desde lejos. Allí al menos tendremos vía de escape.

- ¿Un pueblo abandonado? -Dijo mi amigo.

- Sí. Si no te gusta puedo llevarte a "tu" mansión.

- No, creo que está bien, prefiero esa propuesta. -Y miró a Gryka-. ¿Tú qué opinas, chiquitina?

- Como tu digas. -Le contestó.

Se dirigió a Pryla:

- ¿Y tu, Pryla? ¿Te gusta la idea?

Mi chica me miró:

- Sí.

Sonreí:

- No se para qué les preguntas. Ellas harán lo que les digamos.

- Te recuerdo que "ellas" nos salvaron la vida. -Señaló Hugo.

Miré hacia Pryla. Sus ojos rojizos brillaban con toques metálicos en la oscuridad.

- Eso lo dices porque acabas de correrte en ella. -Observé. Hugo se mesó el cabello:

- Si la pierdo no sé qué sería de mí. No podría vivir sin ella.

Vi cómo la abrazaba y la besaba en la boca sin parar.

- Hay más.-Dije.

- ¿Cambiarías la tuya por otra?

Mi chica me miró, seria. Sonreí, y le cogí la mano. Se la apreté:

- No, claro que no.

Tras un rato, Hugo y su novia dormitaban detrás. Vi cómo mi chica se tocaba la barriguita, justo por encima del monte de venus. La miré y le pregunté en voz baja:

- ¿Qué te pasa, cielito?

- Me duele la barriga... - Me respondió con voz mimosa.

- Es normal. Eso es que te va a bajar la regla. Tranquila.

Le acaricié la carita.

Tras recibir a su primer macho y acoger su semen, el aparato reproductor de las farápteras comenzaba a activarse, y Pryla no tardaría en convertirse en mujer y menstruar para luego venirle el celo. La pobrecita no estaba acostumbrada a los dolores premenstruales, pero a partir de ahora tendría que empezar a estarlo.

Yo me alegraba, quería verla en celo pronto.

Subimos por polvorientas y estrechas carreteras, hasta llegar a una pequeña planicie. Había algunas casas alrededor, y la vista de las

montañas era impresionante. Salimos de la furgoneta, y todos se quedaron asombrados con el paisaje.

- ¿Qué os parece? -Dije.

- Esto está muy bien, pero ¿dónde vamos a alojarnos? -Dijo Hugo. Abrí mis brazos:

- ¡En la casa que queráis!

- ¡De eso nada!

Un viejo venía hacia nosotros, con gesto serio, blandiendo una escopeta y frunciendo el ceño. Pero cuando llegó frente a nosotros y vio a las dos farápteras, su actitud cambió. Pareció relajarse.

- Creía que habías dicho que este pueblo estaba abandonado... -Me recriminó Hugo.

El viejo, con rostro delgado y rugoso, y casi completamente calvo (aunque tenía una especie de perilla), dijo:

- Yo vivo aquí, allá arriba. -Señaló una casa de dos plantas, en lo alto de un empinado camino, frente a nosotros-. Me crié en este pueblo, y regresé hace un par de años.

- No queremos molestarle, abuelo. Nos vamos y en paz. -Dije, pero el viejo señaló a las chicas:

- Esas... ¿son vuestras?

- Sí. -Respondí. Entonces apartó el rifle, y me tendió la mano:

- Me llamo Berto. Venid, seguidme. Estaréis mejor aquí.

Nos hizo seguirle, y, por su mirada, noté cómo el viejo trataba de verle el bultito del bollito de mi chica entre las piernas, pero ella lo escondía muy bien, a pesar de su pequeñísima minifalda.

Subimos hasta su casa, y nos contó que desde que habían ocurrido los ataques a los farópteros, no estaba muy contento. Que su mujer, fallecida hacía ya años, admiraba a las farápteras, y que él siempre trataba de ayudarles desde entonces. Nos dijo que si nos quedábamos en el pueblo nos ayudaría.

Muchas de las casas del pueblo estaban derruídas o en muy mal estado, pero Berto conservaba algunas bastante bien: una de ellas, que había sido de su hermana, en la parte occidental del pueblo, más alejada, era una pequeña vivienda de una sola planta, con un bonito porche y un patio trasero cerrado. Allí me alojaría yo, mientras que Hugo se iría con su chica a una casa unos metros atrás que la de Berto.

- Era una de las casas más señorales del pueblo -le explicó el anciano a mi amigo-. Tiene de todo, y posee muebles de mucho valor y robustos.

Cenamos con el anciano, tras dejar nuestras cosas en nuestras "nuevas" casas (la furgoneta la escondí convenientemente en un lateral del porche, bajo una zona con techumbre), y luego nos pasamos hasta bien entrada la noche charlando.

Volví cogiendo de la mano a Pryla a nuestra casa, y tras cerrar muy bien puertas y ventanas, nos acostamos en una enorme cama. Berto había conservado muy bien no sólo los muebles, sino incluso las ropas y equipamiento.

Me abracé a mi chica y le quité la camiseta que llevaba. La quería tener desnuda entre mis brazos. Noté que llevaba unas braguitas, y al ir a bajárselas, me dijo, temerosa:

- ¿Y si me viene la regla?

Estaba claro que la pobre no dejaba de pensar en ello. Se las dejé puestas para que no se preocupara, y la abracé. Nos besamos un buen rato, y luego le cogí las minúsculas mamitas:

- ¿De quién son estas dos tetitas? -Le susurré, sonriendo.

- Tuyas, mi amor. -Me respondió.

- Eres muy guapa, ¿lo sabías? Eres guapa, guapísima.

Ella sonrió, y me cogió el dedo de mi mano derecha para chupárselo. Se había acostumbrado a dormirse chupando mi dedo como si fuera un chupete. Yo la dejé, porque así ensayaba para acostumbrarse a hacerle buenas mamadas a mi pene.

Por la mañana, cuando desperté, me levanté y por la ventana observé algo. ¡Farápteras! ¡Había farápteras en torno a la casa de Berto! Corrí

a por mis prismáticos, y miré desde detrás de la ventana. Había un par de farápteras revoloteando ante el corredor de la casa de Berto. Entonces, vi al anciano salir con una cesta. Era comida, patatas y verduras. Se lo dio a una de ellas, y emprendió el vuelo hacia el bosque. La otra faráptera, de cabello azul celeste, se levantó la camiseta de color fuchsia que llevaba, y enseñó ante el viejo un par de soberanas tetas. Entonces el anciano se fue hacia una de las ubres, se la cogió con delicadeza, y comenzó a apretarla y a chupársela. Tras un buen rato, hizo lo mismo con la segunda teta. Yo estaba alucinando, viendo allí a la faráptera, con las alas vibrando y suspendida en el aire, y con la camiseta alzada, dándole los pechos al viejo, que estaba en el corredor de su casa.

Cuando Berto terminó, la faráptera se bajó la camiseta de tirantes y se fue volando. El anciano la despidió agitando su temblorosa mano, y con una sonrisa de oreja a oreja. Dejé los prismáticos y caminé hacia allí.

Subí los escalones del corredor, y llamé a la casa. Berto me abrió, y me saludó sonriendo:

- Creía que dormirías más con la faráptera... Aunque ya he visto que la tuya no está en celo, como la de tu amigo...

- Y la suya, por lo que he visto, también está.

Me miró, pero no se sorprendió:

- No es la mía.

- No sabía que había farópteros por aquí.

- Hay una colonia. En la aldea vecina, si se le puede llamar aldea, porque no hay casi nada en pie allí. Se esconden en una casa medio derruida. Hace casi un año que están allí. Yo les doy comida y ellas... Ellas me alegran el día.

- ¿No ha pensado en hacerse con una?

El anciano se echó a reír:

- ¿Y qué haría con ella? ¡Ya ni se me levanta! No. Con saborear sus suaves ubres estoy más que feliz. La faráptera que me las ofrece tenía pareja, un faróptero, pero los exterminadores se lo mataron. Hace

tiempo. Ella y yo estamos solos. Ella volvió a unirse a una colonia para que la protegieran los farópteros soldado. Una faráptera sola tiene pocas posibilidades de sobrevivir.

Capítulo 10

Aquélla tarde le vino la menstruación a Pryla. Se mostraba preocupada y en cierta forma asustada, era la primera vez que tenía la regla, así que decidí ir a casa de Hugo, y le pedí que dejase que Gryka se fuera con mi chica y la acompañase, mientras mi amigo y yo nos quedábamos jugando a las cartas en casa de Berto. Así Gryka podría aconsejarle a Pryla y hacerla sentir mejor, ya que Gryka tenía mucha más experiencia, puesto que hacía mucho más tiempo que le había venido su primera regla.

Yo había tenido la precaución de cargar también suficientes compresas en la furgoneta, aunque tarde o temprano tendríamos que bajar a la ciudad a comprar víveres. Mientras tanto, ayudaríamos también a Berto en el campo y con sus huertas.

Tres días después, a Pryla ya se le había pasado la menstruación, y enseguida noté que sus pechitos tan coquetos empezaban a aumentar de tamaño considerablemente. Pero no solo eso: su vulva se estaba haciendo más regordita, y sus labios externos mucho más globosos. Se estaba preparando para acoger a un hombre. Para recibirme a mí.

Una tarde, al llegar a casa del campo, la encontré esperándome con la minifalda tejana cortísima que me gustaba tanto. La diferencia era que ahora no llevaba nada debajo, ni medias, y los dos bultitos de los labios externos que se apretaban en su rajita podían discernirse claramente. Sus pechos ya eran bastante grandes, y se le bamboleaban seductoramente. Estaba hecha ya toda una hembra.

- ¿No tienes frío así, nenita? -Le pregunté, mientras me abrazaba y me besuqueaba por toda la cara:

- No.

- ¿Ni en el coñito, vida?

Me besó:

- El coñito está muy caliente. Mira, toca.

Me cogió la mano y se la metió entre sus piernas. Noté la majestuosidad de su preciosa vulva:

- Más que caliente, diría que está mojadito...

Le acaricié el chichi, y ella se lo frotó con mi mano. Noté cómo le empezaba a babear sin parar.

- Creo que necesitas que te la meta... -Susurré, besuqueándola.

- ¡Sí, sí, por favor! ¡Házmelo ahora! - Me animó.

Nos fuimos besándonos y desnudándonos hasta la habitación.

La abracé y giré, poniéndola sobre la cama. Ella sonrió al verme acceder a su petición, y vi cómo cerraba sus ojos mientras yo le abría las piernas. Las alitas y la cola estaban ya totalmente relajadas.

Lo primero que noté al abrirle las piernas era lo húmeda que tenía su preciosa vulva. Su almejita era magistral, guapísima. Tenía una rajita muy bien definida, y en medio se notaba claramente el introito vaginal. Se lo acaricié ligeramente con mi dedo, y noté cómo Pryla respondía con un ligero espasmo de placer. Era la primera vez que sentía el contacto de un hombre en una zona tan íntima estando en celo, y se notaba por lo ansiosa que estaba. Cuando retiré mi dedo vi claramente cómo un hilillo de líquido se deslizaba entre sus labios de mujer, hasta tal era el extremo en el que estaba excitada. Entonces, con dos dedos, le aparté los labios externos, dispuesto a saborear aquél manjar tan exótico. Le besé el coñito suavemente, lamiendo sus babitas. Estaban riquísimas, frescas y sabrosas. Entonces decidí comerme el coño completamente, y se lo chupé con avidez. Ella, cogiéndome por la nuca, emitió un agudo grito de placer. Su primer orgasmo. Y lo había tenido conmigo. Era fantástico. Aquélla hembra ya no me olvidaría.

Busqué su clítoris. A diferencia de las humanas, el clítoris en las farápteras era mucho más largo y retráctil, como un pequeñito y delgadito pene, pero que terminaba en una cabecita rosada muy sensible. Se lo chupeteé mientras Pryla se retorcía de placer.

Tras beberle los juguitos, regresé hacia ella, besándola. Me abrazó.

Luego cogí mi pene, durísimo y vibrando de ganas de penetrarla, y le acaricié con él la vulva, tocándole los labios externos.

- ¿Me dejas entrar, nena?

Me besuqueó, diciéndome que sí con la cabeza, y elevando su pubis hacia mí, con las piernas abiertas, ofreciéndome totalmente su vulva.

Se la fui metiendo poco a poco, con suavidad, para que la disfrutase y no le hiciera daño. Ella lo iba notando, y me abrazaba con fuerza. Yo le besuqueaba la mejilla.

- Tranquila, ¿eh? -Le susurré. No quería que se asustara. Mi pene estaba durísimo, enardecido de pasión por aquélla mujer, con unas ganas enormes de echarle semen sin parar.

La cogí por el culito con ambas manos, llevándola más hacia mí, y se la metí más adentro. Ella emitió un ligero chillido al notar cómo la hacía mía, cómo se convertía en mujer. Para que siguiera disfrutando, comencé a follarla, y ella pronto me regaló con sus gemidos. La besé, manoseándole las tetas con avidez, y le susurré:

- ¡Te quiero, amor mío! ¡Te quiero! -Le confesé. Ella me respondió a su vez, enardecida de pasión:

- ¡Te quiero! -Y en ese instante enervó su doble cola, e hizo aflorar totalmente sus dos aguijones, mientras yo la tenía bien insertada en su vagina.

Miré hacia los dos extremos puntiagudos de la cola y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Eran terroríficos. Pryla me acariciaba mimosamente las mejillas y el mentón, calmándome. Yo seguía teniéndola insertada en mi pene, y la abracé, metiéndoselo bien adentro para que lo disfrutase.

- Te lo voy a echar, ¿eh, mi amor? Te lo voy a echar ya, ¿vale?

Estaba con unas ganas tremendas de eyacular. La guapísima hembra me respondió afirmativamente con su cabeza. La ceñí entre mis brazos:

- ¡Vamos nena, disfruta, nenita, disfruta!

Al verme tan excitado, comenzó a correrse, gritando de gusto. Entonces aproveché y desparramé todo mi esperma por su vagina, escupiéndoselo hacia su útero. ¡Me acababa de tirar a mi chica faráptera en celo, era fantástico! Ella gritó, al notar cómo la rellenaba de esperma:

- ¡Un bebé! ¡Dame un bebé!

La besé, dejándole bien adentro mis últimas vocanadas.

Seguíamos abrazados, acariciándonos, mientras mi pene se relajaba y se separaba de la dulcísima vulva que tan agradablemente acababa de acogérmelo.

Besuqueé a mi chica:

- ¿Estás bien, tesoro?

Me respondió afirmativamente con la cabeza.

- ¿En serio?

Volvió a hacer el mismo gesto, y luego me preguntó:

- ¿Y tú?

La besé:

- Sí. Tranquila.

- Voy a ser madre. Te voy a dar muchos bebés.

Me daba igual los bebés que me diera, pero no dije nada. La besé, acariciándole el coñito. Quería ver cómo lo tenía. Ya se le estaba cerrando, y sus labios internos apenas se le notaban. Retiré mi mano para no volver a excitárselo, porque ya no tenía más semen que echarle tras haberle descargado unas inmensas bocanadas, almacenadas para ella en mis testículos.

La besé de nuevo, tocándole con mi lengua los afilados colmillos.

- Tú eres mi chica, ¿eh? Mía y de nadie más.

- Sí, yo tuya. -Me dijo, y de inmediato- y tú mío. Tu mi macho.

- Sí, nena. Yo soy tu hombre. Sólo tuyo.

Me abrazó con fuerza, y se quedó dormida entre mis brazos, con una expresión de felicidad absoluta. Yo le lamí la oreja:

- ¡Te quiero Pryla, te quiero! -Repetí sin cesar varias veces.

Cuando despertó, volvimos a follar de nuevo, y tras metérsela me pasé el resto de la tarde mamándole las ubres. Tenía unas ganas inmensas de chupar teta.

Era irónico que mi chica, la mujer que amaba, acabase siendo una faráptera, precisamente los seres que tantas veces había aniquilado.

Le susurré:

- Pryla, no te abras de piernas para ningún hombre que no sea yo, ¿eh?

- No, tranquilo. -Me respondió.

- Eres mía, no lo olvides.

- Yo, tuya.

La besé:

- Eso es, mi amor. Yo te protegeré.

- Y yo te protegeré a ti. -Me respondió.

Deslicé mi mano hacia su precioso culito, y se lo acaricié:

- ¡Qué buena estás, nenita! -Le dije.

Luego busqué su rajita entre sus piernas. Se la alcancé y se la acaricié. Tenía una magnífica vulva, con unos labios externos carnosos y voluminosos, la delicia para todo hombre. Se la cogí, apretándosela:

- Esto es mío. Esto todo es mío.

Me sonrió, volviéndonos a besarnos. Noté cómo ella entonces me cogía mi cipote, y me lo acariciaba suavemente.

Entonces le cogí la cola. Sus dobles extremos estaban con los apéndices retraídos. Se la acaricié, besándoselos. Eso la emocionó mucho, y noté cómo me abrazaba con fuerza. Luego le acaricié sus alitas. Entre ellas había una glándula de feromonas que se reconocían entre ellos. Probablemente yo ya estaba también lleno de ese olor. Me

musitó:

- Tú no puedes volar.

- No. -Le dije.

- Pues no te separes de mi lado.

Me abrazó tiernamente. Seguramente pensaba que sin la capacidad de volar estaba más indefenso. Decidí cambiar de tema. Acariciándole la mejilla le dije:

- Dime que me quieres.

Sonrió:

- Te quiero.

- Otra vez.

- Te quiero, mi amor.

Le cogí las mamitas para volver a chupárselas, y otra vez se la metí de nuevo.

Con mis tres enormes corridas en su interior, cuando despertamos casi a media noche para tomar algo, ella ya tenía un vientre bastante hinchado. Era lo que yo tanto había estado esperando: verla con la barriguita cargada de mi esperma. Se la acaricié, diciéndole:

- ¿Qué llevas aquí?

Ella sonrió, y me besó:

- Tu regalo, mi amor.

Su vientrecito era blandito, como si estuviera preñadita, pero de pocos meses.

Por la noche aún me corrí un par de veces más en su vagina. La pobrecita debía tener el útero a reventar, seguro que no se esperaba recibir tanto semen el primer día de celo, pero Pryla estaba radiante, contenta y feliz de abrirse tanto para mí y de acogerme en su fervoroso interior.

A la mañana siguiente la dejé con Gryka. Las dos tenían un vientrecito abultado, parecían dos chicas embarazadas, y se tocaban la barriguita con suavidad, cogiéndosela como si realmente lo estuvieran. Mi chica se había puesto un bonito vestido blanco, estampado, y la de Hugo llevaba un vestido que parecía de premamá. Se sentaron en el porche, hablando entre ellas con sus manos sobre sus barriguitas.

Tras comer en casa de Berto, nos fuimos a nuestras casas. Yo iba cogiendo de la mano a mi preciosa chica. Sus pechos estaban golosos, con unos pezones enormes, y los tenía bastante grandecitos. Me susurró, dándome un beso en la mejilla:

- ¡Tengo el coño babeando!

Ya se le había reducido mucho la barriguita, y su cuerpo le pedía recibir de nuevo a su hombre. Le dije:

- ¿Te pones la minifalda tejana cuando lleguemos a casa?

Me sonrió, agitando sus alitas:

- ¡Vale!

El cielo empezó a nublarse, y comenzó a llover con fuerza. Nos sentamos en el sofá, abrazados. Sus mamitas eran maravillosas, se le notaban cargaditas de leche, pero firmes y globosas a la vez.

- ¿Qué hacemos? -Me preguntó.

- No se tú, pero yo tengo con qué entretenerme. -Dije, desabrochándole la blusa blanca y cogiéndole ambas tetas. Comencé a mamar de ellas, mientra Pryla me acariciaba el cabello.

- Que tetas más bonitas se te han puesto, amor mío. Son maravillosas.

- Me alegra mucho que te gusten. -Le quité la blusa y la tumbé en el sofá, para disfrutar de su cuerpo desnudo-. ¿Te gustan más así o pequeñitas?

- De las dos formas son geniales. -Le respondí, buscando su entrepierna. La pequeñísima minifalda que llevaba apenas le ocultaba el chochito, por lo que no me fue difícil acceder a él. Le metí un poquito mi dedo en la rajita de hembra, y ella suspiró de gusto.

- ¡La tienes húmeda!

- Sí. Se me pone loquita cuando me la tocas... Se me descontrola.

La besé, y le susurré:

- Te la voy a lamer.

- Vale. -Susurró, y se levantó la faldita, abriéndose de piernas entera para dejarme entrar en su paraíso. Admiré unos segundos aquélla hermosura de vulva: sus labios internos brillaban de humedad, y su montecito de venus, abultadito, palpitaba de deseo. Me fui hacia él y lo besé, lamiéndole el clítoris. Mi chica gimió:

- ¡Ay, ay! ¡Qué gustito!

Noté cómo se le excitaba más en mi boca, y le metí la lengua en su interior, hacia el agujerito. Allí comenzó a babear, y me llené de su licor mientras Pryla temblaba de placer. Estaba en celo, pero aún no había ovulado, y si estaba así ya, en cuanto ovulase sería una locura.

Me fui hacia ella y la abracé, besándola. Luego llevé mi mano hacia sus labios externos regorditos y coquetos, muy voluminosos. Se los acaricié y, al apretárselos, su almejita se deshizo en mi mano, abriéndosele de par en par como una flor, y llenándose más aún de babitas, lubricándose entera para acoger deprisa a un hombre. Pryla gemía con los ojos cerrados, suspirando de gusto ante mis caricias en su rincón más íntimo. Era la primera vez que se quedaba en celo, y la pobrecita se moría de placer. Sus labios internos emergieron de inmediato, rojísimos y rezumando néctar. Noté entre ellos la apertura vaginal que me daba acceso al paraíso femenino. La tenía abierta y muy receptiva; la abracé, rodeándole por sus fenomenales caderitas. Nos besamos:

- Ábrete de piernas, ábrete a mí, tesoro, entrégame tu coñito...

Me abrazó mientras, girando, se colocó debajo de mí, abriendo las piernas de par en par:

-Soy tuya, soy tuya, tómalo...

Cogiéndola por el trasero, la besé. Obviamente, ante tal ofrecimiento yo no iba a rechazarlo, pero antes decidí beber de nuevo del manjar

que estaba manando como un arroyuelo de entre sus piernas. Las babitas de las farápteras son las más sabrosas, porque contienen muchas propiedades saludables. Y si, encima, las producía una vulva tan majestuosa y maravillosa como la de Pryla, más aún. De modo que descendí y comencé a chuparle la almejita ávidamente, lamiendo su interior con mi lengua. La tenía muy abierta, por lo que saboreaba toda la hermosura rosada de su intimidad, bebiendo el sabroso líquido de hembra con fruición. Ella empezaba a temblar cada vez más de gusto, desprendiendo más néctar. Cuanto más se lo bebía, su vagina más se esforzaba en echar, hasta que, con los ojos cerrados, encorvando la espalda mientras sentía un pequeño orgasmo, gritó con su dulce voz de chica en pleno acto amoroso:

- ¡Métemela! ¡Échame tu esperma! ¡Necesito sentir tu semen calentito dentro, mi amor!

Ahora sí que sentía ganas de que la hiciera mujer, sólo quería que se la metiera, sentir mi punzón varonil en su recinto de hembra.

Me elevé a su altura y la besé. Cogí mi pene, duro como el hormigón armado, y lo acerqué a aquélla maravillosa abertura. Ella lo notó y sintió un pequeño orgasmo. Le dije:

- Ya verás cómo te gusta, ya verás cómo te gusta, mi amor.

Pryla entornó su pubis hacia mí para que le entrara mejor. Era maravillosa. No era como todas esas chicas que, al penetrarlas, todo tienes que hacerlo tu y te tienes que revolver entre sus piernas para buscarles el agujerito y metérsela, no, ella me facilitaba la labor acercando su sexo, poniéndomelo lo más accesible posible y ofreciéndomelo húmedo y abierto de par en par.

La rodeé por la cintura con un brazo y, con mi pene en la otra mano, se la metí un poquito. Me lo recibió como una campeona, sin rechistar, abrazándole con sus labios íntimos.

- Así es, mi amor, muy bien, ya lo tienes un poquito.

Ella sonrió dulcemente:

- ¡Lo estoy sintiendo! ¡Qué gustito! ¿Te gusta? ¿Lo hago bien? ¿Me entra sin problemas?

- Sí, está entrando muy bien, cariño. Te la voy a meter entera, sigue

así amor mío.

- ¡Sí, toda adentro, entera!

Se la fui metiendo poco a poco, y enseguida ella notó la presencia varonil de mi nabo en su recinto de mujer:

- ¡Huy, la tienes enorme! -Me susurró-. Me está llenando la vagina, se me abre entera...

Me encantaba que me dijera esas cosas cuando me la follaba, me ponía loco por ella. Fui metiéndole todo mi cipote hasta que...

- ¡Cariño, lo tienes entero!

Pryla sonrió, y me apretó entre sus piernas:

- ¡Eres mío! ¡Ya eres mío!

Comencé a follarla, dándole una primera envestida, y al instante recibió un orgasmo, llenándola de gusto:

- ¡Oh, mi madre! - Me susurraba -¡Es increíble, qué placer!

Su vagina estaba empapada, y por ella me deslizaba suave y amorosamente. Mientras nos besábamos de nuevo, con una de mis manos le cogía una teta y, con la otra, le apretaba el culito mientras copulábamos, apretándola contra mi pene.

- ¡Ay, amor mío! -Me decía Pryla, abrazándose a mí.

- ¿Te gusta, eh? Disfruta, disfruta cielito, disfruta con tu chico.

Su precioso y rojísimo cabello le caía en cascada, alborotado, dándole un aspecto más seductor aún.

Se la tenía totalmente metidita, y mi chica se enardecía de gozo. Nos besamos con fuerza en la boca, lamiéndonos las lenguas mutuamente durante largo rato. Me gustaba besarla mientras notaba mi pene en su interior.

- ¿Te lo echo en la boquita? ¿Lo quieres en la boquita ahora?

- No, dentro.

- ¿Quieres que te lo deje dentro?

- Sí mi amor, por favor. Todo muy adentro.

- Vale preciosa, como te guste más.

- No es que no me lo quiera comer -me susurraba- pero es que me gusta mucho notarme rellenita de tu semen. ¿Tu que prefieras?

- Tranquila cielito, como tú quieras, no pasa nada.

Me abrazó con fuerza, apretando sus piernas en torno a mí:

- ¡Gracias!

Se la calé bien hondo, y ella lo notó enseguida:

- Está muy adentro... Podrías echármelo ya ahí...

- ¿Quieres que te lo eche? Donde tú digas, tesoro...

Suspiró:

- Creo... Creo que voy a correrme otra vez... Espera a que me corra...

Le noté los enormes labios vulvares totalmente excitados, ciñéndose contra la base de mi pene. Le acaricié el hermoso monte de venus, y deslicé uno de mis dedos hacia su clítoris. Le noté la hermosa bolita muy durita y totalmente al exterior, húmeda y firme. Pryla emitió un gritito:

- ¡Apriétame... Apriétame ahí...! -Me pidió. Le apreté el clítoris con delicadeza, y entonces la noté vibrar. Tembló y comenzó a jadear.

La besé en el cuello mientras se retorcía, y entonces noté cómo se mojaba más entre sus piernas:

- ¡Ah! ¡Me ha venido! ¡Madre, qué gustito!

Yo estaba a tope, y mi esperma me pugnaba por salir desde hacía mucho. Aguanté un poquito a que ella recobrase el aliento, y le susurré:

- Nenita, tengo que eyacular ya...

Me abrazó, ciñéndome con fuerza entre sus dos piernas abiertas:

- Échamelo, mi amor, échaselo a tu chica.

La empitoné varias veces para calársela bien, y en una de ellas me dijo:

- ¡Ahí, ahí, suéltamelo ahí, está muy adentro!

- ¡Mi amor, te quiero! Eres fantástica...

- ¡Y yo a ti, mi vida!

- Toma, tesoro, esto es para ti.

Comencé a escupirle mis grumos sin parar, dos, tres, cuatro veces, gritándole que la amaba, y ella me decía:

- ¡Qué calentito! ¡Qué rico! ¡Échamelo todo!

Tras varios escupitajos desde la boquita de mi glande, cesé y nos quedamos agotados, abrazados jadeando. Le acaricié la carita. Pryla permanecía con los ojos cerrados, abrazada a mí.

- ¿Estás bien, tesoro? -Quise saber.

- Sí. -Me susurró-. Me ha gustado muchísimo. Ha sido una pasada. -Y, tras una pausa, me miró con sus preciosos y encantadores ojos rojo-metal, brillantes de emoción-. ¿Y a ti? ¿Te ha gustado? ¿Te sientes bien en mi vagina?

- Me ha encantado. Eres la mejor chica del mundo.

Me sonrió:

- Me lo echaste muy adentro. Gracias.

- Ahora ya eres mía. -Le dije, acariciándole la mejilla suavemente.

- Y tu mío.

La rodeé con mis brazos y le hice que se pusiera de espaldas a mí para

cogerle una de sus hermosas tetas con mi mano:

- Quédate un rato aquí conmigo, ¿eh? - Le pedí.

- Sí.

La rodeé por la cintura y le acaricié el vientre. Sentía su hermoso culito sobre mi pene. Tenía un trasero fenomenal.

- No se qué hubiera sido de mí sin ti, Pryla, guapísima. -Le dije en voz baja, mientras le besaba las alitas y las puntas de su doble cola-. Estaría por ahí perdido, abandonado. No puedo estar sin ti. Tú eres mi referencia.

Se dio la vuelta, y me abrazó con fuerza:

- ¡Mi amor, no me dejes nunca! ¡Yo también te necesito muchísimo!

Capítulo 11

Salí de casa con mi chica, cogidos de la mano, y subimos caminando despacio, besándonos y dándonos carantoñas, hacia la casa de Hugo. Yo le tocaba el bonito culito de mi chica, que se había puesto otra minifalda cortísima tejana, que apenas podía taparle el trasero. Llamamos a Hugo y salió al poco acompañado de su faráptera. Gryka se había puesto una minifalda también cortísima, tejana, de forma que las dos estaban casi con el coñito al aire. Tenían un hermoso culito, que las hacía aún más tentadoras. Pude ver en un movimiento mientras caminaba que las braguitas de Gryka eran negras, mientras que mi chica las tenía blancas. Ambas llevaban camisetas ajustadas, aunque la de mi chica era también de color blanco, mientras que la de Gryka era gris oscura, lo que hacía que destacase más aún su hermoso cabello blanco.

Se fueron ambas hacia nuestra casa conversando, para pintarse las uñas y depilarse el conejito. Aunque el de mi novia estaba muy bien peladito, ya empezaban a notársele los pelitos.

Hugo y yo nos dirigimos hacia el campo, donde estaba Berto trabajando, y al llegar le vimos rodeado de un rebaño de ovejas. Nos presentó a un hombre de unos cuarenta años, se llamaba Eladio, y era el dueño de las cabras.

- Vive en las montañas, sólo, y algunas veces baja para traerme quesos y leche-. Nos explicaba Berto.

Eladio era un fortachón de casi metro noventa, calvo, aunque siempre llevaba una gorra negra. Vestía unas botas de treking y un pantalón tejano descolorido.

- Berto me ha dicho que tenéis dos farápteras.

Nos quedamos callados. El viejo intervino:

- Tranquilos, Eladio es de confianza. Podéis hablar con él como si fuera mi propio hijo.

- Perdón mi atrevimiento -explicó el de las ovejas- pero es que nunca he visto una de cerca.

- Berto nos ha contado que hay una colmena no muy lejos. -Explicó

Hugo.

- Sí, pero nadie puede acercarse. Está muy bien protegida por soldados. -Dijo Eladio.

- Bueno, si quieres después te las presentamos. -Dije.

Estuvo de acuerdo, y se quedó ayudándonos durante la mañana. Parecía algo tímido, pero emanaba confianza. Era algo rudo, con esa rudeza que da la gente de pueblo y quienes se pasan muchos meses en soledad, pero honesto y sin doblez.

Nos contó a Hugo y a mí que en realidad también bajaba a la aldea para darle a Berto comida porque sabía que la repartía con los farópteros, y confesó:

- Quiero que los farópteros estén bien.

Al decir estas palabras, casi se le escapó "farápteras", e intuí que había alguna que debía ser especial para él, que seguramente había tocado su corazón. No me extrañaba, un hombre en su situación, sólo durante meses en las altas montañas, debía tener unas ganas de cascársela con quien fuera.

Cuando concluimos nuestra labor hicimos un receso para comer y, tras almorzar unos bocadillos y bebidas que habíamos llevado, bajamos con Eladio a la aldea, aunque Berto prefirió quedarse al cuidado de las ovejas, junto con el perro pastor de Eladio.

Llegamos a la altura de mi casa, y llamamos a las chicas. Las dos salieron correteando, aunque cuando vieron a Eladio se reprimieron un poco. El recién llegado se quedó alucinado al verlas. Sobre todo al verles sus minifaldas. Noté cómo aparecía un bulto en los pantalones del recién llegado, que inútilmente trataba de evitar, debido a que estaba experimentando una erección enorme. Las dos chicas emitieron una risita cómplice entre ellas al ver el efecto que producían sus encantos femeninos, y en cierta manera alegrándose al comprobar cómo se la ponían dura a otros machos.

Me fui hacia Pryla y la cogí de la mano. Ella me besó suave y dulcemente en los labios, y se aferró a mi cintura, indicándole claramente a Eladio que me pertenecía. Otro tanto hizo Gryka con Hugo. Eladio se esforzaba en no dirigir la vista a las minifaldas, intentando que un movimiento de ellas desvelase un poquito del

enorme bollito que tenían entre las piernas, pero su resistencia era vana, y no paraba de bajar la vista hacia las farápteras.

- ¡Que guapísimas son! -Exclamó.

Nos quedamos tomando un refrigerio los cinco, y luego emprendimos el camino de regreso hacia el rebaño, dejando a las chicas en la aldea. Eladio preguntó:

- ¿Las habéis capturado vosotros?

- Sí. Bueno, contamos con ayuda. -Respondí.

- ¿Me ayudaríais a capturar una?

Nos relató que había una faráptera de la que estaba perdidamente enamorado, que a veces bajaba a la aldea con otras para recoger los alimentos que les daba Eladio.

- Le hice una foto un día, desde lejos, con el móvil, y cada noche me masturbo con ella. -Nos confesó.

Eladio se sentía muy solo, nunca había tenido mucha fortuna con las mujeres, que lo veían como una especie de ogro, por su aspecto fortachón, y su cara, que no era muy agraciada. De joven había tenido alguna novia, pero nada más. En las montañas se sentía bien, pero deseaba alguien a quien cuidar y darle su amor.

Todo eso nos pareció muy bonito, pero aún así no las teníamos todas con nosotros. Acabábamos de conocerle, y no queríamos arriesgarnos a obligar a una faráptera a ir con el tipo inadecuado.

- ¿Por qué no la has hecho tuya ya? -Quiso saber Hugo.

- Porque estoy yo sólo, y Berto es ya muy anciano y no puede ayudarme.

- ¿Tiene que ser precisamente esa? ¿No puede ser alguna faráptera de un grupo que viva en la ciudad o esté más amenazado? -Le pregunté. Me miró con seriedad:

- ¡Pero yo estoy enamorado de esa! Es preciosa, y muy simpática. Tenéis que verla.

Hugo y yo nos miramos. Le dije a Eladio, mirándole fija y seriamente:

- Si te ayudamos es para cuidarla y nunca separarte de ella, tenlo muy en cuenta.

- Eso por descontado -me replicó-, es lo que más deseo: una mujer que me sea totalmente fiel.

Al final quedamos con él en que nos lo pensaríamos.

Durante los días siguientes, y al enterarse Berto de que Eladio quería nuestra ayuda para conseguir a su faráptera, el anciano no dejó de interceder para intentar convencernos de que le echáramos una mano al cabrero. Nos insistía en que era un buen tipo, que le conocía de muchos años, que estaba seguro de su sinceridad y que le haría mucho bien una mujer a su lado. Eladio, por su parte, venía siempre que podía a la aldea, trayendo leche y quesos y rogándonos que le ayudáramos. Pero lo que más nos gustó es que no insistía con ello como una imposición, sino desde su amistad. Un día tomamos la decisión y subí a las montañas para comunicársela, dejando a Hugo al cuidado de las farápteras (no nos gustaba la idea de dejarlas solitas).

Su casa era una pequeña vivienda de planta baja, hecha de madera y de grandes piedras, humilde pero muy cuidada, con gruesas contraventanas de madera. Eladio estaba en los pastos, así que esperé a la tarde a que regresara. Cuando le comuniqué la decisión que habíamos tomado de que le ayudaríamos, se alegró muchísimo. Trazamos un plan y quedamos un día para realizarlo, el día que las farápteras se fueran a recoger alimentos de Berto.

Quise bajar de las montañas, pero Eladio me insistió en que pasase la noche allí y me fuera al día siguiente, para que no me oscureciera por el camino.

Me ofreció su cama amablemente, indicándome que él dormiría en el pequeño desván. Durante la noche pude oírle musitar mirando la foto de su faráptera en su móvil, susurrándole: "pronto estaremos juntos, guapísima, ya verás", y dándole besos.

Su faráptera se llamaba Drya, era una chica delgadita, de pelo muy negro y ojos totalmente negros metalizados. Las franjas de su piel (las farápteras disponen de una serie de franjas ondulantes y lineales por algunas partes de su cuerpo, como el nacimiento de su cola) eran también negras. Realmente era una chica con un aspecto algo

aterrador, pero físicamente estaba muy buena, con unas caderas y una cinturita ondulosa, unas piernas muy bien torneadas, y un culito pequeñito pero firme y durito. Sus labios eran globosos y cremosos, y, afortunadamente, por lo que había visto por los prismáticos cuando la espiábamos Hugo y yo, no tenía pareja, ya que sus tetitas siempre estaban pequeñitas, sin apenas desarrollar ni acumular leche. Lo cual era un buen indicativo, puesto que, obviamente, si algún faráptero se la hubiera tirado ya, Eladio tendría que olvidarse de ella. Pero el que la mujer estuviera viviendo en la colonia era un buen signo de que seguía siendo virgen. De lo contrario se habría marchado para procrear con su esposo.

Así las cosas, pocos días después Eladio regresó para proceder a capturar a su chica. Habíamos preparado una emboscada en el bosque, con la colaboración de Berto. Confiábamos en que Dryla acompañase a la chica que le daba sus pechos a Berto. Por fortuna, así fue, y desde un pequeño bosquecillo pudimos ver cómo Dryla y la mujer faráptera que le daba de mamar a Berto (llamada Frakya), sobrevolaban la aldea hasta llegar al corredor donde el viejo ya las esperaba. Tras darle una cesta de comida a Drya, Frakya se levantó su camiseta, enseñándole las tetas y acercándoselas para que el anciano gozase de su sabor.

Nosotros le habíamos puesto en la cesta un peso extra, con patatas y manzanas, con el fin de que a Dryla le costase volar con ella e hiciera el tramo del bosque a pie, para no tener que esforzarse sobrevolando los árboles. Nuestro plan funcionó, porque vimos cómo la faráptera aterrizaba al pie de los primeros árboles frondosos, resoplando de esfuerzo y cogiendo con ambas manos la pesada cesta. Se internó en el bosque caminando, y esperamos a que se acercara a nosotros, agazapados entre la vegetación. Yo tenía una parte muy delicada en la tarea de capturarla: atraparla de la doble cola para que no nos atacara con sus aguijones, mientras que Eladio, con su enorme fuerza, la controlaría, y Hugo le pondría una cinta en la boca para que no gritara. No obstante quedamos en que antes de eso, si me veía en problemas, Hugo me ayudaría con los aguijones. Para hacerlo era imprescindible que nos acercáramos lo más posible sin ser vistos, y una buena coordinación. Por eso la esperábamos escondidos en un punto donde el sendero que cruzaba el bosque se estrechaba más.

La mujer vestía un bonito pantalón corto, ajustado, de color negro, y una blusa negra de manga larga, ceñida a su cinturita. Cuando llegó a nuestra altura, saltamos sobre ella. Al principio se quedó atónita, sin reaccionar, pero pronto su cola se le colocó en posición de ataque. Sus aguijones emergieron, punzantes y amenazantes, pero ya tenía las dos

colas bien sujetas con mis manos (aunque una de ellas casi se desliza entre mis dedos y Hugo tuvo que apurarse a ayudarme para que no se me soltara). La joven emitió un gritito, pero Hugo le tapó la boca enseguida con una cinta adhesiva. La llevamos arrastrando fuera del sendero, hacia un lugar abrigado y con mucha vegetación. Allí teníamos preparada una especie de mesa. La colocamos encima, aunque la faráptera intentaba resistirse, retorciéndose. Eladio la intentaba calmar diciéndole: "¡Tranquila, bonita, tranquila!", y palabras similares. Estaba claro que se sentía muy atraído por ella, más aún cuando vi cómo su pene comenzaba a abultarle descaradamente bajo el pantalón, con sólo el contacto de su chica.

La atamos, poniéndole los brazos a los lados, la doble cola en los extremos, y, le atamos una pierna a un lado, dejándole a Eladio el resto. Éste le desabrochó los pantaloncitos, y le bajó las bragas. Luego ató la otra pierna de Drya, para tener libre acceso a su vulva. La faráptera, al ver lo que iba a ocurrir, intentaba liberarse y gritar, además que de sus ojos comenzaban a caerle unas lagrimitas. Nos apartamos, y dejamos a Eladio hacer el resto. El cuidador de ovejas no había querido usar viales para inocularle su esperma, nos contó que quería introducírselo personalmente, con su pene. Le indicamos que necesitaría una buena cantidad, y nos respondió que se había pasado casi un mes sin eyacular: "tengo los huevos a reventar", nos confesó.

Al sacarse el pene, no pude resistir exclamar, asustado:

- ¡Joder, pedazo cipote tienes! La vas a reventar a la pobre.

Su miembro viril era inmenso, y estaba durísimo, vibrando de la emoción de ver frente a él aquél maravilloso coñito de la faráptera, el cual, por cierto, tenía muy cerradito.

La chica, al ver el enorme miembro reproductor de Eladio, intentaba gritar, haciendo desesperados intentos por liberarse.

Eladio se puso a metérsela, pero estaba claro que aquél enorme cipote no le cabía en aquélla hendidura tan chiquitina. Exclamó, mirándonos:

- ¡Lo tiene muy cerrado!

- ¡Tienes que metérsela, y bien entera, hasta el fondo! - Le gritó Hugo.

El hombretón intentaba penetrarla, pero la vulvita estaba muy cerradita, y la chica se resistía, retorciéndose de dolor. Entonces decidí

acercarme, me puse a un lado de la joven, y le dije a mi amigo:

- Yo te ayudo.

Cogí con una mano uno de los labios vulvares de la faráptera, y con la otra, el otro. Los tenía blanditos y muy suavecitos. Luego, se los aparté cuanto pude a los lados, abriéndole el coño lo más que podía. La faráptera comenzó a llorar y a gritar despavorida, aunque su voz no podía oírse muy lejos, al tener la boca cerrada.

- ¿Le ves la entrada de la vagina? -Pregunté. Eladio sonrió, acercando su glande:

- ¡Sí! ¡Ahí está esa hermosura!

- ¡Métesela! ¡Métesela ya!

Eladio empujó, presionando bestialmente a su pene durísimo como el acero para que entrara. Cuando logró abrirse paso unos centímetros, retiré mis manos y me alejé unos pasos:

- ¡Cálcasela entera, cálcasela bien! ¡Hasta que esté entera no se lo eches!

- ¡Qué buena está! ¡Pero cómo cuesta, cómo aprieta la zorra! -Decía el hombre, sudando, mientras Dryla se encorvaba de dolor al notar cómo la penetraban- .

Tras un rato empujando, Eladio se agarró de las caderas de la faráptera, y clamó:

- ¡Joder, qué cerrada la tiene! Esperad, tiene aquí el himen... Se lo noto...

- ¡Desvírgala! ¡Desvírgala para ti! -Animó Hugo.

Eladio continuó metiéndosela, y entonces la mujer se retorció de dolor. Tenía más de la mitad del gigantesco falo del cabrero ya metido en su rajita. Eladio la agarró con fuerza y empujó más, diciendo:

- ¡Ya se lo he roto! ¡Le he destrozado el himen! -Entonces, el resto del pene se le metió totalmente, y el hombre sonrió alegre-. ¡Ya está entera dentro! ¡Qué gusto de coñito!

Comenzó a follarla, y vi que el trabuco de Eladio se le notaba moviéndose dentro de su vientre, era tal el armatoste que tenía que la llenaba toda por dentro. Al poco, Eladio nos miró, jadeante:

- ¡No aguanto más, tengo que echárselo!

- ¡Métesela hasta el fondo y escúpeselo ahí! -Le respondió Hugo.

El hombre apretó los dientes, empujó su pubis al frente y empezó a eyacular, gritándole a la chica que la amaba y que todo su esperma era para ella. Pero la faráptera no disfrutaba lo más mínimo, más bien lo contrario: enervó su cuerpo, sus aguijones, totalmente en el exterior, se estiraban y movían intentando picar y defenderse, expeliendo minúsculas gotitas de veneno, que iban cayendo en el suelo.

Finalmente, el suplicio pasó, y Eladio terminó de vaciarle sus grumos reproductores. Hugo corrió hacia él:

- ¡No se la saques todavía, espera! Déjasela dentro un ratito, para que no expulse nada.

Drya jadeaba, sudorosa, y de sus ojos caían unos surcos de lágrimas. Tenía el coñito muy hinchado, inflamado y enrojecido. Me hizo recordar el coñito de mi chica cuando la hice mía por primera vez.

Tras unos minutos, Eladio le extrajo su cipote. Vimos cómo tenía en él rastros de sangre del himen que le había reventado a la hembra, mezclados con su semen. Mientras él se limpiaba el cipote, nosotros atamos las piernas de la chica una junto a la otra, y, doblándoselas, se las pusimos en una posición alta, sobre la mesa, para que no expulsara el semen y le quedara bien adentro. Drya no oponía ya resistencia, pero nos miraba amenazadoramente.

Subiéndose los pantalones, Eladio se colocó a nuestro lado:

- ¿Puedo besarla? -Preguntó.

- ¡Ni se te ocurra! -Le respondió Hugo.

- ¿Cuándo empezará a hacerle efecto? -Quiso saber el hombretón.

- Aún no. Hay que esperar para asegurarse. -Dijo Hugo.

Aprovechamos para descansar, sentados en la hierba, viendo cómo la guapísima faráptera se iba relajando.

- ¿Está buena, eh? -Observó Hugo.

- Está buenísima. -Dijo Eladio-. Pero me ha costado muchísimo metérsela en ese coñito, lo tenía muy cerradito.

- ¡Hombre, es normal! Nadie le había entrado antes. -Opiné.

- En todo caso, es jovencita. -Dijo Hugo-. Debe hacer pocos años que ha madurado.

Mi amigo farslaver se levantó, y le retiró con cuidado de no dañarla la cinta de la boca. Luego se hizo a un lado.

- No la desates aún. -Le pedí.

- No, tranquilo. -Me contestó.

Drya miraba alrededor. Parecía buscar algo. Hugo regresó junto a nosotros y le dijo a Eladio:

- Ve hacia ella, que te huela. Que te huela bien.

Eladio se fue hacia la faráptera. Ésta le miró, y, al poco, le sonrió. Eladio se agachó y se puso ante su cara. Le acarició la mejilla:

- ¿Cómo estás, pequeña?

- Me... ¿Me la has metido?

Le acarició la naricita con un dedo:

- Sí, cariño. ¿Te ha dolido?

Ella asintió con la cabeza. Él le dijo:

- Lo siento.

- Dame un beso. -Le pidió ella.

Entonces el hombre se agachó, y se besaron en la boca durante un buen rato.

Desatamos a la faráptera, y Eladio la llevó en brazos hacia su casa de las montañas. Nos agradeció efusivamente la ayuda, y Hugo le despidió diciendo:

- ¡Cuídala bien!

- ¡Eso por descontado! ¡La trataré como una reina, ya lo veréis!

Mientras bajamos hacia la aldea por el polvoriento camino, Hugo me dijo:

- ¿Qué te ha parecido?

- ¡Muy fuerte!

- Pero se te ha puesto dura, ¿a que sí?

- Tenía una vulva magistral, cerradita y pequeñita, pero muy coqueta.

- Sí. -Coincidió Hugo.

- Esta noche creo que les daremos unas buenas folladas a las nuestras, ¿eh?

Mi amigo sonrió:

- ¡Por la mañana seguro que las dejamos con un vientre enorme, van a parecer estar preñadas de ocho meses!

Sonreímos, y nos separamos para irnos a nuestras respectivas casas.

Capítulo 12

Llegué a mi casa y de la cocina salió Pryla a recibirme, con una acogedora sonrisa. Estaba guapísima, con un suéter de cuello en uve por el cual se le podía ver el canalillo, y con una minúscula minifalda negra, de cuero. Me dijo:

- Cariño, os hemos hecho la cena Gryka y yo, espero que te guste la parte que he cocinado yo. Ya la he servido.

La abracé, besándola:

- Me apetece de primer plato conejo.

- ¿Conejo? No tengo un conejo...

Le metí mano bajo la minifalda, cogiéndole el coñito por encima de las bragas. La besé y le susurré:

- Éste es el conejito que quiero.

Ella me sonrió, mimosa:

- Pero ese no es conejito, es conejita.

- Te lo voy a comer enterito.

Entonces me desabrochó el pantalón y me cogió mi cipote con ambas manos. De inmediato se me puso como el hormigón de duro:

- Y yo quiero yogurth calentito.

Me encantaba Pryla, era maravillosa. Nos besamos lamiéndonos las lenguas. Yo notaba cómo me acariciaba el pene. Me susurró:

- Se te ha puesto muy dura. ¿Se te ha puesto así por tocarme el chocho?

Le apreté el coñito:

- ¿Tú qué crees?

Me sonrió:

- Me encanta que te ponga así mi vulva.

Le aparté hacia abajo las bragas, y le introduje mi mano bajo ellas, para notarle directamente la blandita carnecita de su enorme chochito. Ella al sentir mi mano gimió, y noté cómo se le humedecía la rajita.

- ¡Me la estás poniendo...! ¡Me la estás poniendo perdida! -Me susurró.

- Y eso te gusta, nena.

Me besó, lanzando su vulva hacia mi mano y apretándosela contra mí:

- ¡Me pone a mil!

Le quité las braguitas, y la cogí por la cintura. Con una mano me saqué el pene y se lo puse bajo su vulva:

- Ven. -Le pedí-. Déjate caer sobre él.

- ¿Estás cómodo? -Se interesó.

- Sí, tranquila amor mío.

Afortunadamente Pryla era delgadita y grácil, no me costaba mucho levantarla del suelo. La llevé hacia mí, y ella me cogió el trabuco con ambas mano. Le puse una mano sobre el culito, y la hice bajar suavemente. Ella apuntó mi pene a su vulva, dirigiéndolo hacia su vagina, mientras me rodeaba con sus piernas abiertas.

- ¿Te entra?

- Sí, sigue. -Me animó.

- ¿Pero te duele, nena? -Recordé el episodio de Eladio y Drya, pero Pryla me susurró:

- No, no me duele. Me da gustito.

Su vulvita estaba exudando mucho líquido, y le entraba muy bien. Noté cómo mi pene iba siendo tragado por su coño, hasta que me indicó:

- ¡Está entero, ya está todo! ¡Abrázame, amor mío!

La abracé, y nos besamos mientras me la follaba. Caminé con ella insertada hasta el salón, y me senté en el sofá con mi chica encima. La besuqueé:

- Quiero que mañana tengas el vientrecito muy hinchado.

- Lo tendré, ya verás.

- Enséñame las tetas, nena. Quiero cogértelas.

- Claro mi amor.

Se llevó el pelo hacia atrás, en un gesto muy sexy, y se quitó el jersey. Mientras le toquetaba los dos melones que tenía de mamas, ella se desabrochaba el sujetador y las liberaba. Al fin, se quedaron blanditas entre mis dedos. Le apreté los enormes pezones, y ella cerró los ojos, gimiendo, mientras movía sus caderas con mi pene en su interior. Me quité el jersey para notar la piel desnuda de sus ubres sobre la mía, y nos abrazamos con fuerza.

- ¡Qué tetas más lindas, blanditas y suaves tienes, amor mío! ¡Son una pasada! -La adulé.

- ¡Me encanta que te gusten! ¡A mí me está viniendo un orgasmo de notarte tan adentro...! ¡Me viene ya!

La abracé y la besé mientras se retorcía de gusto y se corría con mi pene dentro, gritando:

- ¡Ay, qué gustito! ¡Qué gusto más grande da un hombre!

Cuando acabó de disfrutarlo, la besé amorosamente y le dije:

- Me gusta muchísimo que seas tan femenina, tan... Hembra.

Ella me sonrió:

- ¡Me encanta ser mujer!

- ¿Por qué?

- Porque así puedo acoger los grumitos fresquitos de mi hombre.

La abracé con fuerza, mientras la embestía un poquito más. Era maravillosa.

- No dejes que ningún otro hombre te penetre, ¿eh, cielito?

- Tranquilo amor mío, nadie excepto tú me la meterá.

- Eres mi chica. Mía, sólo mía.

Me encantaba verla tan abierta, tan entregada a mí. Tan excitada y cautivadora. Me excitaba muchísimo su olor a hembra y su chochito chorreando sus babas sobre mi pene, empapando mis testículos.

Mientras copulaba, le dije:

- ¿Está muy metida, eh?

Pryla sonrió, radiante, y me susurró:

- Sí, está muy adentro. -La sentí abrazarme con fuerza, apretándome contra ella-. Y está muy durita...

- Es por ti que se me pone así. Por mi chica.

Al oírlo, me besó, lamiéndome con su lengua. Yo aproveché para introducirle la mía en su boca, y lamerle los colmillos. Luego le cogí una teta, y le apreté el enorme pezón. La avisé:

- Nena, voy a echártelo, ¿vale? No aguanto más, está a punto de salírseme...

Me acarició la espalda y me rodeó con su cola para que me uniera más a ella:

- Vale mi amor, estoy preparada, échamelo todo dentro.

Le cogí el culito, y se lo apreté. Le metí bien adentro mi pene, y gimió:

- ¡Ay! ¡Me voy a correr, me voy a correr otra vez!

Al oírla y notar sus contracciones de gusto, no me pude aguantar y comencé a expelerle mi semen, empujándoselo todo profundamente en su vagina:

- ¡Toma mi amor, toma mi amor, es para ti! ¡Mi regalo de hombre!

- ¡Ay, me haces mamá, me haces mamá! ¡Te quiero!

Nos besamos entre contracciones, yo escupiéndole los últimos chorritos desde mi nabo, y ella recibiéndomelos bien abierta y receptiva, como toda una hembra. Cuando terminamos estábamos empapados de sudor, y nuestros sexos completamente unidos, con su vulva rezumando, pringosa, tragándose todo mi cipote. Mi chica jadeaba, moviendo sus hermosas mamas arriba y abajo. Se las besuqueé. Sonrió, y cerró los ojos. La abracé y me susurró:

- ¡Mi madre, qué fuerte!

Le acaricié el cabello:

- Te has portado genial.

- Y tu también cariño. Me la metiste muy adentro. -Le lamí los labios, y me pidió-: No me la saques todavía.

- No, tranquila.

Poco a poco mi pene se volvió fláccido, y su vulva se le fue cerrando. Dejé que lo expulsara de forma natural en lugar de sacárselo, así le resultaría menos traumático. Cuando nuestros sexos se separaron, mi guapísima chica se cerró las piernas, y se cobijó mimosita entre mis brazos. Aproveché para darle besitos por toda la carita y el cuello, mientras la abrazaba, sobándole delicadamente con mis manos las tetas. Sus bonitas alitas rosadas estaban tan empapadas en sudor, que se encontraban pegadas la una a la otra. Me acerqué a su oído:

- La cena se va a enfriar, nenita.

- La calentamos. -Musitó, con una tiernecita y muy femenina vocecita. Sonreí.

- Te quiero guapísima.

- Yo también te quiero, cielo.

Tras cenar, nos acostamos y me corrí en su vagina otras dos veces más aquélla noche. Así, no es extraño que por la mañana se despertara

muy feliz, y me dijera:

- ¡Mira! ¡Estoy preñada!

Tenía el vientre hinchado, parecía una embarazada de cinco meses. Se lo acaricié:

- ¡Qué bonito te ha quedado!

Me abrazó, muy contenta:

- ¡Es gracias a ti! ¡Me pondré un vestido de premamá hoy!

La acerqué a mí, y le separé las piernas, abriéndoselas:

- Vente, nena, vamos a preñarte un poco más.

- ¡Sí! ¡Qué bien! ¡Muchas gracias, amor mío!

Pryla sonrió y me abrazó, mientras yo me cogía el trabuco y lo dirigía hacia su vulva, empitonándola con él. Nada más notarlo, su coñito se abrió suavemente, tragándose mi miembro viril con avidez. Quería dejarla bien follada para todo el día.

A media mañana llegó Hugo con su faráptera de la mano, para irnos juntos al campo. Gryka llevaba también un vestido de premamá, y le había salido una buena barriguita. El vientre sólo se les abultaba cuando estaban en celo, y era un proceso natural que las satisfacía mucho.

Las dejamos solas en mi casa, y nos fuimos. Por el camino, Hugo me preguntó:

- Nos las hemos follado a base de bien esta noche, ¿eh?

Sonreí:

- Y que lo digas. ¿Cuántas veces te la has tirado?

- Ocho. ¿Y tu?

- Cuatro. No me gusta que se le hinche mucho la barriguita, con sólo un poquito me basta. Además, no quería dejarle el coño escocido.

- Tranquilo, no les pasa nada. Cuando están en celo puedes follarlas lo que quieras. Aunque a la mía ya le quedan pocos días, se le quitará pronto.

- ¿Cómo estará Drya? -Me pregunté.

- ¡Seguro que está con el chochito como una calabaza! No podrá ni andar, la pobre.

- Sí, con aquél enorme cipote de Eladio, no me extraña.

- ¿Vamos a verlos después de comer, con las chicas? -Me propuso Hugo.

- Buena idea.

A media tarde, por tanto, estábamos los cuatro camino de las montañas. Yo llevaba a mi chica cogida de la mano, y Hugo a la suya. A Pryla ya le había desaparecido la dilatación del vientre, por lo que se había puesto unos pantalones tejanos ajustados, que le quedaban de escándalo, ciñéndose y amoldándose perfectamente a su recio traserito. Gryka, sin embargo, aún estaba algo hinchada tras tantas corridas que llevaba acumuladas en su vientre, y vestía aún la ropa de premamá.

Cuando llegamos, encontramos a Drya sentada en una silla de madera, frente a la casa, y junto a ella estaba Eladio partiendo leña. Al vernos se acercó a nosotros y nos metimos en casa. Luego de tomar un refrigerio, salimos los tres, dejando a las farápteras en el interior de la vivienda. Caminamos despacio hacia una pradera, donde tenía el rebaño de ovejas Eladio, y nos apoyamos en el cercado. Hugo le lanzó sin miramientos:

- ¿Cómo tiene el coño? ¿Se lo has visto? Ayer casi se lo revientas a la pobre.

El hombretón sonrió:

- Pues esta mañana lo tenía como un tomate, la pobrecilla. Pero no se quejó.

- He traído una pomada bastante buena para eso, te la he dejado en la casa. -Dije.

- Muchas gracias, te lo agradezco de veras.

- No te preocupes -intervino Hugo- en cuanto se la metas unas cuantas veces ya le entrará fácilmente. Las almejitas se dan mucho de sí y se adaptan a cualquier falo.

Mirábamos el bello paisaje de las montañas, los bosques cercanos, el río que pasaba a unos pocos kilómetros, y cuyo cauce se veía a lo lejos... Era un paisaje muy relajante y cautivador.

Tras unos minutos de silencio, comenté:

- ¿De qué estarán hablando ellas solas?

Mis dos contertulios me miraron, y sonreímos. Nos acercamos a la vivienda con sigilo, situándonos bajo la ventana de una de las paredes que daba a la cocina. Como estaba un poco abierta, podía oírse lo que hablaban las chicas alrededor de la mesa. Gryka le decía a Drya:

- ...pero te viene sólo un poquito, luego se te quita.

- ¿Cuánto os dura la regla a vosotras? -Preguntaba la de pelo negro.

- De tres a cuatro días. -Le respondía la novia de Hugo.

- Cuando se te cure y no te moleste que te la toque, ponte minifalda. A los machos les gusta mucho la minifalda. -Le decía Pryla.

- Si no tienes yo te puedo dar alguna. -Intervino Gryka.

- Que se te vea un poquito los bultitos de los labios externos, pero no mucho. -Le aconsejó mi novia-. Que la minifalda te llegue justo por debajo del trasero.

Al poco simulamos que acabábamos de llegar, y entramos. Luego salimos todos afuera para merendar.

Mientras nos encontrábamos descansando frente a la casa de Eladio recibimos una inesperada visita: Frakya, la faráptera de Berto, llegó volando acompañada de dos fornidos farópteros. Venían en busca de Drya, ya que habían ido a la aldea a recuperarla y Berto les había informado de dónde hayarla. No pasaba nada, en cierta forma nos lo esperábamos. Era lógico que se preocupasen por si a su hembra le hubiera ocurrido algo, pero ya era demasiado tarde para que pudieran

llevársela: ahora le pertenecía a Eladio.

Los dos farópteros miraron a Pryla y a Gryka, centrando su atención en el voluminoso vientre de ésta, pero no dijeron nada. Caminaron hacia Drya con gesto serio y con su cola en posición de ataque, blandiendo un impresionante aguijón. Eladio hizo ademán de interponerse, pero le contuve:

- Tranquilo, no pasa nada. Déjales. -Le dije al hombretón, no sólo porque la chica ya había sido follada, sino porque sería toda una temeridad oponerse desarmados a unos soldados farópteros como aquéllos, no tendríamos ninguna oportunidad contra ellos, pues eran dos mastodontes terroríficos.

Al acercarse a Drya, ésta gruñó, cabreada, y enarboló sus dos aguijones, amenazante. Lo que era muy indicativo de que ya había roto todo vínculo con la colonia. Los farópteros caminaron a su alrededor, muy despacio y manteniendo una prudencial distancia con la mujer. La olieron durante unos instantes, seguramente constatando que ya había copulado, y entonces se fueron hacia Frakya y se marcharon volando los tres. En cuanto se alejaron, Eladio corrió hacia su chica y la abrazó, compungido:

- ¡Qué susto, mi amor, creía que te perdía! ¡Qué susto me he llevado!

Capítulo 13

Aunque Gryka y Pryla se llevaban muy bien y eran muy amigas, las farápteras eran por naturaleza muy celosas de sus hombres, y su pareja era lo más importantes en su vida. Por eso, cuando Hugo me propuso un "intercambio de parejas", me sorprendió.

- No un intercambio real, tranquilo, no voy a metérsela a tu chica. Un intercambio para ver lo que nos quieren.

- Tu lo que quieres es hacerlas sufrir. -Opiné.

- Es sólo para divertirnos un poco, ya verás.

Teníamos que hacerlo pronto, porque a Gryka estaba a punto de pasársele el celo, y entonces no sería posible. Mi chica sin embargo estaba en plena ovulación, y se encontraba en el punto álgido de su ciclo, cuando estaba más dispuesta y receptiva para copular.

Así que aquélla misma noche nos reunimos en el salón de mi casa, y nos sentamos los cuatro, dos en cada sofá. Pryla estaba conmigo, besándonos, y ví cómo Hugo se levantaba y comenzaba a desnudar a Gryka. Yo hice lo mismo con mi chica. Ésta, aunque extrañada de que la desnudara ante otro hombre, no dijo nada y se dejó hacer, aunque miraba nerviosa de reojo a la otra pareja. Luego la cogí de la mano y la llevé hasta el sofá de Hugo, mientras que éste llevaba a su chica al mío. Ellas no sabían lo que estaba pasando, y estaban expectantes. Le dije a Pryla:

- Quédate ahí, ¿eh? Tranquila. -Y la dejé en el sofá de Hugo, mientras regresaba al otro, donde estaba tumbada Gryka, esperándome. Le abrí las piernas y le acaricié el conejito. Gryka tembló. Tenía una magnífica vulva, no me extrañaba que Hugo se corriera tanto en ella: era acogedora, blandita y suavecita, con una raja muy profunda, como me gustan a mí. Casi se me hunden varios dedos en la boquita de su coño, y Gryka gimió al notarme. Miré a Pryla, que me estaba mirando. Entonces, Hugo se fue hacia ella, acariciándole el vientre, susurrando:

- Tranquila, Pryla, tranquila cielo. Mira lo que tengo aquí -le enseñó su pene derecho, mucho más largo que el mío-. Te gusta, ¿eh?

Mi amigo bajó su mano hacia el coñito de mi hembra, y entonces ésta siseó, en un gesto típico de las farápteras, de aviso.

- ¿Qué te pasa, pequeña? -Le decía Hugo, intentando calmarla. Y, entonces, le metió la mano entre las piernas y le cogió el chochito-. ¡Esto es para mí!

Pero no se esperaba la reacción de Pryla: esgrimió sus aguijones, y los lanzó contra Hugo. Mi amigo agarró su cola en el aire, justo antes de que le pinchase:

- ¡Eh, eso no! ¡Eso no! -Dijo él, blandiendo su pene durísimo frente a ella. Entonces Pryla se giró la cabeza hacia mí, y comenzó a llorar. Yo alargué mi mano hacia ella:

- Tranquila. Ven nena. -Se levantó llorando y se vino hacia mí, lanzándome su coñito nada más sentarse para que se lo cogiera. Gryka corrió entonces a abrazar a Hugo, y con una mano le agarró el cipote, deseosa. Le dije:

- Le está chorreando, creo que necesita con urgencia que la hagas mujer.

Hugo la cogió en brazos y la llevó hacia la cocina para follársela en paz, mientras ella le cogía el pene y se lo apretaba, excitándoselo, con ambas manos.

- ¡Métesela para que se calme! -Me gritó Hugo desde la puerta, mientras salía con su chica en brazos. Me quité los pantalones, me cogí el trabuco y se lo puse en la rajita de Pryla, apretándosela pidiéndole paso con él. Ella al notármelo, se abrió más las piernas y se relajó.

- ¿Vamos a copular? -Me preguntó, modosita.

- ¿Quieres copular?

- Contigo sí. -Respondió sonriéndome dulcemente, y retrayendo sus peligrosos aguijones.

- No iba a dejar que te la metiera, tranquila nenita.

- No dejes que me folle nadie... -Me susurró.

- Lo has hecho muy bien, así me gusta. Que defiendas a tu almejita.

Me abrazó, y nos besamos, mientras yo le metía mano y le sobaba a base de bien el chochito para que me notase en él y se olvidase de Hugo. Ella me lo ofrecía totalmente, frotándoselo contra mí para que le notara cómo le babeaba. Le susurré:

- Nena, mámamela.

Me miró con miedo. Pero insistí:

- Por favor. Yo te enseño.

- Vale. -Accedió.

Me senté, y ella se acercó a mi pene. Le toqueteé las tetas mientras se lo metía en la boca.

- Ahora chupetea... Como si lo estuvieras mamando.

Comenzó a chupar, y yo le hacía movimientos copulatorios, guiándola con la cabeza para indicarle cómo tenía que moverse. Le dije:

- ¡Aprieta más!

Me miró, con ojitos dulces, y me dijo, mientras le salía un chorro de saliva que caía sobre mi glande:

- Tengo colmillos...

- ¡No importa! ¡Aprieta, cielo!

Me besó la puntita del pene, y cogiéndomelo con una mano, volvió a mirarme:

- Tesoro, tengo colmillos... -Insistió. Le dije, acariciándole su guapísima carita:

- Pryla, cielo, si no me lo aprietas no me das placer. Apriétamelo nena...

Volvió a metérselo en la boca, y me lo apretó. Yo se lo movía arriba y abajo mientras ella se lo tragaba sin parar. Le pedí, gimiendo:

- ¡Más, aprieta más, nena, que sé que puedes! ¡Vamos, así, así! ¡Hazlo por tu hombre! ¡Aprieta más, mi amor!

Y entonces pasó lo inevitable. Sentí un dolor lacerante, punzante. Grité desesperadamente. Las farápteras tienen ambos colmillos, afiladísimos como agujas hipodérmicas, retraídos hacia atrás, para retener a sus presas, de forma que para liberarme tenía que meterle el pene más, pero yo intentaba sacarlo. Pryla, haciendo un gran esfuerzo, se lo metió más para liberarlo de sus colmillos, y se lo sacó. Me levanté, y vi mi pene sangrando. Pryla se echó a llorar, sentada en el sofá.

- ¡Joder! ¡Puta! -Grité, corriendo hacia el baño. Me apreté una toalla contra el pene, intentando taponar la herida. Gryka y Hugo ya se habían ido a sus casas hacía tiempo para seguir follando, así que me fui a la cocina y saqué hielo de la nevera, poniéndomelo sobre el pene para que no se me inflamara. Eso me calmó un poco el tremendo dolor. Escuché cómo Pryla lloraba desconsoladamente en el salón. Le grité:

- ¡No te quiero ver más! ¡Que te follen los farópteros! ¡Ya no eres mi novia!

La insulté salvajemente, y luego, me fui a la habitación. Ella me gritó:

- ¡Lo siento! ¡Lo siento, cariño! ¡Fue sin querer, te lo había dicho!

Cuanto más decía, más me cabreaba, así que al final simplemente se quedó llorando, desnuda y sola, sentada en el sofá.

Me metí en la habitación donde había una cama normal, en donde nunca dormíamos, y cerré la puerta por dentro.

A la mañana siguiente seguía teniendo el pene dolorido y algo enrojecido, pero ya no me molestaba tanto. Se notaban claramente las dos punciones, como dos pequeños agujeritos. Los colmillos de Pryla eran afiladísimos, y por eso precisamente ya no había sangrado mucho.

Me puse un albornoz y me fui hacia la habitación de mi chica. Al verme, se sentó en la cama, y se puso a llorar de nuevo. Me senté a su lado y la abracé. Eso hizo que llorase aún más desconsoladamente:

- ¡Lo siento mi amor, lo siento! -Repitió.

- Yo también -susurré-. No debí haberte pedido que me la apretaras

tanto...

Me miró:

- No me dejes... Me limaré los colmillos, y te la podré mamar mejor.

La pobrecita tenía miedo de que cumpliera mis amenazas de ayer, pero por fortuna yo ya estaba de mucho mejor humor. Sonreí:

- No encontraría a nadie como tú. Eres mi chica. No te dejaría por nada.

Me sonrió. Le limpié con mi dedo unas lagrimillas:

- No llores, nenita. Y no se te ocurra limarte los colmillos, me gustan muy afilados, me encantan que los tengas así.

Le abrí la boca y nos besamos. Le lamí los colmillos con mi lengua. Eran terriblemente punzantes. Me susurró:

- Te vas a pinchar en la lengua...

La abracé:

- Perdóname por lo que te dije ayer, Pryla.

Ella no le prestó atención:

- Te lo perdono todo. -Y me besuqueó la mejilla-. ¿Cómo lo tienes? ¿Te duele?

- Un poquito. ¿Me inoculaste algo? ¿Veneno, antídoto...?

- No te inoculé nada. Sólo te lo pinché sin querer... -sollozaba al recordarlo- me intenté separar en cuanto lo noté, pero te lo estabas clavando más tú.

- Tenía que haberte hecho caso...

- Pero comprendo que quieras que te la mame...

- Para la próxima vez dejaré que me la chupes como tú lo sientas.

Sonrió:

- Gracias.

- Me gustaría correrme en tu boca un día...

- Y a mí me gustaría beberte tu semen. Lo deseo mucho.

Nos besamos con fuerza, y luego le dije:

- Siento que haya pasado esto cuando más me necesitas, cuando estás en celo...

- No ha sido culpa tuya.

- Si sientes ganas dímelo, y te la lamo para calmártela.

- Ahora está bien. Ahora está relajada. -Me susurró.

- ¿Segura?

- Sí. He pasado una noche muy mala, preocupada por ti. No se me ha excitado nada ni he tenido tiempo de pensar en otra cosa que no fueras tu. Me preocupaba no saber cómo estabas.

La abracé, y la tumbé conmigo sobre la cama. Me quité el albornoz y nos abrazamos. Ella vestía un pequeño camisón, y se lo quité también. Nos cubrimos con las mantas, abrazándonos desnudos. Le dije:

- Pues entonces durmamos ahora juntos.

- Sería genial. Gracias mi amor.

Nos besamos, y al sentir su cuerpo y sus ondulantes caderitas, así como su culito, noté cómo me surgía una erección:

- Se me está poniendo dura... -Le susurré al oído-. Y me duele un poquito...

- La estoy notando...

- Cógemela con cuidado, Pryla, por favor.

- Vale mi amor... ¿Así?

- Sí, con cuidado...

Me trataba suavemente mi pene, y lo cogía con suma delicadeza entre sus manos. Yo hice que se lo pusiera sobre su vientre para que descansara en él, y luego me lo cubrió delicadamente con su mano.

- Déjamelo ahí un ratito, ¿vale? -Le pedí.

- Todo el que quieras, vida mía. No me voy a mover.

Me dormí entre sus brazos. Unas horas después, unos gemiditos me despertaron. De espaldas a mí, Pryla se estaba masturbando, frotándose con ganas el coñito. Me acerqué a ella, besándola el hombro:

- ¡Déjame a mí, tesoro! ¡Déjame a mí!

Cogí sus manos, mientras me decía:

- No, no pasa nada, puedo yo.

La besé en la mejilla:

- Soy tu hombre, ¿no?

- Claro, cariño.

- ¿Me dejas? ¿O prefieres hacértelo tu?

Apartó sus manos del chochito. Me mojé los dedos en saliva y le metí mano. Su clítoris estaba impresionantemente erecto, enorme, salido unos milímetros al exterior. Se lo presioné y gimió de gustito. Tras unos minutos frotándoselo, le puse la mano en su rajita:

- ¡Oh, madre mía, cómo está esto! ¡Estás empapada, nenita!

- Lo sé. -Sonrió.

- Déjame chuparte esas babitas.

La puse de espaldas, y se abrió las piernas. Me deslicé entre ellas y comencé a saborear aquél manjar de hembra, mientras mi chica gemía y se retorcía de placer. Luego subí hacia ella y la besé. Me susurró:

- ¿Cuánto puede estar un pene endurecido?

- Mucho tiempo.

- ¿Una hora?

Sonreí:

- Incluso una noche entera, nena.

- ¿¡Sí!?

- ¿Por qué me lo preguntas?

- Porque sigo notándotelo durito...

La abracé, cogiéndome el cipote:

- Vente, ya verás. Te lo meto dentro.

- ¡No mi amor, no quiero hacerte daño!

- No te lo froto, te lo meto para que lo disfrutes y calmar tu almejita.

- Pero te dolerá...

- La tienes muy bien lubricada, entrará bien. Te lo meto muy adentro y te lo dejo ahí, ya verás cómo te gusta.

Sabía que la mejor forma de dejarla a gusto era echarle mi esperma en su interior, así que la abracé y me dispuse a hincársela. Pryla se cogió el coñito y se lo abrió más, para que pudiera entrarle mejor:

- Si te duele sácalo, ¿vale?

- Tu disfruta nenita, no pienses en eso.

Se la metí poquito a poco, mientras la cogía por el trasero, calándosela muy hondo y dejándosela dentro. Entonces ella comenzó a moverse suavemente arriba y abajo. Entre gemidos, me dijo:

- Hazme muchos bebés, amor mío...

- ¿Quieres que te deje embarazada?

- Sí, por favor.

Estaba claro que se encontraba en el punto álgido de su celo, y sólo deseaba apasionadamente follar y tener bebés.

Me la froté varias veces con cuidado contra ella, y al apretarla a mí, se corrió. La besé en la boca, notando su orgasmo, y cuando terminó, le dije:

- Te lo voy a echar.

Me abrazó con fuerza, apretándome entre sus piernas para recibirlo, y rodeándome con su cola.

- Está muy adentro, la siento muy metidita...

- ¿Te hace daño?

- No cariño, me da mucho agrado. ¿Y a ti? ¿Te molesta?

- Sólo ligeramente. Te estás portando muy bien y eso me facilita mucho las cosas...

- Te quiero.

- Aquí lo tienes, ¡ahí te va!

- ¡Sí, échamelo, préñame, dame tu esperma!

- ¡Amor, amor! ¡Aggggh!

- ¡Qué durita! ¡Qué dura!

Al sentir mis contracciones y que se la metía bien metida, ella empezó a temblar y le llegó otro orgasmo. Yo eyaculé entonces en su magnífico recinto de mujer, echándoselo a chorros hacia su útero.

Cuando acabamos de realizar el coito, se la saqué un ratito después, y le susurré:

- ¿Me la limpias?

Me miró con sus hermosos ojos rojizos:

- ¿Estás seguro?

- Sí cariño. Nadie me la trataría tan bien como tu. Lo de ayer fue culpa mía.

Alargó su mano y me cogió el miembro viril que acababa de salir de su conejito:

- Como quieras amor mío.

Bajó su cuerpo entra las sábanas, y noté inmediatamente cómo me la lamía con mucho cuidado y mucho amor. Su lengua recorría mi glande con delicadeza, y su mano me acariciaba la base de mi cipote pausadamente. Yo jugueteaba con su cabello:

- ¡Así, Pryla, así! ¡Oh, qué bien lo haces, nenita!

Cuando terminó, regresó a mi lado y nos abrazamos con fuerza:

- Eres mi chica, sólo mía, no lo olvides nunca, ¿eh?

Me besuqueó el cuello:

- Soy toda para ti, toda tuya. Y tu eres mío.

La cogí de la carita, y nos miramos, y mientras se lo decía, le acariciaba las tetas:

- Eres guapísima, eres una preciosidad de mujer. La faráptera más hermosa del mundo.

Sonrió, y se lanzó a mí:

- ¡Gracias! ¡Te quiero!

Tras unos minutos besándonos y abrazándonos mutuamente, le susurré:

- Pryla, ¿te pones una minifalda hoy?

- ¡Claro! ¿Cual quieres?

- Una de esas pequeñas, que casi se te nota el coñito...

Sonrió:

- ¿La tejana o la de cuero?

- ¿Cuál es más pequeña?

- La tejana.

- Pues ponte la tejana. -Le pedí.

- Vale. -Susurró.

Le cogí ambas ubres, y tras besarle suavemente los pezones, le susurré:

- Y un sujetador. No dejes a estas dos maravillas sueltas.

- Siempre les pongo sujetador, ya lo sabes.

La abracé, pegándola más a mí. Noté cómo me lamía el cuello con su lengua.

- Quedémonos un ratito así aquí... -Me pidió-. Necesito mucho tus mimos.

- Cuanto quieras. Nos quedaremos así cuanto te apetezca, guapísima.

La rodeé entre mis piernas, protegiéndola. Y mientras ella me ceñía con su cola, yo le acariciaba las alitas. Luego, le cogí una teta en mi mano, y se la sobé sin parar.

Capítulo 14

Hugo y yo habíamos descubierto que, subiéndonos a la cima de una montaña cercana, y poniéndonos en determinada posición, podíamos tener cobertura en nuestros teléfonos móviles para comunicarnos con el resto del mundo. Así supimos que la hermana de Hugo, Janet, estaba en dificultades. Su faróptero había muerto en el enfrentamiento con la policía cuando nos detuvieron, y ella ahora estaba metida en líos al formar parte de un grupo que defendía a los farópteros y les plantaba cara a los exterminadores. Hugo decidió entonces ir a verla, pero, obviamente, era un riesgo llevarse consigo a su faráptera, por lo que nos la confió al cuidado del viejo y de mí.

El día antes de irse, por la mañana temprano, llamó a mi casa. Llegó con unos viales y los puso en la nevera. Me dijo que no sabía lo que tardaría, y que aunque Gryka ya no estaba en celo, si necesitaba de él y le echaba de menos como mujer, le diera uno de los viales en donde había almacenado su esperma para que lo disfrutase metiéndoselo con un dedo en su vagina.

Le pregunté por qué no se los daba él directamente, y me indicó que no lo hacía porque ella se los gastaría todos de una vez. Y añadió:

- Si necesitas más, llena algunos con tu esperma y dile que es mío.

Yo puse un gesto de contrariedad:

- No voy a darle mis espermatozoides a Gryka, son para mi chica. -Le dejé bien claro-. ¿Por qué no preparas más viales?

- Porque la he estado follando sin parar, ya me ha costado reunir éstos, así que imagínate.

- Entonces se los daré sólo si la veo muy desesperada, pero nada más. -Resolví, dejándoselo claro. Me lo agradeció, y se marchó. Yo salí de la cocina, y me di de bruces con Pryla, que había escuchado toda la conversación desde el salón (yo creía que seguía en la cama). Me miró con gesto serio:

- No le des tu semen.

- Tranquila nena, sólo lo produzco para ti, no te preocupes. -Le dije, acariciándole su mejilla.

- Sé la cantidad que me echas más o menos en cada corrida. Si me echas menos, es que se lo has dado.

Me eché a reír:

- ¿Es que no te fías de mí?

Me abrazó, mimosa, y yo le di un soberano besazo en la boca. Sus labios húmedos y tersos me ponían a cien.

- Es que no quiero que toques otras conejitas...

- No las voy a tocar, sólo te quiero a ti, corazoncito.

Le puse mi mano sobre su trasero, y le levanté la pequeña minifaldita tejana, buscando su entrepierna. Ella se dio cuenta y separó las piernas para que le pudiera meter mano sin dificultad. Le apreté el coñito, y ella suspiró.

- Tienes entre las piernas a la vulva más maravillosa del mundo, nenita. Es una auténtica gozada.

- No se si será la más maravillosa, pero te aseguro que es la que más te ama. -Me respondió.

Nos besamos durante un rato más, y me susurró, gimiendo:

- ¡Apriétala! ¡Apriétala!

Le así con fuerza el coñito, y de pronto noté que se le había empapado de repente, ¡se estaba corriendo!

- ¡Amor mío! -Susurré. Ella sonrió:

- ¡Lo sé!

Entonces me llevé la mano al pantalón, y me lo desabroché. Al verme, Pryla se bajó las bragas y se las quitó. Con una mano la agarré de la cintura, y con la otra cogí mi cipote, derecho y duro como un enorme garrote. Pryla se abrió más las piernas, rodeándome con ellas. La subí un poco y le puse mi pene frente a su coñito, que se abrió de inmediato permiténdome pasar. Lo tenía chorreando y babeando, hinchadísimo, entre las piernas. Se la metí mientras nos besábamos, y

luego la llevé hasta el sofá. La tumbé allí sin sacársela, y comenzamos a copular entre gemidos. Le quité la camiseta y el sujetador, y comencé a manosearle aquéllas fantásticas tetazas. Se las apreté a la vez y entonces comencé a soltarle escupitajos de semen todo lo adentro que pude en su vagina. Pryla se enervó, y chilló, disfrutando mi corrida. Sus dos aguijones emergieron, vibrando de gusto. Luego la abracé, y me dejé caer sobre ella. La besé:

- Lo tienes dentro, lo tienes dentro, ¿lo has notado?

- Sí... -Susurró-. Me ha entrado muy bien.

- Follas como una campeona, nenita. Follas genial.

Sonrió:

- Me excitas mucho cuando me la metes...

Nos besamos, y nos quedamos un buen rato lamiéndonos.

Al día siguiente, por la mañana bien temprano, Hugo partía hacia la ciudad. Yo le había propuesto ir en la furgoneta, pero no quería arriesgarse, no sabía lo que iba a pasar, y decidió irse en tren. Pero para llegar al apeadero había muchos kilómetros, ya que estaba en un pueblo, por lo que hasta allí le llevaría yo.

Lógicamente, no íbamos a correr el riesgo de que alguien viera a las farápteras, por lo que ellas tendrían que despedirle allí.

Gryka lloraba desconsoladamente al ver marchar a su hombre. Tenía un vientre descomunal aquélla mañana, parecía una embarazada de ocho meses, y me imaginé que Hugo debía haber estado follándosela todo el día de ayer y toda la noche para dejarla bien satisfecha y bien rellenita.

Oí cómo le susurraba la faráptera a Hugo, acariciándole el rostro:

- No te folles a otras, ¿eh? No se la metas a nadie. No se lo eches a ninguna mujer.

Hugo le respondía:

- No, tranquila, no te preocupes, mi amor. Ya verás, cuando regrese te hago el doble de ese bombo.

- Te esperaré con ella muy abierta, como te gusta. -Escuché que le susurraba.

- Métete un dedo cada noche, para dejármela bien preparada para cuando vuelva.

- No te preocupes, lo haré.

La guapísima chica de pelo blanco se tocaba la barriguita, y Hugo se la acariciaba, como si realmente hubieran hecho un hijito.

No sin dificultad -Gryka no quería soltar a Hugo-, partimos. Por el retrovisor vi como Gryka se abrazaba a Pryla, intentando consolarse.

Esperé en la estación hasta que llegara el tren, y me despedí de mi amigo deseándole mucha suerte. Mientras regresaba a la aldea volvía a sentirme algo desamparado, hacía mucho tiempo que convivía con Hugo, y el quedarme solo con la responsabilidad de las dos farápteras no me hacía mucha gracia. Berto podía echarme una mano, pero él tenía sus propios problemas y ocupaciones que atender.

Por si fuera poco, a los pocos días caí enfermo. Pryla no se separaba de mi lado en todo momento, intentando darme todos los cuidados y atenciones que podía. La pobrecilla se desvivía por atendernos a Gryka y a mí. Además, yo prefería descansar y dormir en una habitación aparte, no estaba muy por la labor de atender sus necesidades sexuales. Pero ella seguía estando en celo, y por la noche la sentía gemir mientras se masturbaba.

Una mañana llegó a mi habitación, y la hice sentarse en la cama. Llevaba una bonita camiseta blanca, ajustada, muy finita, bajo la cual se le notaban los hermosos bultitos de sus pezones, gracias a que el sujetador también era bastante fino. Le pedí:

- ¡Ven para acá, nena! ¡Humm! ¡Qué bien hueles a hembra!

La abracé y nos besamos apasionadamente. Le susurré:

- ¿Te estuviste calmando la almejita esta noche?

Ella sonrió:

- Sí... Me "picaba" mucho.

- ¿No te habrás metido un dedo?

- No cariño, eso lo dejo para ti. No me metí nada, sólo me froté el clítoris.

Ella sabía que me gustaba que nada se le introdujera en su agujerito, salvo yo.

Le toqué sus dos frutitas maduras. Las tenía bastante grandes, muy globosas, lo que suponía todo un placer su blandito tacto. Le metí la mano debajo de la camiseta, y se la quité. Le desabroché el sujetador y también se lo retiré. La tumbé a mi lado y comencé a saborear aquéllas hermosas ubres. Le cogía una teta, se la apretaba, y le chupaba el pezón ávidamente, mientras ella me acariciaba suavemente el cabello y gemía, entrecerrando los ojos y tensionando sus alitas derechas y rectas, en señal de placer. Luego le cogí la otra, repitiendo el mismo procedimiento. Le hice dar la vuelta para que se pusiera de espaldas a mí, con el fin de abrazarla y cogerle las dos mamitas a la vez, y al hacerlo puse mi peso sobre una de sus alitas, que tenía desplegadas. Pryla gritó agudamente, al sentir un enorme dolor. Las alas de las farápteras forman un conjunto muy resistente cuando se unen plegándose a su espalda, gracias a sus bordes queratinosos articulados, pero desplegadas y una sola es una parte muy débil de su cuerpo, ligera y suave. Temí habérsela roto, asustado por su grito, pero afortunadamente no era así. Se la había "pillado" entre mi cuerpo y la cama, y eso la había molestado. La abracé, observando su ala y diciéndole que se tranquilizara. Se la acaricié, y me preguntó:

- ¿Está dañada?

- No tesoro, está bien. ¿La puedes mover?

- Sí, no hay problema. - Me dijo, aleteando ligeramente. Luego las plegó a su espalda, y entonces ya pude acostarla conmigo y abrazarla. La besé en la mejilla, cubriendo con mis manos sus dos preciosas tetazas. Busqué su boca, y nos besamos.

- Que preciosas tienes las tetas, nena... -Le dije. Ella me sonrió:

- Me gusta sentirlas calentitas en tus manos.

Se las agité ligeramente, notando su cremosidad, y continué

manoseándoselas y besándoselas durante buena parte de la mañana.

Al día siguiente subimos a visitar a Eladio, así, además, hacía que Gryka se pudiera distraer. Caminamos los tres montaña arriba, y llegamos hasta la casa del criador de ovejas y cabras. Le saludamos a él y a su faráptera (la cual, por sus pechos, ví que ya estaba en celo), y dejamos a las chicas en la casa mientras nosotros nos dirigíamos a los pastos, más arriba, para traer el rebaño. Mientras Eladio las iba metiendo en el cobertizo, yo me fui hacia la casa para lavarme las manos y adecentarme para regresar. Bajaba por el sendero alegremente, y cuando estuve cerca de la casa, escuché gemidos. Me acerqué con sigilo, y por la pequeña ventana de la parte de atrás vi cómo Drya y Gryka, desnudas de cintura para abajo totalmente, se frotaban los conejitos la una contra la otra. Las dos gemían de gusto, y Drya, estirando su mano hacia Pryla (que estaba en pie, a la puerta, mirando seguramente si llegaba alguien) la cogió y le dijo:

- ¡Vente, ven con nosotras!

Yo susurré, deseando que no lo hiciera: "¡niégate, niégate, nena!". Por fortuna así ocurrió, y Pryla se intentaba zafar de las dos, que ahora la aprisionaban. Tenían los dos coños hinchadísimos, eran dos preciosidades de vulvas, y tuve que desviar la vista de ellos para no sufrir una erección allí mismo.

Por más esfuerzos que hacía mi novia, no lograba liberarse, y Gryka le decía:

- ¡Ya verás cómo te gusta! ¡Los tenemos muy mojados, así te mojas con nosotras!

Ya casi tenían a Pryla medio desnuda, cuando decidí actuar. Dí la vuelta y entré, cogiendo a mi chica y sacándola de allí. Drya se levantó, pero le propiné una sonora bofetada que volvió a tumbarla en el camastro. Cabreada, enervó su cola e hizo emerger sus aguijones. Pryla fue hacia ella con los suyos, pero no la dejé intervenir: rápidamente le cogí la cola y, sin darla tiempo, la arrojé con ella a un lado. La jovencita cayó llorando, rodando por el suelo con el coño al aire. Luego miré a Gryka, iracundo, y señalándola con un dedo le grité:

- ¡Hugo va a saber de esto! ¡Se enterará de todo!

Empezó a gritar y a llorar, pidiéndome que no se lo contara, pero dí la

vuelta y me fui. Al salir encontré a Eladio, y le dije que al día siguiente volvería a por Gryka, que la dejaría allí aquélla noche. No quería verla delante ni llevarla conmigo. Estaba muy enfadado.

Regresé con mi chica, cogiéndonos por la cintura, y tras unos minutos en silencio, le pregunté:

- ¿Qué ocurrió ahí exactamente, nena?

- Fue culpa de Drya...

- ¿Qué ocurrió? -Insistí.

- Bueno, estábamos hablando, y Drya dijo que estaba en celo y que había estado follando justo al llegar nosotros. Nos dijo que acababa de "ordeñar" a su novio y que aún tenía su leche fresca. Y entonces Gryka se echó a llorar porque no estaba cerca de su chico... Drya le dijo: "no llores, comparto mi semen contigo", pero Gryka le dijo que sólo quería el de Hugo. Drya se quitó la falda y nos enseñó el coño, animando a Gryka a que se lo abriera. Gryka se lo acarició y se lo abrió, y entonces le salió un poco del semen que le había echado dentro Eladio. Entonces la animó a que se desnudara, y comenzaron a frotarse las vulvas, pegándose el esperma la una a la otra. Me dijeron que me uniera a ellas y que también lo compartirían conmigo...

La miré, serio:

- Como toque tu vulva el semen de otro tío, te lo advierto, Pryla...

Me apretó fuerte la mano:

- ¡No! ¡Les dije que no, que miraría para que no las vieran, pero que me dejaran en paz! Pero luego me cogieron y fue cuando entraste...

- Creía que una faráptera sólo se tiraba a su novio, no a otras.

- Sí, sólo tenemos un hombre.

- ¿Por qué Gryka y Drya se frotaron sus vulvas como lesbianas, entonces?

- Porque a Drya le entraron ganas, supongo. Está en celo y el coño lo tiene a tope...

- Tú también estás en celo.

Me miró:

- Pero ella no es yo. Imagino que a Eladio no le molestará que su novia pegue su coño a otros.

- Entonces Eladio se tirará a las dos esta noche, ¿no crees?

Negó con la cabeza:

- Una cosa es que se masturbe con otra chica, y otra que deje que le hagan el coito y se corran dentro alguien que no es su hombre. Una faráptera no lo permitiría. Y además, Gryka no está en celo, no tiene ganas de copular.

- Pero sí de frotarse el coño contra otro, ¿no?

- Probablemente al verle aflorar el esperma a Drya, le recordó a cuando se lo echaría Hugo...

Capitulo 15

Llegué a lo alto de la montaña, y pude contactar con Hugo mediante el móvil, para saber qué tal le iba. Entre cortes y bastantes dificultades de la conexión, me contó que había logrado encontrar a su hermana, y que estaban juntos, cosa de la que me alegré. Le dije que Gryka le echaba mucho de menos, y me dijo:

- Tengo que contarte algo.

Yo no esperaba en ningún momento lo que me iba a decir. Jamás me lo hubiera imaginado. Me dijo:

- Estoy con otra faráptera... Las cosas han cambiado mucho en el mundo.

- ¿¡Qué!? -Grité, totalmente sorprendido-. ¡No puedes hacer eso!

- ¡Lo sé! Pero esta chica... Es maravillosa, y es guapísima...

- ¡Gryka también es guapísima! -Le corté.

- ¡Sí, y la quería mucho! Pero esta fue nada más verla... Y un auténtico flechazo. De verdad.

- ¡No puedes tener a dos farápteras, es imposible!

- ¡Lo sé! Por eso te pido un favor...

- ¿El qué?

- Que le digas que me he muerto.

Eso me dejó aún más sorprendido:

- ¡No pienso decirle eso, Hugo! ¡La destrozaría!

- ¡Más la destrozaría el saber que estoy con otra! No pienso volver al pueblo, ¿no lo entiendes? ¡No la voy a ver más! Me quedo aquí, con mi hermana y mi chica.

- ¡Por favor, Hugo, piénsatelo! ¡Tu chica está aquí!

- Está bien pensado. Haz lo que quieras.

La comunicación se perdió definitivamente, y no pude volver a conectar con él. Era como si los satélites no dieran ya soporte, ya que no logré ni tono de línea.

Descendí por la montaña despacio, tan despacio que se hizo de noche por el camino. Era imposible que dos farápteras amasen al mismo hombre, se matarían entre ellas. No podía creerme que Hugo abandonase a Gryka, ¡antes parecía amarla tanto! Y contárselo... ¡Eso la destrozaría, esperaba por Hugo cada día, no dejaba de hablar de él! Al llegar a la aldea, observé luz en la puerta de mi casa. Pryla me esperaba, de brazos cruzados. Al verme, echó a correr hacia mí, abrazándome:

- ¡Me tenías muy preocupada! -Me dijo.

La abracé con fuerza, besándola:

- ¡Tranquila, cariño! ¡Te quiero, te quiero, mi vida!

Ella notó mi pasión, y me preguntó:

- ¿Qué te ha ocurrido? ¿Hugo está bien?

- ¿A mí? Nada. Sí, está bien. -Y añadí-. No voy a dejarte, no voy a dejarte por nadie, nunca. Lo sabes, ¿verdad?

- Sí amor mío, lo sé, lo sé. - Me respondió, apretándose las mamas contra mí para que se las notara lo bonitas y grandecitas que las tenía.

A continuación cenamos, y nos acostamos. Nos pusimos a hacer el amor, pero yo estaba preocupado, pensando en Hugo y Gryka, y no se me empitonaba. Pryla me miró, con mi pene en sus manos, medio fláccido, y al notar mi polla morcillona, me dijo:

- No se te pone derecha..

La abracé:

- Lo siento, nena... -Le susurré.

Me acarició la cabeza delicadamente:

- ¿Qué te pasa, mi amor?

La pegué a mí, cogiéndola por el culito:

- Trae tu coñito, quiero sentir tu vulva junto a mi pene...

- Claro... -Se abrió de piernas, rodeándome con ellas, y colocó su chochito sobre mi miembro viril fláccido. Se lo frotaba suavemente sobre mi trabuco, excitándose. Yo le acariciaba las tetas y la besaba:

- Pryla... ¿puedo decirte algo, que quede sólo entre tú y yo?

- Sabes que puedes confiarme cualquier secreto. -Me susurró.

- Nenita... ¿qué pasaría si yo tuviera otra faráptera?

Al oír estas palabras, cambió su gesto de inmediato. Dejó de frotarse contra mí, y unió su doble cola. Ví sus amenazantes aguijones emerger, y me gritó, muy seria:

- ¡Tienes a otra! ¡Por eso tardaste tanto!

- ¿¡Qué!?

Yo no entendía, ella acercó amenazantes sus dos afiladísimos aguijones:

- ¿Quién es?

Entonces puse mis manos sobre sus hombros, y, apartándola, la arrojé de la cama:

- ¡Quita esas dos cosas de delante de mí! ¡No me amenaces con eso!

Me puse en pie, y ella se levantó también ágilmente, desplegando sus alas y con su doble cola en posición de ataque. Aún así, estaba guapísima, totalmente desnuda, y con sus ondulantes y preciosas caderitas. Me fui hacia ella, alzando mi dedo:

- ¡Acabo de decirte ahí afuera que solo tú eras mi chica, te lo estaba preguntando como un ejemplo!

Me miró, furiosa, pero sin decirme nada. Entonces grité:

- ¡Vete a la mierda!

Cogí mi albornoz y salí. Ella me siguió. Me di la vuelta, y la encaré:

- ¿¡Qué coño te pasa!? ¿Ya no recuerdas al hombre que te da su semen?

Me cogió las muñecas con sus manos, llorando:

- ¡Necesito saberlo!

- ¿El qué, nena?

- ¿Por qué me lo preguntaste?

La abracé:

- Era un ejemplo, joder.

- Volvamos a la cama... -Me suplicó.

Nos acostamos de nuevo, y volvió a rodearme entre sus piernas, poniendo su chochito sobre mi pene. Le dije:

- ¿Te hice daño, Pryla?

Sonrió:

- ¡Siempre me tiras de la cama!

- ¡Siempre me quieras atacar!

- No, no iba a hacerlo...

- Ya.

- Quiero bebés tuyos...

La miré, acariciándola en la mejilla, nos besamos.

- Es Hugo. Tiene a otra faráptera. No se lo digas a Gryka.

Se quedó helada. La abracé contra mí:

- Yo nunca te dejaría, no te cambiaría por nadie. Eres mi chica, no quiero a nadie, sólo a ti. Eres mi vida, nena.

Me besó:

- Perdóname...

- ¿Qué pasa si se entera? -Le pregunté.

- La mataría. Se matarían entre ellas.

- ¿Se atacarían?

Asintió con la cabeza:

- Sí. -Susurró.

- ¿Y a Hugo?

- A Hugo no le harían nada.

Los farópteros no abandonaban nunca a su hembra, para ellas era algo nuevo que las dejasen. Por eso Pryla no podía asumirlo, y si sucedía, se atacarían la una a la otra. No compartían los hombres. Suspiré:

- Quiero irme de aquí.

Me acarició el cuello:

- ¿Qué quieres hacer?

- Nos vamos, nena. No puedo seguir aquí.

- ¿A dónde?

- A donde sea. Aunque sea un tiempo. No podría soportar esconderle ese secreto a Gryka.

- Ella no lo asumiría.

- Lo sé.

La besé, y me susurró:

- Te necesito, mi amor.

- ¿Me necesitas ahí? -Le pregunté, acariciándole el monte de venus. Ella sonrió:

- Te necesito en mi vida.

- Ya me tienes. Soy todo tuyo, cariñito.

- Y yo tuya. -Me contestó-. ¿Se lo vas a decir?

- ¿A Gryka? ¡No!

- Pobrecilla... No se cómo podéis hacer esas cosas los hombres, ella se lo ha dado todo.

- ¿Por qué generalizas, Pryla?

- ¡Porque tú también eres hombre!

- Yo jamás te haría una cosa así. -Aseguré, tocándole la naricita.

Me abrazó, metiéndose bien la vulva contra mí. Noté sus voluminosos labios externos. Me susurró:

- ¡No se te pone dura!

La besé en el cuello, y luego en los labios. Mientras ella hacía gestos copulatorios con mi pene entre sus piernas, me dormí.

Capítulo 16

Decidí informarle a Eladio que nos íbamos Pryla y yo, y encargarle que cuidase de Gryka. Por lo tanto, a primera hora de la mañana mi faráptera y yo salimos de casa hacia las montañas, cogidos de la mano. Aunque a mi chica ya se le estaba pasando el celo, aún tenía las tetas bien grandes y derechas, altivas. Vestía un vestidito corto y ajustado, de color negro, de algodón. Estaba preciosa con él, y con las botas negras altas que llevaba.

Cuando llegamos a la casa de Eladio, escuchamos ruidos. Nos quedamos en cuclillas, mirando por una pequeña ventana de la parte de atrás, subidos en una especie de arcón de madera. El hombretón y la faráptera estaban en pleno acto sexual, y ella se subía a una mesa, abriéndose de piernas, sonriendo.

- ¡Mi madre! ¡Pedazo aparato que le va a meter! -No pudo evitar exclamar Pryla, al verle el enorme trabuco de Eladio dispuesto a entrar en la chiquitina vulvita de su pareja.

- ¿Qué pasa? ¿No te gustan cuanto más grandes mejor?

- No. Yo quiero uno de mi medida, como el tuyo.

La vulva de Drya babeaba por todos lados, con la boquita abierta de par en par para recibirle, como una florecilla con los pétalos abiertos. De la rajita caían gotitas de lo lubricada que estaba, obviamente, para que a su dueña no le doliera copular, sabiendo la tranca que le iba a entrar.

Pryla giró la cabeza cuando la chica comenzó a gritar al notar que le insertaban aquel mastodóntico pene, la pobre no podía ni mirar.

Me puse detrás de ella, estaba en cuclillas, en una posición perfecta para metérsela, y yo estaba muy excitado por lo que estaba viendo, tenía mi cipote en punta. Le levanté el vestidito por detrás, mientras la abrazaba con la otra mano, y bajándole las braguitas le susurré:

- A ver cómo te portas tú, campeona.

Ella sonrió, acariciándome:

- ¡Sí, házmelo por favor!

Recordé entonces que la noche pasada no se me había puesto derecha, y la pobrecita lo estaba necesitando.

La besé, mientras restregaba mi glande por su abertura de hembra para incitarla a abrirse, que se le mojara y permitirme pasar. Mi chica tenía un coño hermosísimo, con unos labios externos enormes y regordetes. Se la metí un poco entre ellos. Se puso a cuatro patas, y le bajé más las bragas. Mientras le acariciaba el chichi con mi pene, ella se excitaba el clítoris con su mano. Entonces su almejita comenzó a humedecerse. Observé cómo le surgían sus preciosos labios internos, y no pude aguantarme: quité mi pene, y me fui hacia su vulva para comérsela. Se la besé y se la lamí completamente. Al notarme, Pryla gimió de gusto.

Luego, me cogí el pene en ristre, y se lo acerqué al coñito. Lo tenía fantástico, y se le notaba claramente la entrada vaginal. Hacia ella me dirigí, impulsando mis caderas. Ella sintió cómo se la iba abriendo, y gimió. Llevó su mano izquierda hacia atrás, buscando la mía. Le cogí la mano y se la acaricié. Luego la así por las caderas y se la metí entera.

- ¡Ay, qué gusto! ¡Ahora sí que está duro, ahora sí que está duro! -Me dijo. Sonreí, y la alcé un poquito para besarnos en la boca. Sentí sus preciosas nalgas, y con mi mano derecha me dirigí a su monte de venus. Mientras la besaba, se lo acaricié. Busqué su clítoris, y se lo froté suavemente. Ella gimió, y tembló. Estaba experimentando un orgasmo. Esperé un poco, y luego comencé a menear mis caderas, metiéndosela y sacándosela cada vez más deprisa. Ella gemía y, con los ojos entrecerrados, a cada embestida mía respondía con un: "¡huy!", "¡huy!", muy tierno y erótico, con una vocecita muy femenina. Eso hizo que me excitara muchísimo, y entonces la rodeé con mis brazos, le cogí ambas tetas por encima del vestido, y mientras se las apretaba comencé a eyacular, expulsando mi semen a chorros seguidos en lo más hondo de su vagina que pude. Ella notó que estaba expulsando mi esperma, y llevó su culito hacia mí, apretándolo contra mí para que le entrara bien adentro, mientras emitía grititos de gusto.

Nos quedamos un rato sudorosos, allí, de rodillas con ella sobre mí, y me susurró:

- ¡Déjala! ¡Déjamela dentro un ratito!

- Sí, cielo. -Le respondí, besándola fuertemente en los labios-. ¿Te ha

gustado?

Respondió afirmativamente con su cabeza. Luego, buscó en su bolso una compresa, y se la puso, para que no le fuera chorreando el semen que le había metido en su conejito. Cuando terminó nos cogimos de la mano, y llamamos a la puerta de Eladio. Éste nos abrió vestido con un albornoz azul oscuro.

Nos sirvió un café, y mientras Pryla iba a la habitación a saludar a Drya, yo le informé que nos íbamos.

- ¿Pero a dónde? -Me dijo, contrariado-. ¡Aquí estáis seguros! ¡Pryla está segura aquí!

- Quiero algo más para ella.

- ¿El qué?

- Se le está pasando el celo. Cuando ya no esté con él, nos marcharemos.

Eladio no lo entendía, pero nos aseguró que cuidaría de Gryka cuanto pudiera. Pocos días después, Pryla volvía a tener sus dos pequeñitas mamitas, y los enormes labios externos de su coñito le habían disminuido notablemente de grosor. Entonces cargué las cosas en la furgoneta, y partimos. Gryka se quedó diciéndonos adiós con la mano, y Berto, a su lado, nos veía alejarnos mientras sujetaba con ambas manos su bastón.

Dejar la aldea no me había resultado tan fácil como creía en un primer momento. Pero yo sabía que era lo mejor. Nos estábamos confiando, viviendo casi en una rutina. Y eso podía resultar fatal en los duros tiempos en que vivíamos.

Estuvimos circulando durante varios kilómetros sin grandes contratiempos, pero cuando vimos a lo lejos un control de policía, tomamos un desvío y nos metimos entre los árboles.

- Esperaremos a la noche para pasar. -Dije.

Pasamos a la parte de atrás de la furgoneta para echar una cabezada, abrazados. Cogí a mi chica y, poniéndome a su espalda, la rodeé con mis brazos. Le acaricié suavemente las tetitas, notando sus enormes pezones, y enseguida sentí la necesidad de más.

La besé en la mejilla y le susurré al oído:

- ¿Me dejas acariciarte la almejita, nena?

- ¡Claro! -Me respondió, y se desabrochó el pantalón mientras yo descendía mi mano derecha a su entrepierna. La introduje por debajo de sus braguitas, buscando ávidamente su tierno tesorito de mujer. Por fin noté la placentera sensación de sus finos labios y de su rajita, y se la acaricié. Sentí cómo sus alitas vibraban al notarme en una zona tan íntima. Le besuqueé el cuello para que se tranquilizara, y ella me acarició mi brazo, coqueta.

Introduje un poquito uno de mis dedos por su abertura de hembra, y noté el calorcillo que desprendía su sexo.

- Me pasaría la vida así, metiéndote mano.

Ella sonrió:

- Y yo así, abierta para ti.

Noté cómo su vulva se abría como una florecilla, pero, obviamente, al no estar en celo no se le humedecía apenas. Di con su agujerito vaginal, ahora cerradito, y empujé un poco a ver si se le abría. Ella emitió un gemidito de protesta.

- ¿Te duele, tesoro? -Quise saber.

- No, tranquilo, puedes seguir.

- ¿Estás segura?

- Sí, vida.

Nos besamos en la boca, y continué acariciándole la entrada de su vagina. Mi dedo ya lo tenía insertado en ella casi hasta la mitad, y notaba su suavidad y tersura. Le puse mi mano en su coño, apretándoselo, y le dije:

- ¡Te quiero, amor mío! ¡Eres guapísima!

Pryla sonrió, enervando sus colas al notar mi caricia, y nos volvimos a besar durante un buen rato. Luego, nos quedamos relajadamente

dormidos, con mi mano cogiéndole su chochito.

Capítulo 17

Cuando volvimos a la carretera, de noche cerrada, el control ya no estaba, pero varios kilómetros más adelante nos esperaba una sorpresa: de nuevo la carretera estaba bloqueada. Busqué a los lados algún desvío, pero sólo había vegetación. Cuando me quise dar cuenta, unos enormes soldados ya nos tenían rodeados. Golpeando la puerta, nos ordenaron salir del vehículo con las manos en alto y despacio. Miré hacia mi chica, y le acaricié la mano:

- Tranquila. -Le dije.

Salí al exterior, más temeroso de lo que le pudiera ocurrir a Pryla que por mi seguridad. Y entonces un faro nos iluminó. Y me dí cuenta de algo: ¡eran farópteros!

Sin miramientos me hicieron dar la vuelta contra la furgoneta, sin dejar de apuntarme con sus armas. Uno de ellos gritó, poniéndoles en alerta:

- ¡Humano! ¡Es un humano!

Pero casi al instante otro dijo:

- ¡Faráptera!

Entonces, el que estaba más cerca de mí me encañonó con su arma:

- ¡La has raptado, ¿eh?! ¿¡La has raptado!?

Grité hacia mi chica, que estaba al otro lado:

- ¡Tranquila, cielo!

Entonces vino hacia mí un enorme farópterо, con una coraza metálica protegiendo su cuerpo:

- ¡Tranquilos! ¡Es un farslaver!

Me llevaron junto a Pryla, y nos abrazamos.

Formando un convoy nos enviaron hacia su cuartel general, en una ciudad a varios kilómetros de su puesto de control. A la entrada pude

ver farópteros apostados en lo alto de los edificios. No había que ser muy listo para entender lo que estaba pasando: los farópteros se habían rebelado, y habían tomado ciudades y países enteros alrededor de todo el mundo.

La ciudad parecía fantasmagórica, con las calles desiertas, muchos coches quemados, y edificios medio derrumbados. ¿Qué había ocurrido para que se organizasen? Algo tenía que haber pasado en aquéllos meses.

Nosotros no estábamos presos, teníamos cierta libertad, gracias a que Pryla estaba conmigo, y podíamos salir en cualquier momento. Pero decidimos quedarnos allí un tiempo, ya que era menos peligroso para mi chica debido a que en las ciudades farápteras los humanos con pareja de su especie éramos bastante bien aceptados, cosa que no ocurría en las ciudades humanas, donde los farópteros eran masacrados sistemáticamente.

Nos alojamos en un chalet cerca del extrarradio, lo consideré como el mejor lugar por si teníamos que escapar de la ciudad. No había problemas de alojamiento: los humanos, en su desesperante huida, habían dejado muchos edificios en pie y abandonados.

La ciudad estaba rodeada por baterías antiaéreas, y había camiones lanzamisiles en puntos estratégicos de la región. Estábamos en una especie de empate entre humanos y farópteros, como una de tregua tensa.

Lo que había ocurrido tomó a contrapié a la raza humana. Ni siquiera los exterminadores, que parecían antes tan eficaces, pudieron llegar a imaginárselo: una corporación privada logró cruzar farópteros con humanos, obteniendo unos híbridos. Curiosamente, estos híbridos resultaron ser más farópteros que humanos, pero su inteligencia era más humana que faróptera. Varios de ellos se escaparon de las instalaciones donde estaban confinados, y poco a poco fueron reuniendo a más colonias. Sabían hablar el complejo lenguaje faróptero, volaban como ellos, olían como ellos... Pero no pensaban como ellos. Y fue esa mezcla de aspectos de una y otra raza lo que les llevó a ir imponiéndose poco a poco. Así, las colonias se fueron uniendo, formando una especie de gran colonia planetaria con subcolonias relacionadas entre sí, lo cual funcionaba realmente bien y demostró ser, en la práctica, muchísimo más eficiente que la sociedad humana. A estos farópteros híbridos se les conocía como los Líderes, y se habían diseminado por varios continentes para encabezar con su

persona los movimientos de sublevación. Ellos emitían comunicaciones periódicas dando órdenes y consejos a las diversas macrocolonias nacionales, las cuales se engranaban entre sí compartiendo ideales y defendiéndose la una a la otra. Las colonias seguían siendo en parte independientes, y bajo su amparo y protección encontraban también refugio las parejas de farópteros, o de farópteros y humanos como yo. Nosotros no teníamos facultad de decisión ni de acción, éramos como una "sociedad civil", siendo las farápteras solteras y los soldados los que llevaban la voz cantante y materializaban los movimientos de su lucha y/o las órdenes de los líderes.

Así las cosas, la única precaución que tenía que tomar yo siempre que saliera de casa era hacerlo acompañado por Pryla. Si me viesen deambulando sólo me detendrían y me encerrarían hasta que demostrase tener una pareja de su especie.

No era fácil desplazarse por una ciudad llena de escombros. Por fortuna, sí era relativamente fácil hacerse con un vehículo todo-terreno: sólo había que entrar en cualquier concesionario de los muchos que había abandonados, y elegir el que quisieras. Así poco a poco me fui haciendo con herramientas, armas, recambios de todo tipo y víveres que íbamos sacando de los supermercados. No sabíamos cuánto podía durar aquéllo, así que mejor ser precavido. También me hice con varias motocicletas del mismo modelo, por si las necesitaba. Mucho combustible, y ropa de todo tipo. En una tienda especializada conseguimos uniformes militares. Era lo mejor para moverse por la ciudad. Pryla estaba guapísima con su uniforme camo negro y azulado oscuro, al que le hicimos pequeños cambios en su espalda para que pudiera desplegar sus alas. También nos hicimos con chalecos antibalas y material militar de toda índole. Asimismo, remodelé bastantes unidades de los chalecos para que Pryla pudiera volar con ellos.

A diferencia de las ciudades donde se habían quedado los humanos, la mayoría de ellas arrasadas por los saqueos, en donde estaban los farópteros no ocurría mucho de ello, porque los farópteros no eran muy proclives a acumular ni a vagar por ahí. Los saqueos que se producían en esas ciudades los realizaban los que tenían parejas humanas, como yo.

Y hay que decir que no había muchas parejas como nosotros. Sólo nos habíamos cruzado con algunas, a bastante distancia, que vimos mediante las miras telescópicas de nuestras armas. Excepto una. Una

pareja de una humana y un faróptero. Era una humana rubita, delgadita, que estaba siempre acompañada de un faróptero alto de cabello verdoso oscuro, como musgo. No entablamos nunca contacto directo, pero ellos también nos habían visto.

En una ocasión Pryla y yo llegamos a un centro comercial, era un nuevo lugar que estaba a las afueras, junto a los puentes caídos de una autopista. Entramos y descubrimos que estaba bastante bien surtido. Nos separamos sin darnos ni cuenta por las enormes plantas: mi chica se quedó en la sección de perfumería, y yo me interné en la de decoración. Fue entonces cuando escuché un ruido, y una enorme red cayó sobre mí. Cuando me quise dar cuenta, tenía a alguien atándome por las manos a una cama dorada, con cabeceros?xxx de metal.

- ¡Te pillé! -Dijo una voz femenina.

Entonces, para mi sorpresa, ví que era la rubita que había estado merodeando con su faróptero.

- ¿¡Qué haces!? ¿¡Para qué me atas!? -Protesté.

- Me llamo Sandra. Os estuve vigilando durante mucho tiempo, a ti y a tu "amiguita".

- ¡No es mi "amiguita"! ¡Es mi chica!

Se echó a reír:

- ¡Oh, vamos! ¿No te habrás enamorado de "esas" cosas?

- ¡Pero si tú estás con uno! ¡Te ví varias veces!

- Sí, bueno... Porque no me queda más remedio. Aquí tienes que estar con un faróptero o te encarcelan. Pero yo antes era exterminadora, me los cargaba. Y a ese no me lo cargo porque lo necesito.

- ¿Y qué pinto yo en todo esto? -Quise saber.

Entonces, comenzó a desabrocharse el bonito pantalón de cuero negro que llevaba:

- Eres el único hombre que he visto en mucho tiempo. Necesito volver a notar la tranca de un macho humano, estoy cansada del semen agrio y amarillento de los farópteros... ¡quiero que me llene el esperma

blanquito de un hombre de verdad!

Mientras decía esto, me desabrochaba el pantalón, y me lo bajó, acariciándome el pene, que se me puso derecho al instante al notar las caricias de aquélla guapísima mujer:

- ¡Ésto, ésto es lo que yo quería! -Dijo al notar mi erección, llevándose mi pene a la boca chupando muerta de deseo, mientras se acariciaba su coño, frotándose con sus dedos el clítoris.

Yo intentaba soltarme, pero era inútil. Entonces le dije:

- ¿¡Estás loca!? ¡No puedes hacerme esto!

Pryla no toleraría que me corriese dentro de otra vulva, para ella supondría un shock enorme. Pero yo no sabía como evitarlo:

- ¿¡Y tu faróptero!? -Pregunté.

- Me escapé. Cree que me estoy duchando. Son bobos, los engañas con nada. Confían ciegamente en una. Ven un coño y lo flipan.

Yo hacía enormes esfuerzos por no eyacular, y ella notó mis contracciones, así que dejó de mamármela y, mirándome con una dulce sonrisa, dijo, cogiéndome firmemente el trabuco:

- ¡Espera, no lo sueltes aún!

Pasó su pierna por mi otro lado, de forma que se quedó abierta ante mí, y se abrió con dos dedos el conejito. Observé las babas de su recinto íntimo, tenía unos labios internos muy excitados. Comenzó a agacharse para sentarse encima de mi pene y así meterse mi varonil apéndice, el cual vibraba de ganas. Me lo acarició, mientras me decía:

- ¡Échamelo dentro, quiero sentirlo recién salido y calentito!

Pero, de improviso, como una exhalación, llegó de un salto Pryla, impactando con su rodilla sobre el hombro de Sandra, y haciéndola rodar a un lado. La humana cayó al suelo y se fue a dar contra un arcón. Pryla la metió dentro y lo cerró con candado. Luego corrió hacia mí para desatarme, pero le grité:

- ¡No, no me desates, chúpamela! ¡Chúpamela!

Mi chica me miró, seria:

- ¿Se la has metido?

- ¡Joder, nena! -Grité-. ¿Por qué no lo compruebas tú misma?

Entonces mi chica se metió mi nabo en su boca, y lo apretó. Nada más sentir sus labios, comencé a eyacular, puesto que tenía los grumos casi saliéndome. Ella lo saboreó y miró hacia mí, sonriendo. Cuando terminé, me limpió el cipote y luego me abrazó:

- ¡No te has corrido en ella! ¡Gracias, gracias mi amor!

Por fin, me liberó, y la abracé:

- ¡Gracias amor mío!

Ella me acarició suavemente el pene:

- Te ha obligado a que se te pusiera dura, ¿verdad?

- Sí, cariño... Lo pasé fatal.

Entonces, se acostó a mi lado, nos cubrimos con la manta de la cama donde estábamos, y Pryla se bajó los pantalones, metiéndose entre sus piernas mi pene:

- Yo te la calmo, déjala ahí. -Me susurró, poniéndome mi cipote pegado a su coñito. Al sentir la suave piel de sus labios externos, me apreté más contra ella:

- ¡Gracias nena! ¡Eso es lo que más necesitaba, el contacto de tu almejita!

Tras unos minutos abrazándonos y besándonos, le susurré:

- ¡Qué vulvita más linda tienes, guapísima!

- ¿Te gusta más que la de las humanas?

- Sí, mi amor. -Le acaricié la mejilla-. Mucho más.

- ¿Ya se te ha calmado? -Quiso saber.

- Sí, me siento mejor.

- Me ha gustado mucho tu semen. -Me susurró mi faráptera.

- ¿Te lo has tragado todo?

- Sí, está rico. Ahora entiendo que a las vaginas les guste tanto...

Observé las bolsas que había traído:

- ¿Qué has estado recogiendo, nena?

- Estuve en la farmacia, hay una abajo. Recogí medicamentos, antibióticos, y mucho lubricante. -Sonrió. La besé en sus sabrosos labios de nuevo.

Bastante después, sacamos a Sandra del arcón y la atamos a la cama, como ella me había atado a mí. Luego, Pryla se fue a la farmacia, llegó con una jeringuilla y me pidió que escupiese en ella. Yo no sabía qué es lo que quería hacer, pero me comentó:

- Puedes esperarme fuera, si no quieres ver esto.

- ¿Qué vas a hacer?

Se fue hacia la humana, con sus cola en posición defensiva y ambos aguijones en el exterior. Sandra la insultaba, al verla acercarse.

- ¡No insultes a mi chica, zorra! -Le grité.

- ¡Tienen un coño feo! -Gritaba la humana.

- ¡Ya quisieras tu tener la belleza de vulva que tiene mi nena entre sus piernas!

Pryla se fue hacia sus piernas, le abrió el conejito a la humana, y le insertó bien adentro la jeringuilla. Le dijo:

- ¡Disfrútalo!

Y le empujó mi saliva hacia su útero. Entendí entonces lo que quería hacer: su faróptero se daría cuenta de que su chochito había sido usado por un hombre, y la dejaría. De esta forma, Sandra estaba sentenciada: o se iba de la ciudad, o la secuestrarían.

Le desaté una mano a la humana, y nos fuimos. Cogí a mi chica de la mano, mientras conducía hacia casa:

- ¿No se lo podrá lavar?

- Le quedará el olor. Se lo inyecté muy hondo en la vagina, no se lo quitará así como así.

- Esa es capaz de hacer cualquier cosa, me dijo que había sido exterminadora...

- Da igual. -Me dijo mi faráptera-. Ahora tiene tu olor. Ya no la querrá su pareja.

Capítulo 18

Los distinguí claramente con mis prismáticos. Eran un grupo de siete u ocho militares, un comando que trataba de internarse sigilosamente en terreno enemigo. Vestían ropa de camuflaje urbano, blanca, negra y grisácea. Pryla y yo nos encontrábamos en la azotea de un edificio de oficinas, habíamos ido allí a por ordenadores, material de escritorio y todo lo interesante que pudiéramos encontrar. Por fortuna, como la ciudad no estaba lejos de una planta hidroeléctrica, y ésta se hallaba bajo el mando de los farópteros, aún podíamos disfrutar de electricidad. De momento. Aunque ya habíamos instalado placas fotovoltaicas y generadores en nuestra casa.

- ¿Qué vienen a hacer aquí? -Me preguntó Pryla.

- Cualquier cosa, y ninguna buena, seguro. Secuestrar farópteros para obtener información, poner bombas, u organizar alguna emboscada. -Y a continuación añadí:- Debes avisar al mando.

Mi chica me miró con gesto de sorpresa:

- ¿Dejarte solo? ¡Ni hablar!

Intenté convencerla:

- ¡Vamos, cariño! ¡Puede ser grave! ¡Tienes que avisarles!

- Entonces vamos juntos. -Propuso.

- Yo no puedo volar, tardaríamos una eternidad en llegar tal como están las carreteras.

Mi novia se cruzó de brazos, dándome a entender que no cambiaría de postura. Me fui hacia ella y, abrazándola, la besé:

- Estaré bien, no me verán. Te esperaré en casa.

- ¡No me gusta! Si te ven ellos o algún faróptero, te cogerán, ¡o puede que directamente te disparen!

- No me verán.

-¡Ellos son militares, tienen más formación que tú!

Sonreí:

- Te recuerdo que yo era cazarrecompensas, cariño...

Pryla suspiró. Para ayudar a convencerla, le acaricié una de sus minúsculas tetitas bajo su ropa, apretándole el redondito pechito:

- Hazlo por mí. Por nosotros. Por nuestra seguridad.

- No te expongas, ¿vale?

- No, cariño. -Le respondí, sonriendo-. Y tú no te dejes ver, ni te metas en ninguna trifulca.

Nos besamos fuertemente, y se alejó volando. Por fortuna, el cuartel general en la ciudad estaba en la dirección hacia la que iban los soldados, por lo que no tenía que cruzarse con ellos. No obstante la cubrí con mi arma hasta que desapareció de mi vista, por si acaso.

Descender del edificio me llevó un tiempo, ya que eran doce pisos. Cuando me vi en la calle caí en la cuenta de que tenía otro problema: ya no vería al comando, por lo que no sabía hacia dónde se desplazarían. Podría encontrármelos de frente y no darme cuenta hasta tenerlos ante mis narices. Además, y como bien me había dicho Pryla, ellos se moverían sigilosamente. Decidí esconder el vehículo todo-terreno con el que nos desplazábamos, y trasladarme a pie. No hay cosa que llame más la atención que el ruido de un motor causando estruendo en una ciudad en silencio. Sólo se escuchaban el ruido de los pájaros, y el eco de mis botas en el asfalto. Aunque trataba de caminar en silencio absoluto, me parecía que armaba un ruido atroz debido a la pesada calma ambiental.

No podía desplazarme tampoco muy cerca de los edificios, ya que algunos estaban en mal estado y había la amenaza constante de que trozos de fachada o cornisas se desprendieran y me cayeran encima. Por lo tanto, era difícil y lento moverse. Intentaba hacerlo yendo de restos de escombros en restos de escombros, ocultándome entre los enormes montones de desperdicios de todo tipo que había esparcidos.

Entonces escuché un ruido y me detuve. Me parecía haber oído algo, y de repente un perro cruzó corriendo por delante de mí, pegándome un susto terrorífico. Suspiré, pero caí en la cuenta de que si se había ido así era porque algo le había asustado. Y me lancé al primer montón de

escombros que vi. No tuve que esperar mucho: un militar llegó por mi izquierda, caminando de espalda a una construcción fabril. Otro apareció casi al instante, acompañándole por su derecha. ¡Me había dado de bruces con los militares! Parecían cumplirse los peores augurios. Me interné lo más en silencio que pude entre los escombros, ocultándome tras un pedazo de muro caído. Allí me mantuve agazapado, espiando por un pequeño hueco a mi derecha. Justo acababa de ocultarme, cuando alguien gritó desde lo alto del montón de escombros bajo el que me hayaba:

- ¡Despejado!

"¡Despejado y una leche!", pensé yo.

Frente a mí comenzaron a aparecer los demás miembros del comando. Entonces vi que llevaban consigo a dos parejas: un faróptero y una faráptera, y una humana y un faróptero. Los llevaban esposados y con la boca cubierta por una cinta para que no gritasen. Caer en manos de los humanos era lo peor que nos podía ocurrir a quienes teníamos pareja faróptera. Para nuestros congéneres no éramos más que unos traidores, un deshecho. Representábamos lo peor para su raza. Y conocía muy bien ese sentimiento porque yo también lo había experimentado en el pasado. Matarnos, mutilarnos o torturarnos era para ellos una delicia, una forma de dar rienda suelta a todo su odio y frustración.

Y al verlo, entendí el cometido de la incursión del comando: hacer prisioneros, o tal vez torturar y violar a farópteros y farápteas (y a sus parejas humanas y humanos) para causar problemas y altercados entre sus enemigos.

Arrojaron con desdén a las dos parejas a un lado, y uno de los militares llamó por radio. Al concluir, gritó:

- ¡Teniente! ¡Ya vienen!

Me pregunté quiénes serían esos "ya vienen" mientras intentaba contener la respiración, pero no tardé en averiguarlo. Se comenzó a escuchar un ruido de hélices, cada vez más cercano: era un helicóptero. Su atronador ruido se fue haciendo más y más próximo, de tal modo que empezaron a vibrar incluso los escombros bajo los que me escondía, y llegué a temer que cayesen sobre mí.

Pero entonces, de pronto, un gigantesco estruendo y un enorme

fogonazo lo llenó todo. La explosión fue tan grande que pude ver su resplandor incluso a través del pequeño agujero por el que espiaba. No había que ser muy listo para saber lo que había pasado: los farópteros habían alcanzado al helicóptero. Eso causó primero estupor, pero después rabia entre el comando. Un soldado corrió hacia la pareja, apuntándoles con su subfusil:

- ¡Matémosles! ¡Matémosles ya a éstos perros!

Pero el teniente, un tipo de rostro cuadriculado y con perilla pelirroja, le detuvo:

- Podemos hacer algo mucho mejor. Les joderemos bien aquí mismo. ¡Susan, trae el "instrumental"!

Una chica llegó correteando con una mochila en su mano derecha. La puso en el suelo, y extrajo de ella diferentes instrumentos sexuales, como dildos, y una especie de tubo con cables. Era muy habitual que los soldados violasen farápteras, de hecho se lo recomendaban sus mandos. Incluso había campañas para que quienes quisieran, cuando se masturbasen por la noche, recogieran su semen en viales y los enviaran para almacenar. Esos viales eran usados luego en las torturas a farápteras y humanas. De esta forma, destrozaban parejas de farópteros y causaban conflictos entre los farópteros con pareja. Deambulaban perdidos y sin rumbo y llegaban a hacerse peligrosos hasta para sus propios congéneres.

Los soldados tumbaron a las dos parejas, y las desnudaron de cintura para abajo. En sus ojos se veía locura, parecían desquiciados. Uno de ellos agarró el pene del faróptero, y se lo enderechó. Los demás reían. Entonces, cogieron una especie de tubo con cable, y se lo pusieron en el pene al faróptero. El tubo era un succionador, y comenzaba a aspirar con un sonido monótono y eléctrico. Entre aplausos de los soldados, el faróptero expulsó unos cremosos chorros de esperma amarillento. La soldado llamada Susan cogió el aparato, introdujo un dedo en él y se lo lamió con la lengua superficialmente. Entre risas de los demás, la chica lo escupió con cara de asco. Otro de los soldados cogió ese aparato, y extrajo su contenido en un dildo especial para expeler líquidos. Luego, miró a la faráptera, y, abriéndole sin contemplaciones el coño, se lo introdujo. La hembra trataba de resistirse, gritar, pero era imposible. El semen no era de su pareja, sino del faróptero de la humana, y no quería recibirlo. Pero la obligaron a ello, soltándole en lo más profundo de su vagina el esperma foráneo. Noté claramente cómo sufría y lloraba. Mientras abusaban de ella, la

soldado Susan se fue hacia el otro faróptero, y le pajeó su pene hasta que se lo endureció. Luego, se bajó los pantalones. Dos soldados sujetaron al faróptero, y la chica se sentó, literalmente, sobre el macho, poniendo su enorme culo sobre él, de espaldas a él, e insertándose el miembro varonil en su vagina. Comenzó a follar entre gemidos, mientras el faróptero intentaba resistirse, mirando a su pareja, que lloraba. Sólo quedaba una persona de quien abusar: la chica humana. Una guapísima rubia de melena larga. Primero la violó un soldado, y luego otro, de tal forma que tenía dos penes alojados en su vagina. Ella se retorcía, sufriendo, mientras su pareja faróptera no podía ni mirar, aunque la soldado le cogía de la cara y le obligaba a mirar. Entonces llegó el teniente. Se bajó los pantalones, se puso tras la muchacha humana, y se la metió por el trasero, de modo que la chica tenía tres penes alojados en todos sus agujeros: dos en su vagina, y uno en el ano. Los militares se burlaban, y quedaron en eyacular a la vez. Se corrieron dentro de ella, y cuando se cansaron de follarla a base de bien, hicieron que la follase el faróptero que no era su pareja. Susan le metía viales de semen a la faráptera, mientras tanto, sin parar de recargar el aplicador. El útero de la hembra faráptera no era capaz de albergar tanto esperma, por lo que le salía a chorros entre las piernas, mientras la soldado le gritaba improperios:

- ¡Cerda, trágatelo todo! ¡Trágatelo, vamos! -Le decía.

Yo me pasé todo el tiempo luchando contra mí mismo, queriendo salir de mi escondite pero, a la vez, sin estar seguro de hacerlo. En un momento dado, temblando, cogí el arma dispuesto a salir, pero entonces pensé en Pryla y me contuve. Ella me necesitaba también, no podía permitirme el lujo de correr riesgos.

Cuando los soldados terminaron de maltratar y de abusar de sus prisioneros, se reunieron formando un corrillo ante un plano de la ciudad para seguir realizando sus argucias. En estas estaban cuando una decena de farópteros armados cayeron sobre ellos, rodeándoles y apuntándoles con sus armas. Se organizó entonces una trifulca de tal calibre que los disparos pasaban silbando por todos lados. Incluso algunos llegaron a impactar en el trozo de muro que me protegía y tras el cual me escondía. Fue cuando un soldado apareció de la nada. Ignoro si era un soldado que se había rezagado para asegurar el terreno, o era uno de los que iban en el helicóptero y que había escapado con vida, puesto que su cuerpo estaba lleno de magulladuras y, su uniforme, ensangrentado.

Éste soldado cogió desprevenido a uno de los jefes farópteros, un

macho con armadura cobriza y al que llamaban Firox, y le apuntó por la espalda, gritándole:

- ¡Alto! ¡Ordéneles que bajen las armas! ¡Que bajen las armas o me lo cargo!

El soldado estaba muy nervioso, y apretaba el cañón de su pistola fuertemente contra la sien de su enemigo. El intercambio de disparos cesó de inmediato. El recién llegado insistió:

- ¡Que bajen las armas, joder!

Entonces vi claramente cómo la cola del faróptero se movía para atacar. El soldado ni se lo pensó: sacó su cuchillo, y se la cortó. El macho herido gritó salvajemente, mientras un chorro de sangre le salía por el miembro extirpado. El militar le apretó con más fuerza contra sí:

- ¡Otro intento y te corto el cuello, cerdo!

Al verlo, los demás farópteros alzaron sus armas para soltarlas. Entonces lo ví claramente. Era mi oportunidad. No podía dejar que aquello continuase.

Empujé con mi pierna el trozo de muro, y salté como una exhalación sobre el militar, llevándolo hacia mí:

- ¡Soltadlas! -Grité a sus compañeros. El teniente no se lo podía creer:

- ¡Eres humano! ¡Eres de los nuestros!

Sonreí:

- ¡No, gracias!

- ¡Traidor!

Iba a empuñar su arma, pero puse ante él al soldado, recordándole quién tenía ventaja. Los farópteros se fueron hacia ellos y los desarmaron. Luego su jefe, tras vendarse la cola, me pidió mis armas. Se las di.

Me llevaron al cuartel general y les dije que mi pareja era una faráptera. Les conté dónde estaba y fueron a buscar a Pryla al chalet.

Les había ayudado, pero no se fiaban de mí, por eso me tenían retenido en un cuartucho de sus instalaciones.

Afortunadamente no pasó mucho tiempo sin que lograran encontrar a mi chica, y la trajeron con ellos. Nos abrazamos, besándonos:

- ¡Me tenías muy preocupada, no sabes el susto que me llevé cuando llegué a casa y no estabas! -Me dijo.

- Tranquila, nenita, estoy bien. -Le susurré, acariciándole el pelo.

Nos disponíamos a irnos cuando uno de los farópteros me llamó. Me mandó entrar en una amplia sala, llena de ordenadores, y le pidieron a Pryla que esperase fuera. Me llevaron ante un monitor, y en la pantalla pude ver a un ser extraño. Tenía aspecto de faróptero, pero su constitución era menos musculosa y, sus facciones, más humanas. Entonces caí en la cuenta: ¡era uno de los líderes!

- Me llamo Terminus. Soy el líder de la Resistencia en Europa. Me han contado lo que hiciste hoy. En nombre del pueblo faróptero, te damos las gracias.

Sonreí:

- No ha sido nada, señor. No podía permitir. Una masacre.

- ¿Eras exterminador?

- No, señor. Cazarrecompensas.

Aunque su rostro permanecía impasible, pareció alegrarse:

- Intuía que tenías algún tipo de formación por tu forma de actuar. -Y tras una breve pausa, continuó diciendo-: En nuestras filas necesitamos gente como tú. Los farópteros combaten muy bien, pero necesitan una supervisión constante. No están acostumbrados a estas situaciones, en su mundo jamás existió algo así.

- Ayudaré en lo que pueda. -Me ofrecí.

- Quiero algo más. -Aclaró el líder-. Me gustaría que liderases la Resistencia en España, que fueras mi representante ahí.

Me quedé boquiabierto. No me esperaba semejante propuesta.

- Si lo rechazas lo entenderé. -Aclaró-. Pero te necesitamos.

- No voy a matar a los de mi propia raza. -Dije, firme-. Que esté al lado de los farópteros no quiere decir que mate a humanos, sino me convertiría en otro ser despreciable como ellos.

- No puedes ser neutral. O estás en un bando, o en el otro.

- Creo que puedo serles útil de otra forma.

- ¿Cómo?

- Sé la manera exacta de cómo hacer prisioneros a los soldados sin derramar una sola gota de sangre. Dejaremos al ejército humano sin peones para las batallas.

- ¿Cuál es tu plan? -Preguntó, muy interesado.

- Reúname a todas las farápteras a las que les han asesinado a sus parejas, y a todas las que estén deambulando por ahí sin pareja.

Con ellas, edité revistas pornográficas que distribuíamos por el frente, pronto los soldados "bebían los vientos" por las farápteras. ¿Quién se iba a poder resistir a tan esculturales y exóticos cuerpos, con sus bellas alas y aquéllas excitantes dobles colas? De forma aparentemente "inocente" inauguré prostíbulos de farápteras. Los soldados acudían en tropel, ávidos de echar su semen en ellas. Pero ninguno llegó jamás a olerles ni el coñito: eran detenidos nada más cruzar la puerta. Cuando el Alto Mando del ejército humano se quiso dar cuenta de lo que ocurría, ya era demasiado tarde. Las fuerzas farápteras tomaron su último bastión en Madrid, y, con él, España entera pasó a los dominios de los farópteros. Se convirtió en su santuario, en su país refugio. Poco a poco fue ocurriendo lo mismo en el resto de países. La humanidad se doblegaba a los farópteros. Una nueva era florecía.

Epílogo

Hugo, su nueva faráptera Lyca, Pryla y yo llegamos a la aldea de Berto. Nos acompañaba Firox, que se había convertido en uno de mis más fieles compañeros tras haberle salvado la vida. Pero antes de entrar en la aldea ya nos dimos cuenta de que algo terriblemente malo había ocurrido. Las que habían sido nuestras casas estaban derruidas, medio quemadas por bombardeos y con los muros llenos de las huellas dejadas por la artillería. Encontramos los cuerpos de Gryka y Berto en la casa de ella. Por su posición, habían sido obligados a copular (aunque dudo que Berto lo hubiera conseguido). En la montaña encontramos también destrozada la casa de Eladio, y sus ovejas, muertas, esparcidas por los alrededores, en un dantesco espectáculo. Los cadáveres de Eladio y de Drya habían sido devorados por los lobos. Desconsolados, nos dirigimos hacia la colonia faráptera vecina. Teníamos la esperanza de que al menos ellos se hubieran salvado, pero era una posibilidad muy remota, hecho que constatamos al llegar.

Salimos de la destrozada colonia apenados, y mientras caminábamos en silencio, sin atrevernos siquiera a hablar, vimos a alguien entre la espesura del bosque. La seguimos corriendo, ¡era Frakya! Nos contó que Berto la había escondido cuando llegaron los militares. El ejército humano destruyó el poblado sin miramientos, a sabiendas de que no encontrarían oposición. Nos dijo que Gryka y Drya habían sido violadas sin cesar por los soldados, antes de morir.

Enseguida noté que la faráptera tenía unas tetas enormes. Las tenía tan acostumbradas a que le dieran de mamar a Berto, que ahora a la pobrecita se le acumulaba la leche en ellas, sin tener a quien dársela. En cuanto Firox la abrazó para consolarla, ella le presionó con sus ubres, para que el faróptero le notase lo jugosas que las tenía, y por sus pezones comenzó a aflorar chorritos de leche que mojaban la camiseta que vestía. Firox lo notó, y, mirándola, le apretó con suavidad una de las ubres. La faráptera suspiró aliviada, entrecerrando sus ojos, y un enorme chorro de leche emergió de su mama, como surgiendo de un sifón. Frakya se quitó la camiseta, ofreciéndoselas al faróptero, el cual no dudó en llevar su boca a los rosaditos y enormes pezones de la hembra, para comenzar a mamar y disfrutar del rico manjar de su fresca leche. Mi chica me apretó la mano, y me lanzó una mirada y una sonrisa cómplice, como indicándome que no me preocupara, que ella también tenía tetas y me dejaría mamar de ellas. Nosotros salimos para que la mujer le diera de mamar a gusto.

Firox se la llevó consigo, y nos dijo que la cuidaría. Quería que Frakya fuera su pareja. Y ella, al ver al exmilitar, la esperanza y la ilusión retornaron a sus ojos. Yo no sabía si podían llegar a convertirse en pareja, lo dudaba. Pero ellos habían sufrido y visto tanta maldad, que seguramente estar juntos les haría mucho bien. Al menos, así la mujer ya tenía un macho a quien darle el pecho. Mi chica y yo regresamos esa noche a nuestro chalet. Pryla empezaba a estar en celo de nuevo. Y me alegraba, porque yo tenía ganas de darle bien a su rendijita. A la mañana siguiente despertaría con un buen bombo. Era lo que ella más necesitaba para olvidar todas las penalidades, y lo que yo quería ofrecerle.

FIN

H. H. NAERD

CAZARRECOMPENSAS